Archivo General de la Nación
Volumen CCLI

Fundación García Arévalo

LA ERA

ELIADES ACOSTA MATOS

La Era

La Era

Eliades Acosta Matos

Santo Domingo, República Dominicana, 2016

La Era

Primera edición, 2016
ISBN: 978-9945-586-48-0

©Eliades Acosta Matos
Archivo General de la Nación (Vol. CCLI)
Departamento de Investigación y Divulgación
Fundación García Arévalo, Inc.

Fotografías:
Archivo Conrado, AGN

Cuidado de la edición:
William Capellán y Clarissa Carmona

Diagramación:
Yissel Casado

Cubierta:
Enrique Read

Impresión:
Amigo del Hogar, S.R.L.

Santo Domingo, D. N.
República Dominicana, 2016
Printed in Dominican Republic

Índice

PRÓLOGO 9

Número 1 EL POETA DE PARAÍSO.....21
Número 2 MENSAJES AL ALTO DESTINATARIO 27
Número 3 HOMBRES DESTROZADOS POR LA MELANCOLÍA 35
Número 4 MANUAL PARA LA ANIQUILACIÓN TOTAL DE ENEMIGOS.....43
Número 5 UN ESPECIAL MOTIVO DE DOLOR 51
Número 6 EL SECRETARIO CIRCULAR.....59
Número 7 UNOS ESPEJUELOS ASTILLADOS Y LA CENIZA DE MUCHOS SELLOS… 65
Número 8 UNA COMA FEROZ 73
Número 9 LA VIDA ES UN TELEGRAMA.....81
Número 10 SANTO PATRÓN DE LAS AVES Y LOS DESDICHADOS.....89
Número 11 PLEGARIAS ATENDIDAS.....97
Número 12 UN EJÉRCITO DE NÁUFRAGOS.....105
Número 13 SUSPIRANDO POR LAS ISLAS.....113
Número 14 ENTRE UNA SOMBRA Y DIOS.....121
Número 15 EN EL LIMBO DEL JEFE.....129

Número 16 VENDAVAL SIN RUMBO.....137
Número 17 FATAL ATRACCIÓN 145
Número 18 CUESTIONES POLÍTICAS ESPECIALES.....153
Número 19 BOMBEROS ENDOMINGADOS 161
Número 20 LA NAVE DE LOS LOCOS.....169
Número 21 UNA PERPLEJA DAMA DE KENTUCKY.....177
Número 22 EL HUEVO DE LA SERPIENTE 185
Número 23 RON CLERÉN.....193
Número 24 A JULIO SOMETIDO.....201
Número 25 VOCES 209
Número 26 EL GUARDIÁN DE LA COLECCIÓN.....217
Número 27 LA DULCE FRAGILIDAD DEL SER 225
Número 28 EL MÁS DESDICHADO GENERAL DE LA REPÚBLICA 233
Número 29 "… FRENTE AL PÚBLICO, Y CON LAS MANGAS LEVANTADAS" 241
Número 30 DEL ASCENSO Y LA PENITENCIA.....249
Número 31 LA HERIDA EN EL COSTADO 257
Número 32 GRAN CALLE Y LA FELICIDAD 265
Número 33 LOS MEYERS YA NO VIAJARÁN….....273
Número 34 EL OTRO NOMBRE DE LA POESÍA 281
Número 35 UN ELEGANTE CAZADOR DE HARVARD 289
Número 36 LA EXTRAORDINARIA FUGA DE ELENA DE HANDAL 297
Número 37 LAVANDO LA MUGRE 305
Número 38 MORIR EN ALTA MAR.....313
Número 39 ¿POR QUÉ, DESDE ENTONCES, LOS RASOS TIENEN PESADILLAS? 321
Número 40 UNO DE ELLOS.....329

PRÓLOGO

A *LA ERA*, DE ELIADES ACOSTA

Diógenes Céspedes

John Lukács, húngaro nacido en Budapest y norteamericano por adopción (1924-2012) estudia, con minuciosos y detenidos detalles, la crisis del discurso acerca de la historia y la novela en Occidente a partir de la primera mitad del siglo XX hasta lo que va del siglo XXI y ha concluido en que la relación que siempre ha existido entre historia y novela se ha inclinado ahora más hacia la historia que a la ficción[1], pura diría yo, si es que esta última existe y no se la confunde con la novela histórica, cuyos portaestandartes conspicuos fueron Walter Scott, Honorato de Balzac, Stendhal, Alejandro Dumas, Gustavo Flaubert y, en menor medida, Émile Zola.

Hoy, según Lukács, las "fuentes primarias" y "secundarias" han perdido significado ante los hechos de la informática, la cibernética y el internet, los mensajes por teletipo, fax o correo electrónico o los discursos encomendados a profesionales por parte de los presidentes de República, ministros, políticos,

[1] *El futuro de la Historia*. Madrid: Turner, 2011.

dirigentes empresariales, religiosos y universitarios a quienes es muy difícil seguirles la pista. Yo diría que el cibermundo y el ciberespacio tienden, por ahora, a sembrar el anonimato de cualquier documento primario.

Si para el historiador esta dificultad es fuente de crisis, Lukács piensa que para el novelista lo es más: "Los motivos de la crisis de la novela, por supuesto, tienen relación con la historia contemporánea, con los cambios en las estructuras sociales y en ciertos sucesos. Para empezar: a menudo los Hechos se han vuelto más extraños que la Ficción[2]. (Y no me refiero aquí a ese género juvenil de la ciencia ficción). Hay asuntos, como la vida en Auschwitz, o que dos hombres pusieran el pie en la Luna, sobre los que no tendría mucho sentido escribir una novela, temas tan alejados de lo humano que la imaginación del novelista no llegaría a ellos. También estoy pensando en la cantidad de despropósitos que nos rodean noche y día, que se hacen patentes en los anuncios publicitarios, en los eslóganes, en las campañas de promoción, en ese pseudo lenguaje tecnológico y pueril, en los sonidos y los gritos de la música popular, etc. Es difícil satirizar y parodiar estas cosas porque para hacerlo no haría falta tanto distorsionar la realidad cuanto exagerar los disparates que de hecho ya existen. La imprescindible imaginación del novelista desfallece, no solo ante la monstruosidad, sino ante la acumulación mortífera de estupideces que se da en esta era de la alfabetización universal, cuando uno se topa con tantas banalidades en la conversación, y tantas faltas expresivas en el lenguaje público que la propia grabación y reproducción

[2] Llama la atención la ideología de las mayúsculas para sustantivos comunes en Lukács. Esta sustancialización del nombre común es más acusada en alemán que en cualquier otro idioma y es deudora del dualismo del signo.

fiel de este parecería una exageración de todo punto irreal." (Pp. 114-15).

Al novelista le quedaría solamente la alternativa, en medio de esta crisis, de volver a lo que el público lector de novelas históricas demanda hoy día, es decir, según Lukács, "un apetito popular de reconstrucciones históricas" (p. 118). Tal como lo hizo Truman Capote en *A sangre fría*, publicada en 1964. En este tipo de novela, la historia está en el telón de fondo y los personajes populares e insignificantes en primer plano, es decir, todo lo contrario de lo que fue la novela histórica e incluso, su derivación al estilo Maupassant, quien dijo que el objetivo de la novela realista "no estriba en contarnos una historia, divertirnos o entristecernos, sino en *forzarnos a pensar, a comprender el sentido profundo y oculto de los sucesos*" (p. 111) o Flaubert, cuyo objetivo era "describir lo que pensaban y sentían las personas de aquel tiempo" (p.109).

En estos objetivos de Maupassant y Flaubert responde *La Era*, documento que reconstruye, a mitad de camino entre historia y ficción, el mosaico del sistema trujillista en 40 relatos distintos, pero bien hilvanados donde incluso los grandes personajes de aquella dictadura son el telón de fondo y la multitud, representada por los pobres, los humillados, los condenados a muerte, son realmente los personajes del relato de Eliades Acosta Matos.

El autor se propuso, consciente o inconscientemente, tomar y dejar elementos de esas teorías esbozadas por Lukács sobre la crisis de la novela (opiniones de Galdós o Naipaul al respecto) o de Víctor Hugo, Scott, Dumas, Maupassant, Flaubert o ideas sobre la novela histórica rusa, aunque Acosta Matos recurrió a otro expediente al utilizar el material sobrante que no cabía en los seis voluminosos tomos que

editó para la publicación del Archivo General de la Nación, contentivos de la documentación más importante emanada de los archivos de Trujillo[3], trabajo que se emparenta con la reconstrucción documental que demanda el masivo "público lector de novelas históricas" que ha abandonado lo que una vez fue la novela de ficción total al estilo Proust o Kafka. Si bien Kafka es lo contrario de la novela histórica, pues sus personajes pertenecen a los estratos más bajos de la sociedad o a veces son, como en *La metamorfósis*, una cucaracha. Los lectores de hoy buscan con avidez salir del terror que les causan la anomia y el anonimato de la era tecnológica del siglo xxi.

Incluso ese público aterrorizado ha abandonado ya la "novela sobre novelas" antes de que García Márquez, Vargas Llosa, Roa Bastos e innumerables prohombres del *boom* hispanoamericano se plantaran como intermediarios entre la nueva novela francesa (que rechazaban, por supuesto, salvo un poco o menos Carlos Fuentes) y la novela histórica tipo siglo xix, que también rechazaban, pero preferían un punto intermedio: Maupassant y Flaubert, mientras otro segmento de público lector se quedó en Tolstoi, Gorki y el realismo ruso.

Y, por supuesto, el sector de lectores minoritarios que reivindicaba a Dostoievski y Kafka y su derivación surrealista,

---

[3] *La dictadura de Trujillo. Documentos.* T. I, vol. 1 y 2, 1930-39, 2012; t. II, vol. 3, 1940-49, 2012; t. III, vol. 5 y 6, 2012; t. 2, vol. 4, 1940-49, 2012 y todavía le alcanzó material para dos volúmenes más novelados con título diferente: *La telaraña cubana de Trujillo,* t. I y II, 2012. Acosta Matos ya antes había experimentado con un texto muy parecido a la forma-sentido de *La Era* cuando publicó en 2006 una reconstrucción similar, híbrido entre historia y novela, pero que él llama novela, titulada *Cartas auténticas que nunca se escribieron*. 1ª ed. Tenerife: Caja de Ahorros de Canarias, 2006. La segunda edición de esta histonovela vio la luz en La Habana: Casa Editorial Abril, 2012. Todas las citas remiten a esta última edición.

de lo absurdo, la nueva novela francesa y Tel Quel, que intentaron la liquidación del plan ilusionista de la realidad y la reivindicación de la novela sobre las novelas o procedimiento de la "puesta en abismo".

Pero Acosta Matos viene de algún precursor, solo que no lo dice o lo dice parcialmente. Es un acertijo dedicarse a sugerir nombres, pero de todo aquel siglo XIX viene, y del siglo XX también, con su toque de realismo al estilo *Madre Coraje* y sus seguidores que vinieron después. En la especie de arte poético inserto como introducción, el autor dice, sin dar nombres de novelistas, de dónde viene: "Los hechos históricos, los grandes relatos, por grandes que sean, tienen rostro humano y solo podrán ser contados con la lengua de los hombres.". Y aunque no cita los teóricos de dónde bebe, se intuye la alusión: "Se ha dicho, con sobrada razón, que la verdadera historia no es más que la historia de los hombres que no tienen historia." (*Ibíd*.). Marx-Engels, y a su través Hegel en su *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. (Madrid: Alianza, 1982) donde dice que en el desarrollo de la humanidad solo hay pueblos históricos y ahistóricos: "La India no solo tiene antiguos libros religiosos y creaciones brillantes de la poesía, sino también códigos antiguos, cosa que antes se exigía como una condición de la historia; y, sin embargo, no tiene historia." (p. 138). Esa ideología de lo histórico y lo ahistórico implica otra: la del racionalismo historicista del progreso y su ideología del sentido de la historia por partida doble.

Tesis que luego retomarán Marx y Engels en su libro *Sobre el colonialismo* (Buenos Aires: Pasado y Presente, 1972) con los ejemplos de la India y México, y que posteriormente, sus secuaces traducirán al pie de la letra como pueblos con historia y pueblos sin historia, corregida dicha tesis por

Román Rosdolskyen *El problema de los pueblos "sin historia*". (Barcelona: Fontamara, 1981. 1ª ed. 1948), pero todos cobijados por la teoría del signo, por más serias que hayan sido las rectificaciones a esa ideología eurocéntrica[4].

En el texto de la contraportada, los editores encomian esta "primera novela de Eliades Acosta Matos" y avalan su tesis del "se ha dicho con sobrada razón" y concluyen con el mismo juicio del autor: "una historia verídica que no fue, pero pudo haber sido. Es la urdimbre de la realidad con la ficción…" Significa tal aserto una contradicción terminológica. Que se resuelve con la teoría de lo verosímil: la novela no debe estar ni tan alejada de la historia (para que pueda ser creíble) ni tan alejada de la ficción (que no sea verosímil a los ojos del lector: es el "eso pudo haber sucedido"). La aparición de nombres de personas reales le otorga a la novela esa apariencia de verdad y a la ficción la del "pudo haber sucedido". Barthes estudió muy bien ese mecanismo a partir de *Sarrasine*, de Balzac. En este tipo de novela, los nombres históricos están sometidos a la

[4] Dice Horacio Tarcusen "¿Es el marxismo una filosofía de la historia? Marx, la teoría del progreso y la "cuestión rusa". *Andamios 4.4 (2008): 7-32:*"Las revoluciones de 1848, con la irrupción de la cuestión de las nacionalidades, llevan a Marx y Engels a alinearse con la izquierda europea, partidaria de "la liberación y unificación de las naciones oprimidas y desgarradas" ([Michel: 'La dialectique marxiste du progrès et l'enjeu des mouvements sociaux". París/Actuel: PUF] Löwy, 1996: 197), como Alemania, Italia, Polonia y Hungría. Sin embargo, en sus artículos de 1848-50 publicados en la *Neue Rheinische Zeitung*, no tomaron igualmente en consideración las reivindicaciones de las nacionalidades consideradas como "campesinos sin burguesía, incapaces de desarrollar una cultura y una vida política propias" (Löwy, 1996: 198) especialmente los pueblos eslavos. Marx hablará entonces de "naciones revolucionarias" y "naciones contrarrevolucionarias", mientras Engels, retomando más claramente la terminología hegeliana de la filosofía de la historia universal, distinguirá entre "pueblos históricos" y "pueblos sin historia", cuyo criterio de viabilidad histórica viene dado por su teoría del progreso social. En tanto formaciones naturales, agrarias y bárbaras, estas naciones debían ser forzadas a la civilización y sucumbir a un inevitable proceso de asimilación. También véase de Paulo Eduardo Arantes, profesor de la Universidad de Sao Paulo, Brasil, "La prosa de la historia". *La Habana Elegante*, segunda época.*Simposium*. s/f.

lógica de la ficción y su presencia en el texto es para otorgarle carácter de verosimilitud. Pero es una treta del autor que, consciente o inconsciente, apunta a despistar al lector.

El problema de las histonovelas radica en que cuando disfrazan los nombres de los personajes reales con nombres ficticios, salvo que las referencias del texto a ellos sean inconfundibles, es muy difícil saber a cuáles personajes de la vida real remiten. Por ejemplo, en *La Era*, cuyos relatos se publicaron por entrega en el matutino digital *Diario Libre*, los nombres de los personeros trujillistas fueron cambiados (algunos viven todavía y son parte del Poder y sus instancias, incluidos sus familiares). En esas condiciones, tanto a un nativo como a un extranjero que lea la novela de Acosta Matos le será difícil identificar a dichos personeros y a medida que transcurran los años, ya será labor de especialistas de crítica histórica y literaria.

Otro tanto ocurre con la novela *Cartas auténticas que nunca se escribieron*, la que debe ser considerada como la teoría y la práctica en las que está basada *La Era*. Para un especialista de historia y literatura cubanas puede resultarle más fácil identificar los nombres ficticios de los personajes y determinar a cuáles personalidades políticas españolas o cubanas correspondieron. Determinar, por ejemplo, si el gallego Bonifacio Segura y Ezpeleta es un nombre de algún personaje histórico o ficticio. Y si es ficticio, a cuál personaje histórico real correspondería. Los nombres reales de personajes históricos de ciudadanos norteamericanos reales, como el del expresidente de los Estados Unidos, Grover Cleveland, el presidente McKinley, el general Fitzhugh Lee, el almirante Sampson y los personajes del bando cubano o español como Máximo Gómez, Maceo, Sagasta, Canalejas, Weyler, Ramón Blanco, el general Arolas y el almirante Pascual Cervera, son

reales; pero tienen el mismo estatuto que desempeña, por ejemplo, el nombre de Napoleón Bonaparte en las novelas históricas francesas o, por brindar un caso concreto, en el relato *Sarrasine*, de Balzac.

Son personajes inventados de una sola pieza el narrador Joaquín, dependiente pobre de la ferretería de Segura Ezpeleta y luego "saltimbanqui o cómico de la lengua" (p. 64); el negrito Luis Sirope descrito como un "raterillo de las calles habaneras" (p. 120); el voluntario Manuel, descrito como "macilento, vestido de rayadillo, y con un brazo en cabestrillo" (p. 75), o sea, un baldado, víctima de la guerra contra los mambises; la negrita María Dolores, empleada de una lavandería, «refugio de mis penas y aliento de mis flaquezas, la vi salir del brazo de un cubanito pizpireto (*sic*), recadero de botica, que con sorna mal escondida en los ojos pasó por mi lado, mientras ella me miraba con desdén y mascullaba algo parecido a 'quien fue a Sevilla perdió la silla, mi chino'.» (p. 55); el chino Chang, "no está muy cuerdo" (p.65) y en el teatro ambulante del saltimbanqui Joaquín trabaja "disfrazado de diablo" (p. 66). ¿No alude Chang al detective Charlie Chang de la famosa radionovela cubana de los años 1950? Y, finalmente Manuel, gracias a quien será Joaquín millonario (p. 79-80). Estos personajes devaluados por los "grandes relatos" ocupan el proscenio, mientras que los grandes personajes volterianos figuran en el fondo, tan lejos como se desarrollan los acontecimientos de la guerra.

¿Por qué estos fracasados ocupan el proscenio en ese teatro domínico-cubano de nuestra historia? Porque son la memoria de los que no tuvieron historia y aunque sea en virtud de la dudosa "reconstrucción de la historia" han accedido, aunque sea a través de la ficción, a la historia, como sujetos.

El mismo gallego Segura y Ezpeleta fue inicialmente pobretón, luego rico propietario de ferretería, coronel del Cuerpo de Voluntarios y a poco caído en la miseria y vuelto a resucitar como trepador social ante la nueva situación política después de la derrota española en Cuba a manos de los Estados Unidos. ¿Por qué escoger a un gallego? ¿Qué simboliza? ¿Hay un instrumentalismo social al igual que en la novelística europea o universal cuando elige a un judío como personaje identificado con el dinero?

Este grupo de personajes descrito por el narrador ha salido de la miseria más sórdida, pertenece a la multitud empobrecida y humillada que desea abrirse paso para sobrevivir a los tiempos difíciles de la guerra a muerte que se libra en la última colonia española en América. Y, sobrevive Joaquín, en virtud de un *tour de force* del narrador en función de su relación de sujeto de la escritura y autor, pues este le dota de una fortuna enorme de monedas de oro encontradas en un compartimiento disimulado del coche donde se paseó el ex presidente Grover Cleveland cuando realizó una visita privada a Cuba en 1896 ¿Es más literaria esta solución a la soñada por Joaquín de ganarse la Real Lotería? (P. 79).

La visita del ex presidente Cleveland no figura en las cronologías cubana o norteamericana consultadas relativas al período, quizá por su carácter privado, pero la prensa de la isla la documentó y, en comunicación verbal agrega el autor de *La Era*, fue muy celebrada. ¿Qué significa y simboliza esa visita real del ex presidente Grover Cleveland? Legitimar la verosimilitud del micro relato de Joaquín, millonario, cuyas cartas a los tíos y primos en España con el anuncio de la buena nueva busca el mismo objetivo: que le crean. Y el texto logra que el lector crea que es verdad que Joaquín y Manuel encontraron ese tesoro. La ficción literaria hace que los hechos ocurran.

En fin, que para determinar cuáles personajes son de la vida real, cuáles dentro de la multitud pudieran haber sido trasmutados o disfrazados de reales a ficticios para que se cumpla el decreto novelístico de que la "historia verdadera es aquella que cuenta la historia de los hombres [y mujeres, hay que incluirlas] que no tienen historia. Que sí la tienen, oralmente, pero nunca fue recogida por los libros de los historiadores de los grandes personajes, como el Luis XIV de Voltaire. Y en cuanto a la India, a los pueblos conquistados por el germanismo o por el paneslavismo, claro que tienen historia, solo que de Hegel a Marx-Engels, el eurocentrismo les hizo creer que la historia verdadera es la escrita por los historiadores del partido del signo. Incluso hoy en el siglo XXI, aunque vapuleada, la ideología de los pueblos sin historia, tiene otro tipo de funcionamiento: la exclusión del sujeto del discurso histórico.

Quienes lean los 40 relatos de *La Era* y su cortejo de crímenes, abusos de poder, explotación inmisericorde de los pobres por parte de la dictadura, de sus funcionarios y empleados de las capas medias y pobres, comprenderán el significado del pago abusivo de los bajos salarios (el caso de las lavanderas); cinismo de las altas jerarquías, insensibilidad de las autoridades, la vigilancia de la vigilancia, los personajes que admiten su abyección y justifican su lealtad al régimen (el caso patético del delator y el general).

Estos casos son mayoritarios, pero existen otros como el del teniente conspirador que siempre supo ser un verdadero enemigo de la dictadura. Aquel cortejo de la muerte, con los nombres reales o supuestos de los protagonistas, será, a medida que transcurra el tiempo, un adolorido recuerdo, pura ficción, pero ficción que invita a pensar y a reflexionar acerca de lo que pensaba la población y cómo actuaba ante aquella dictadura

de hierro, tal como son hoy más que nunca un adolorido recuerdo las dictaduras de Santana, Báez y Heureaux y los miles de sujetos que dejaron el pellejo en los callejones oscuros de la ignominia. Obras como la de Acosta Matos tienden a invertir la ideología eurocéntrica de los pueblos sin historia.

Execrada por Voltaire en su definición de la historia y la novela como el escenario de "los grandes personajes", la multitud ha ocupado momentáneamente, por encima del dolor y la humillación de un pueblo, el escenario de la alegría mientras las balas de los ajusticiadores daban cuenta en Moca, aquel 26 de julio de 1899, del matón que decía que la (aquí me preguntaba sí era "de la política" o "la política) política no se escribía. Y 12 años más tarde las balas asesinas daban cuenta de la vida del hombre (Ramón Cáceres) que con puño de hierro se propuso pacificar y "modernizar" el país para que los capitales norteamericanos le entraran a saco a las fértiles tierras del Este para que las convirtieran en grandes y prósperos ingenios de azúcar.

Con el mismo pretexto, pero para beneficio de su dinastía y de sí mismo, los ajusticiadores dieron cuenta de la vida del cazador cazado (Rafael Trujillo) que olvidó su propia frase de que a quien vigilan, no se escapa. Esas mismas balas y los mismos familiares de los que mataron a Lilís, se encargaron de ajusticiar en la autopista que va a San Cristóbal al abominable asesino que durante 31 años se cebó sobre pobres, ricos, honrados, campesinos, obreros, curas, poetas, escritores, deportistas, artistas y cuantas categorías, masculinas o femeninas, constituyeron, para el dictador, un estorbo a sus planes de acumulación originaria, conquista, avasallamiento y envilecimiento de la sociedad.

Esa alegría que brotó del pecho de los humillados cuando supieron que la fiera había sido abatida, nadie pudo

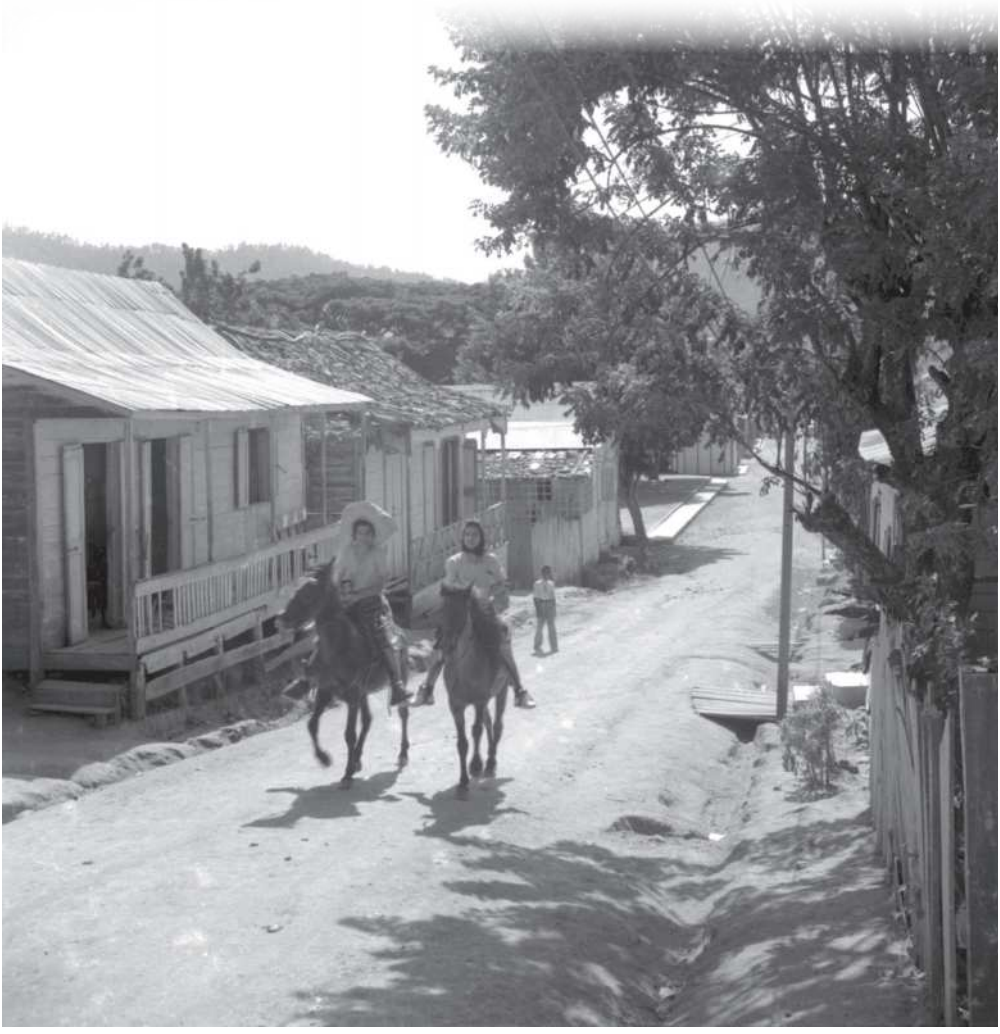
confiscarla a partir del 31 de mayo de 1961 hasta el 1 de junio de 1966 cuando los relentes de aquella dictadura volvieron por sus fueros, única y exclusivamente, a causa de la falta de conciencia política de esos mismos que celebraron, pública o privadamente, el ajusticiamiento de la bestia y la ciudad se volvió aquí, el 31 de mayo, un solo runrún y únicamente se oía, entre gente de confianza, una sola frase: –Dicen que anoche mataron al hombre. Y el otro, anónimo de la multitud, responde quedamente: –Será por eso que hay tantos militares y calieses en la calle. Y sirenazos de ambulancias por aquí y por allá.

La novela o el cuento, más halado hacia la historia que el poema, han dado cuenta de la subjetivación de lo colectivo, no de la subjetivización (que es el consenso de la teoría del signo), encarnado en personajes emblemáticos y simbólicos, para que emerja el sujeto en la escritura, sea en Cuba, Santo Domingo o en otras latitudes y que a través de ese sujeto otros sean sujetos.

Sea con Marcio Veloz Maggiolo y otros escritores dominicanos, autores de innumerables novelas, cuentos y relatos; sea con Eliades Acosta Matos y *Las cartas auténticas que nunca se escribieron* o con *La telaraña cubana de Trujillo* y, ahora con *La Era*, la histonovela cuenta ya con dos paradigmas que habrán de ser emulados en entrambas islas mientras no surjan otras obras que sean su propio género y reactualicen, con otras formas-sentidos, el plan ilusionista de la literatura del signo.

Número 1

EL POETA DE PARAÍSO



Una vez más se imaginó caminando por la calle central de Paraíso cubierto de entorchados y condecoraciones, dejando tras de sí una estela de admiración, miedo y envidia. Hasta llevando el tricornio emplumado y ese chaqué que usaban los militares y embajadores a principios de siglo, pero que sobre el cuerpo del Generalísimo jamás pasaba de moda.

En realidad le importaba poco ser amado: prefería que a su paso los hombres temblaran de miedo, bajando la vista, y las mujeres cayeran rendidas. Nada como una pistola al cinto para ser tenido en cuenta, especialmente cuando se disfrutaba también de inmunidad absoluta. Un uniforme y la credencial del SIM en el bolsillo era su idea de la felicidad. Y también, esto que ahora hacía en sueños: pisar fuerte y recorrer el pueblo como gallo fino y peleón que pasa inspección a su gallinero.

En mayo de 1959 se vivía en plena Era, en el tiempo sin poniente del Ilustre Benefactor. Con tales adjetivos encabezaba las cartas adulonas que le dirigía sin piedad al mandatario, una tras otra, sin pudor, hasta el cansancio. Y no pararía sin antes ser llamado para recibir su credencial del SIM.

Pero las manchas de café en el humilde mantel de la mesa terminaban imponiéndose y regresándolo al presente. Y también el zumbido de las moscas, que no respetaban este momento íntimo de su ser, cuando se comunicaba con su dios. Entonces el balance era amargo: tenía 26 años, ya se le

iba la vida y no había pasado de ser el Secretario de la Junta Municipal del Partido Dominicano en su pueblo. ¿Y para qué el destino lo había agraciado con tantas ambiciones, con tantas facultades literarias, con tantos anhelos, si al final le negaba la posibilidad de ser tenido en cuenta por el Alto Dispensador de Honores y Favores? ¿Qué hacer para llamar la atención del dueño absoluto de vidas y haciendas del país?

Existían precedentes que él había estudiado muy bien al diseñar su estrategia de autopromoción: unos lo habían logrado con la más rastrera y ciega adhesión y un servilismo que repugnaba al propio destinatario de los halagos infinitos. Otros por vías insospechadas. Por ejemplo, Johnny Abbes, aupado al Olimpo del círculo palaciego íntimo, había realizado en 1945 su primer intento para ser tenido en cuenta, remitiendo al Jefe la letra y música del merengue "Con Trujillo". Por esas ironías de la vida, fue el gallego José Almoina y Mateos, entonces Secretario Personal de la Alta Figura, quien le acusó recibo y le agradeció el envío, sin saber que años después, ya caído en desgracia y fugitivo en México, aquel compositor novel, transformado en omnipotente perro de presa, sería el encargado de diseñar las estrategias para silenciarlo mediante matones cubanos de alquiler. Y si Abbes lo había logrado, ¿por qué no él, el esclarecido poeta de Paraíso?

Llevaba años luchando contra la indiferencia, aferrado a la idea de que si no había sido promovido se debía a no haber sabido tocar la puerta correcta, en el momento adecuado. Tres años antes había iniciado su largo envío de sonetos laudatorios. Los había dedicado a todos los miembros de la real familia, uno por uno: a la madre, Julia Molina, viuda de Trujillo; a la esposa, María Martínez de Trujillo; al hermano, Héctor Bienvenido; a la hija, Angelita; a los hijos Ramfis y Radhamés; y por supuesto, varios dedicados al Jefe. Siempre había hecho

gala de fina inspiración y veta clásica, adecuada a la dignidad de los elevados destinatarios. Así lo demostró cuando escribió de Ramfis, el 22 de marzo de 1957:

> Es noble tu mirada y alegre tu expresión,
> tu frente siempre erguida con gestos de valor
> coronan tu cabeza, oh Barón bienhechor,
> con el alba diadema de grandeza y honor…

Y a pesar de aquel derroche de ingenio y galanura, de aquella fidelidad perruna de sus sonetos para conmover el duro corazón de quien estaba rodeado cada minuto de su vida de muestras y expresiones de sumisión que competían entre sí, solo podía sostener entre sus manos la triste hoja de papel para el poema o la carta de turno, y sentir esa mustia tristeza de quien se sabe predestinado a altos designios, pero no ha sido aún llamado…

Pero no cejaría. Si otros habían logrado remontar estrecheces y miserias exhibiendo sus dotes ante el Generalísimo, él no sería menos… Por algo había sido iluminado con el don de la poesía, aunque sabía que no era su cultivo el que le abriría las puertas al dinero y el poder, sino una credencial del SIM. Tomó una vez más la pluma y escribió aquel 3º de mayo de 1959:

> Insigne Generalísimo, desde aquí de Paraíso, tierra de frontera, mande mi querido Jefe Único, mande a este hijo fiel que lo quiere, mande a este joven grato que Vos habéis formado con vuestras geniales cátedras de hombría, dignidad y patriotismo. Mande donde Vos queráis; estoy ávido de justificación, mándeme mi querido bienhechor, no importa que sea a luchar con la muerte… lucharé si es posible, contra ella, hasta vencerla; con ello cumpliré vuestras órdenes y estoy seguro que no moriré nunca, porque cuando se defienden los intereses personales y políticos de Hombres-Genios de

> la envergadura de Trujillo, el Incomparable, no se muere jamás… Excelencia. Hágame ingresar en el cuerpo del SIM. Mis actitudes son para militar y mi familia tiene una ancestral tendencia por el militarismo.

Terminó eufórico, tarareando entre dientes un merengue. Tras este rapto de inspiración sublime no podrían negarle su petición. Ya se veía entrando a Paraíso con escolta y su tricornio, con su pistola, recibiendo la reverencia de todos. Ya le tocaría recibir sonetos laudatorios, como los suyos, y dispensar favores a los agraciados. Ya se imaginaba fuera de ese cuartucho y lejos de las moscas, envuelto en nubes de incienso, escuchando el dulce sonido de las liras, oyendo hermosas declamaciones…

A los pocos días, recibió la visita de un sujeto malencarado y con una enorme cicatriz que le surcaba el mentón. Ajado y sucio, no se molestaba en ocultar el bulto del arma al costado. Mostró una mugrienta credencial del SIM y le transmitió de parte "de la Superioridad" que debía presentarse en la oficina del "Servicio" al día siguiente a recoger su credencial y la pistola con la que tanto había soñado. "No vayas desayunado, si no quieres vomitar -fueron sus últimas palabras-, a los pendejos que entran nuevos siempre les tocan las castraciones, los accidentes simulados y los suicidios obligatorios".

Se quedó solo, con una angustia mayor que la tristeza anterior. Miró las manchas de café en el mantel y sintió el zumbido de las moscas. Respiró hondo y tragó en seco. Con las mismas manos que el Jefe necesitaba para matar, rompió el último soneto.

Ya no los necesitaría más.

Número 2

MENSAJES AL ALTO DESTINATARIO

Jamás pude imaginar que mi vida, la vida de un hombre de acción, de un divino arquetipo militar y de un macho bien bragado, pudiese transcurrir alejado de los peligros, del silbido de las balas y los cañonazos, solo en mi despacho, en el profundo silencio que exijo a todos cuando estoy en Palacio, apenas acunado por el tenue rumor de los papeles.

Odio y amo los papeles. Los documentos bien mecanografiados, con rectas líneas y una tipografía perfecta, marcados por las cintas de las máquinas de escribir bien entintadas, son para mí motivo de odio y de satisfacción. Todos lo saben: soy un perfeccionista, y Dios libre a la mecanógrafa o al Secretario de la Presidencia que ose presentarme un documento corrido o manchado. Al final, el hombre que no lee, que no escribe, que solo finge escuchar en silencio para aparentar sabiduría, como bien me caló la Fidalgo, mujer de Almoina, el gallego traidor, ha devenido no solo en el Padre de la Patria Nueva, Benefactor, Campeón de la Paz Mundial, Generalísimo y Primer Enemigo del Comunismo, sino en el Alto Protector de los Papeles, el Excelso Alimentador de los Archivos y el Santo Patrón de la Documentación.

Sé que estoy cercado de documentos, de toneladas de oficios y copias, de triplicados y cuadruplicados, de papeles que parecen caminar y tener voluntad propia, que no se agotan porque yo trabaje catorce horas diarias y exija a esta caterva de

ineptos que me rodea, que me emulen en mi tenaz entrega a la causa pública. Los papeles siempre terminan imponiéndose y te cercan, te atacan, te devoran… Al final de mi vida, no sé si me recuerde como el generador de la paz nacional y las riquezas, el garante del orden y el progreso, o como el maniático que no permitía se botase un solo documento y guardaba en archivadores metálicos miles de fichas de sus corresponsales; el hombre que no solo modernizó la industria azucarera y los puertos del país, sino también, y en primer lugar, la labor de las oficinas. Mi manía por el orden y la pulcritud exterior, esa que ha provocado que más de un psiquiatra levante las cejas al pensar en la suciedad interior de mi alma, me llevó a comprar en los Estados Unidos todo artefacto moderno que requiriese una oficina, y especialmente, los equipos más sofisticados para copiar y archivar documentos, esos mismos papeles que conservo con esmero, como si fuesen batallones listos para el combate. Y lo son.

No es gratuita esta pasión, me viene de familia. De mi abuelo, Don José Trujillo y Monagas, quien fuese por más de 18 años segundo jefe de la Policía colonial en La Habana, aprendí que para lidiar con laborantes y conspiradores, ñáñigos y anarquistas, estafadores y revolucionarios, nada como un archivo bien ordenado. Ahí tienes todos los elementos para juzgar la lealtad de los amigos, la tibieza de los indecisos y la peligrosidad de los enemigos. Ahí, en los papeles, tienes más aliados incondicionales y eficaces que entre los brutales apaleadores del SIM o los calieses primitivos. Y a su vez, eso lo aprendieron de mí, desde Arturo Logroño a Balaguer, y desde Bernardino hasta Johnny Abbes.

Ahora que toca a su fin este año de 1958, como es habitual, crece el caudal del torrente de papeles que me envuelve y me arrastra. Menudean entre ellos los intentos de

tumbes elegantes y también los descarados de los pedigüeños de siempre. Son limosneros sin fronteras, gente que cree que mis arcas son infinitas y que debo estar a la mano para cuando su imprevisión, su mano suelta o su torpeza en los negocios los tenga al borde de la bancarrota. Entonces me escriben cartas desgarradoras como tangos, escritas para hacer llorar hasta a los torturadores de la 40; boleros en blanco y negro para almas sensibles, como la mía… Porque saben que la grandeza de mi corazón y mi paternal magnanimidad son proverbiales…

De tales intentos de sablazos a mi patrimonio está llena la correspondencia que me han traído hoy al despacho. Y hablo solo de la traducida, no de la nacional, ni de los nacionales que viven fuera del país, porque eso es ya punto y aparte. Hablo de los extranjeros que también me escriben, nunca para dar, siempre para pedir una tajada de lo que me ha costado tanto. Por ejemplo, una tal Mrs Maxine I. Krueger, de North Forth Lewis, Estados Unidos, que empieza diciéndome que espera que su carta no me parezca cosa de locos, cuando precisamente es lo que me parece:

> Tenemos un problema terrible,-dice- mi esposo está en el Ejército, es Sargento Mayor y pasó enfermo casi todo el año de 1956, y yo también he estado enferma. Por ese motivo no podemos saldar nuestras deudas. Sé que esto suena descarado, pero, ¿no podría Ud. hacernos un préstamo de 7,000 dólares?.

Y yo me pregunto, ¿acaso dos enfermos que no han podido salir a flote, de ser cierto lo que dice esta señora, estarán en condiciones de honrar las deudas que asuman conmigo? Por eso he indicado a mi ayudante, el mayor Amado Hernández, que los reconforte con una postal navideña a mi nombre, deseándoles un pronto y feliz restablecimiento de sus quebrantos.

Desde Trípoli, Libia, llega la carta lacrimógena de "tres hermanitas de 11, 8 y 3 años, nombradas María Luisa, Gianina y Graziella", que afirman estar cansadas de "recibir regalos de Navidad de padres pobres, y después de haber leído en los periódicos que Usted es uno de los hombres más ricos del mundo, las tres hemos pensado en escribirle con la esperanza de que piense en nosotros" Y claro que pienso, estimulado por este ejemplo de precocidad, y se conmueve mi alma ante estos angelitos desvalidos, a los que, con todo amor, he ordenado les sea remitido el voluminoso informe encuadernado de la gestión del gobierno, el pasado año, para provecho de tan temprana vocación por las letras.

A Joseph Rainey, de Columbus, Ohio, y a Patrick Kelly, de Seattle, interesados en ser mis representantes de relaciones públicas en ese país, cargo para el que se ofrecen, he remitido mis álbumes de fotografías, no el nombramiento ni los cheques que anhelan. Y a Lucía Biondi, de Civitanova, en Italia, que pide "un poco de calor, porque hace frío, está nevando y no puedo calentar mi cuerpo enfermo", le he hecho enviar por nuestro Embajador una caja de ron dominicano.

Pero también los papeles traen presagios de tormentas, no solo proposiciones tontas como la de M. Lloyd Jacob, de Indianápolis, quien me propone una campaña promocional para traer turistas al país a cambio de $50,000 dólares al año. Esta carta, traducida del francés y firmada por "X", a quien conozco de sobra porque llevo años manteniéndolo en las nóminas de operaciones encubiertas en el exterior, que pago con los fondos del Partido Dominicano, se refiere a Francois Duvalier, ese nuevo amigo haitiano con más trastienda que una bodega, agazapado a mi costado, siempre al acecho…

> ¡Atención, cuidado! –escribe x– tiene Usted que vérselas con un político cruel y astuto, un calculador

> reconcentrado que no habla nunca; con un enemigo que une la astucia y la crueldad de Toussaint a la ferocidad de Christopher… Más que nunca debe Usted controlar, de manera minuciosa, los menores actos de su nuevo aliado, que une en el misterio de su alma la astucia de Maquiavelo a la perversidad calculada de Nerón.

Los papeles, los benditos y malditos papeles, que pueden llevar lumbre a los hogares desvalidos y también luto a las casas de los imprudentes. Porque a mí no me madruga nadie. Yo soy, no solo el Alto Destinatario, sino también el Excelso Vigía Permanente, El Que Se Adelanta.

Porque no es una broma la consigna que Peynado puso de moda mediante un anuncio lumínico en su jardín: "Dios y Trujillo".

¿O acaso, en mi omnisciencia, no somos uno y lo mismo?

Número 3

HOMBRES DESTROZADOS POR LA MELANCOLÍA

En medio de la noche habanera, en el silencio del barrio de El Vedado, saltó en la cama como si le hubiesen conectado a un cable eléctrico. Estaba ligeramente borracho y aun mantenía en la punta de los labios y los dedos el calor de aquella mujer tan delicada y olorosa. Lo primero en lo que pensó fue en la rubia del Rumba Palace con la que cualquiera que se pasease por El Conde terminaría enredado a golpes con los mirones y manisueltos de siempre, aunque la fama derivada de tal conquista sería capaz de compensar cualquier sinsabor.

Tragó en seco, y reparó en el sudor frío que bajaba por su frente. Tenía el cuerpo cortado, y no se suponía que era así como debía sentirse tras beber las aguas más profundas de aquella mujer impresionante, y hay que decirlo, relativamente barata. Entonces comprendió que no eran aquellos recuerdos amables los que lo habían sacado de su sopor ahíto, sino la conciencia de que algo andaba mal, incluso, muy mal.

Su aguzado sentido del peligro se había disparado en la madrugada, alimentado por ese ligero temblor que se le instalaba en el estómago cada vez que bordeaba el abismo. Ahora escuchaba de nuevo la voz aflautada del enanito escondido tras sus orejas. Aquel invisible ángel de la guardia, que siempre lo había sacado con bien de tantos lances difíciles, no cesaba de repetir la misma frase: "¡Cuidado, Ramón Marrero Aristy, mucho cuidado, que vas derecho a la noche!".

La noche… En efecto, una larga y torturante noche. Nada que ver con la dulce madrugada cubana, aún con las pandillas sueltas que Grau San Martín había dejado que se masacraran el año pasado en el Reparto Orfila, y seguían impunes bajo la presidencia de Carlos Prío. Esta otra isla, tan cercana a la suya, de un suave noviembre de 1948, le gustaba mucho, y no solo por las rubias platinadas al alcance de la mano, sino por el refinamiento de las costumbres, por la vida cultural tan activa donde periodistas, escritores y filósofos podían ganarse la vida y disfrutar de ciertas dosis de respeto, hablando mal en los periódicos de quien se le antojase. Nada que ver con su noche, con la noche de la otra isla, con la noche tremenda de esa patria que le dolía en el costado como una puñalada, y en la que hasta el gemido de dolor le estaba vedado. Aun a él, uno de los privilegiados del poder, ex Subsecretario de Estado de Trabajo, Diputado al Congreso por Azua, Suave Mediador del Benefactor, Ilustrado Negociador de Entuertos al servicio del Padre de la Patria Nueva… Aun a él…

Porque las orejas y los ojos de su Excelencia llegaban hasta el más recóndito rincón de La Habana, como también de Caracas, Ciudad México, Bogotá, Curazao, Buenos Aires, y hasta New York. Y precisamente por eso le vociferaba al oído su ritornello, por centésima vez, ese maldito enano agazapado en su cabeza. No por la rubia, ni por los tragos en que se volatilizaban parte de las jugosas remesas entregadas para su labor de mediación, que para eso el Jefe era magnánimo y de manga ancha, sino por las conversaciones sostenidas con personajes marcados por la muerte, perseguidos por la segura, infalible e inevitable venganza del Alto Odiador. Lo que el enano vigilante quería decirle era precisamente eso: que en tales entrevistas, arrastrado por su ya conocida verbosidad, por su arrogancia ante el peligro, por la excesiva confianza en

su propia inteligencia, y un cierto desdén por sus superiores iletrados, se había extralimitado en frases peligrosas, en alusiones irrespetuosas, en simpatías ante el sufrimiento de los obreros y campesinos de su patria, en el aprecio a los métodos suaves y los valores del diálogo.

¿Pero qué querían? ¿Acaso no lo había enviado el Jefe en misión confidencial, precisamente para dar una imagen de renovación y disposición al diálogo con los revolucionarios dominicanos exiliados en La Habana, y conjurar así el peligro de nuevos intentos como el de Cayo Confites? ¿No era mejor una acción preventiva, como la asignada, una jugada de engaño más, tan del gusto del Jefe y Balaguer, ante la perspectiva incierta de un presidente joven y de pasado revolucionario en el poder, como Prío, y para más desgracia, asesorado por Juan Bosch y cuñado de ese irreductible enemigo que era Enrique Cotubanamá Henríquez, al que tenía alojado en Palacio?

Cuando no se podían usar los matones de Félix Wenceslao Bernardino, se me asignaban misiones como esta: a mí, al contemporizador por excelencia, a Ramón Marrero Aristy. Eso debían saberlo los mismos cortesanos invertebrados que conspiran a mis espaldas por pura envidia, por el odio del bruto al sabio, por la cortedad de los mediocres. Y es por eso que han comenzado a susurrar que soy un comunista clandestino, lector de Carlos Marx y "…de escritores bolcheviques, como Chéjov, Tolstoy y Dostoievski". Y aquí es donde esos gelatinosos mal nacidos han empezado a recordarle al Benefactor que fui amigo del ahora prófugo Jesús de Galíndez, y que por nuestra "actitud claudicante" al actuar como mediadores en la huelga azucarera de hace dos años, es que salieron triunfantes los obreros de La Romana y Mauricio Báez adquirió relieve de líder nacional. Y citan una y otra vez fragmentos supuestamente incriminatorios de

mi novela *Over*, y me acusan por la rebeldía de mi personaje principal, el bodeguero Manuel Comprés. Y, claro, callan que también escribí *Trujillo: Síntesis de su vida y obra*, y que me han encargado lo que no quiso hacer en su momento el gran Américo Lugo: redactar la historia oficial del régimen, en tres tomos.

Y cuando los graznidos del enano llegan a aturdirme, más que el ron bebido anoche en el Rumba Palace, me tiro de la cama, febril, enloquecido, tiritando de premura para intentar conjurar la mala suerte con una carta, con las letras salvadoras, con el verbo elocuente de quien quiso un día ser pastor evangélico. Y esto dejo escrito a Telesforo Calderón, secretario de Estado de la Presidencia:

> Fui con Mauricio Báez a un restaurant denominado El Jardín… De cuanto me dijo, no encuentro nada que encierre un interés especial, excepto su proposición de que yo hablase en privado con Cotubanamá Henríquez… Inexplicablemente, comenzó a justificar su actitud por haber ido a Cayo Confites… Expresó su deseo de que allá las cosas fueran más abiertas… Mauricio me pareció simplemente un hombre a quien destroza la melancolía y el recuerdo de su país natal… Si yo permaneciera más tiempo aquí, en La Habana, quizás podría sacar algo más concreto acerca de los deseos de Cotubanamá…

Con esto logro, al fin, hacer callar al enano alarmista. Respiro hondo, ya no sudo… El recuerdo de aquella mujer vuelve a invadirme… Me tiendo suavemente en la cama, es hermosa la madrugada de El Vedado…

Me voy adormeciendo de nuevo, sin reparar que solo he pospuesto la noche inevitable, la misma que se cebará con Mauricio Baez aquí, en La Habana, a quien desaparecerán

dentro de dos años… Y entonces comprendo que me quedaré solo, hombre también destrozado por la melancolía, hasta que el 17 de julio de 1959, en el mismísimo Alto Despacho del Jefe, perderé de una vez mi apuesta con el enano.

Y adivino que la oscuridad me llegará tras el fogonazo que saldrá de la pistola de Policarpo Soler.

Por eso puedo ahora dormirme, aliviado.

NÚMERO 4

MANUAL PARA LA ANIQUILACIÓN TOTAL DE ENEMIGOS

El presente manual va dirigido a los funcionarios públicos del gobierno del generalísimo Trujillo, encargados de la detección, el control y aniquilamiento, moral y físico, de sus enemigos, esa caterva de ignorantes que no ha sido capaz de ver la luz que brota de la obra del Jefe, y que como aquel Pablo de Tarso, antes de la revelación y conversión ocurrida en el Camino de Damasco, persisten en dar coces al aguijón.

Dejemos a los psiquiatras el desentrañar la anormalidad de aquellos que se han opuesto a la enorme obra de regeneración nacional que encarna el Ilustre Benefactor. Lo que debe ocuparnos a nosotros, fieles funcionarios del Jefe, es aprender y poner en práctica todas las medidas que ayuden a desacreditar a quienes lo adversan. Ese es el objetivo principal del presente texto.

I) Sobre el concepto de "enemigos":

Es enemigo todo aquel que no es amigo de manera manifiesta y sostenida, o sea, todo el que no esté dispuesto a sacrificarlo todo por el Jefe, o el que lo está, pero no lo demuestra constantemente y de manera pública. Los morosos, los melindrosos, los indiferentes y los apolíticos, son también enemigos. Como los que ponen a su familia, sus intereses personales, o sus escrúpulos intelectuales por encima de la adoración ilimitada y constante del Jefe, junto a los que mantienen falsos pruritos de dignidad, o no gustan del merengue "Seguiré a caballo".

II) Sobre el concepto de "aniquilación total":

Se trata del deber que todo trujillista debe cumplir para honrar a nuestro líder. El grado de aniquilación depende del humor con que el Jefe se levante una mañana, o de la gravedad de la ofensa que los enemigos le hayan infligido. Son ofensas mortales e imperdonables, aquellas que se relacionen con:

a) El buen nombre de la familia del Jefe, especialmente, los tópicos relacionados con la verdadera paternidad de sus hijos.
b) Su pasado díscolo.
c) Sus raíces haitianas y el color de su tez.
d) Sus enfermedades, especialmente las vinculadas con su indisputada virilidad y marcial apostura.
e) Los honrosos ingresos de que dispone, fruto de su proverbial capacidad de ahorro y su demostrado genio para las inversiones afortunadas.

Según las órdenes que se reciban, la aniquilación de enemigos podrá ser física o moral. Para una mejor explicación de la primera variante, el presente manual incluye un epígrafe con las mejores prácticas de los generales José Estrella y Federico Fiallo, y también de Anselmo Paulino, Félix W. Bernardino y Johnny Abbes. Sobre la segunda, se incluye el ejemplo de una buena práctica: la manera en que se neutralizó al laborante Ángel Morales, ex embajador en Washington del gobierno de Horacio Vázquez, mediante una sistemática campaña de represalias y desprestigio, sabiamente administrada.

III) Una buena práctica y un ejemplo a seguir: La campaña contra Ángel Morales.

Cuando en febrero de 1930 la nación se alzó, como un solo hombre, para respaldar al general Trujillo en su revolución

patriótica, Ángel Morales, desde Washington, no solo se negó a secundarlo, sino que conspiró con Summer Welles, subsecretario de Estado para América Latina y hombre de confianza de Roosevelt, con el objetivo de cerrar el paso al Jefe. Desde entonces, y a partir del intento de expedición del Mariel, en 1934, pasando por la fracasada expedición de Cayo Confites, en 1947, y Luperón, en 1949, Morales ha estado siempre en primera fila entre los que intentan devolver al país a un pasado de caudillos y desórdenes.

Contra Morales, antes conocido por su éxito con las mujeres y su capacidad de liderazgo, sin dudas, la figura horacista más conspicua del exilio, se utilizaron los siguientes métodos:

a) Artículos de Emilio A. Morel en *La Opinión*, como "Las revoluciones de hoy" y "Ángel Morales: Enemigo público número uno de la patriótica paz de la República", publicados en el año 1931, que crearon una matriz de opinión basada en: "Morales, payaso del circo de la sedición", "estafador internacional con dudosos medios de vida", "holgazán de vida libertina", "charlatán cobarde que organiza expediciones y revoluciones en el papel, y que nunca da la cara", "Tenorio rural, indiscreto y ambicioso de poder", "representante de la vida política de cincuenta años atrás", "intrigante antipatriótico que busca que los Estados Unidos intervengan en los asuntos internos dominicanos" y "terrorista alentador de atentados contra el Jefe de una nación civilizada".

b) Cerrarle todo resquicio por donde pudiese recibir dinero para sostenerse en el extranjero: En abril de 1933, una alerta de la prensa, el interrogatorio a personas y el allanamiento a la casa de su suegra, en Moca, impidieron

que le fuesen remitidos $400 pesos. También se le confiscaron sus propiedades, entre ellas la casa de Moca, entregada al teniente Pichardo y reclamada en julio de 1952 por el teniente Henríquez, en carta al Jefe.

c) Atentado contra su vida, en New York, del que se culpó a Luis Fuente Rubirosa. Se realizó el 28 de abril de 1935, y por una confusión, resultó muerto Sergio Bencosme. Por indicaciones de la Secretaría de Estado y Comunicaciones, se interceptaron sus cartas a la viuda de este, creándole la imagen de indiferente y malagradecido.

d) Fallo de La Cámara de lo Penal del Juzgado de Primera Instancia del Distrito de Santo Domingo, del 18 de febrero de 1939, por los delitos de "abuso de confianza y desfalco de fondos públicos". Se le acusó, por supuesto sin prueba alguna, de haberse apropiado de $44,500.00 destinados a la compra de solares para edificar la legación dominicana en Washington. Se dejó flotando en la atmósfera una mancha indeleble contra su probidad, que en años posteriores sería usada como algo fehacientemente probado. El fallo incluía la condena a cinco años de cárcel.

e) Carta pública del 2 de enero de 1946, donde se le acusa por su "bancarrota moral y física", ser un "grotesco raterillo con vientre de coprófago y anhelos de sibarita fracasado", "de podredumbre viviente" y un" vil intervencionista". Se publicó un folleto con su "biografía". La carta fue firmada por Paíno Pichardo, Mieses Burgos, Virgilio Alvarez Pina, Bonetti Burgos, Logroño, Nadal, Rodríguez Demorizi, Ortega Frier y Telésforo Calderón. Aun en septiembre de 1955, el propio Jefe indicaría a Paíno Pichardo, destinar $230.00

de los fondos del Partido, para reeditar el folleto "Sigue su vieja aventura el viejo aventurero Ángel Morales", en 5,000 ejemplares.

f) Memorándum de la Secretaría de la Presidencia a la Secretaría de Estado norteamericana, denunciando que detrás de artículos de *Times* contra el gobierno del Jefe, estaban Morales y sus amigos Hank Lewis y Arthur Monroe, sus editores, y que la campaña debilitaba a Estados Unidos y favorecía el avance del comunismo.

g) Carta al editor de *The Miami Herald* desenmascarando a Morales por haber mandado a la muerte a los tres aviadores que participaron en la expedición de Luperón, en 1949.

Fue tan eficaz el procedimiento en el caso de Ángel Morales, que pocos se enteraron de su muerte ocurrida en 1959, en Puerto Rico. Desapareció anónimamente, sin complicaciones para el Jefe, como el Don Nadie que fabricamos.

Aprendan bien esta lección. Es nuestro más sagrado deber.

Número 5

UN ESPECIAL MOTIVO DE DOLOR

En este año de 1932, el Ministro de la República China en Cuba, es también el Encargado de los Intereses Chinos en la República Dominicana. Todos quieren en La Habana al simpático Dr. Ping Lin.

Joven, espigado, elegante, perennemente enfundado en un impecable traje de dril 100, con su lustroso pelo negro cortado a la mitad por una raya y suaves ademanes milenarios, el Ministro chino es una figura omnipresente y bienvenida. Lo mismo organiza una cena para sus colegas diplomáticos en el Casino Nacional, que frecuenta las redacciones de *El Diario de la Marina* o *El País*, dejando hojas de papel de arroz, casi transparentes, con versos de su autoría. Casi siempre escribe sobre lotos, garzas y libélulas. Cuando los directores de estos periódicos quieren que sus lectores se relajen y dejen de preocuparse por las bombas y atentados del ABC contra los esbirros y valedores de la sangrienta dictadura de Machado, echan mano a esas hojas translúcidas y reproducen en sus ediciones, por miles, los versos apaciguadores del Dr. Ping Lin. El efecto es instantáneo.

De esta suerte, no debe extrañar que el Dr. Ping Lin haya comenzado a ser señalado, en esta urbe estremecida por una revolución subterránea, como un hombre capaz de hacer milagros, un arquitecto de la armonía y un heraldo de la comprensión y la razón humanas. Y no solo por sus versos, sino también por el susurro de su voz, que recordaba a los arroyos que bajan de montañas. Y por una mirada

imperturbable, donde podían adivinarse los estremecimientos del bambú y esa tenue luz de la sabiduría oriental que adivina el punto donde confluyen las fuerzas cósmicas, aún sobre una piedra del camino, o el lomo de un perro callejero.

Por estos días, algo terrible ha sucedido, aun peor que el hallazgo de brazos de opositores a la dictadura, antes desaparecidos por la Policía, dentro del estómago de tiburones pescados en la bahía. Todavía mucho peor que el decreto presidencial, recién aprobado por una Cámara servil, prohibiendo la pesca de los escualos. Lo que tiene a todos en vilo es el cambio que ha dado el Dr. Ping Lin. Y eso solo puede ser señal de inminentes cataclismos. La ciudad se ha replegado sobre sí misma, aún más si cabe, y se ha encogido, como esperando un puñetazo terrible en pleno rostro.

No es para menos. El apóstol de la mansedumbre y la contemporización se ha convertido, de la noche a la mañana, en un ser dominado por la furia y la desesperación. Ahora se le ve ajado, estrujado, manchado, despeinado y febril, corriendo de la oficina de correos a la Legación Dominicana, y de ahí a su cuarto de hotel, donde dicen los camareros que deambula por los pasillos como un poseso, como alguien que ha perdido la fe en la especie humana y dialoga a gritos con unos dioses desconocidos en lengua de chasquidos.

El enigma, que tiene a todos en vilo, necesitaba ser desentrañado porque la ciudad entera temblaba y rogaba por el regreso del simpático Dr. Lin. Realmente, se temía a este otro que lo ha suplantado. Y la verdad no ha tardado en abrirse paso, descartando las hipótesis de mal de amores, quiebra en los negocios, y hasta embrujos de babalaos celosos de su popularidad: lo que ha hecho casi enloquecer a este santo de la concordia ha sido la recién promulgada Ley de Inmigración en la isla vecina, que discrimina de forma

intolerable a sus connacionales, y los grava con impuestos injustos. O más preciso aún: la actitud irracional, sorda y ciega, que han adoptado los funcionarios dominicanos ante la suave exposición de sus argumentos irrebatibles.

Todo se ha sabido por boca del locuaz Ministro dominicano, el poeta Osvaldo Bazil, dandy modernista, que ocupa su tiempo frecuentando los "Aires Libres del Prado" y rastreando en El Encanto y La Emperatriz, templos de la moda internacional, calzoncillos, camisas, vestidos, sombreros, guantes y pijamas para el generalísimo Trujillo y María Martínez Alba, primera dama, de oficio. No se ha podido contener y ha despotricado contra la tenaz insistencia del simpático Dr. Ping Lin en su lucha quijotesca contra la Ley, porque lo ha puesto a él mismo, en malas relaciones con el Jefe. "No permitiré -bufaba entre copas de champagne- que este chino arruine todo lo que he ganado en la consideración y la amistad del Honorable Presidente Trujillo, por su inexplicable defensa de cuatro o cinco escuálidos dueños de fondas y trenes de lavandería".

No eran cuatro, luego se supo, sino cuatro centenares de chinos, todos masculinos, laboriosos, austeros, honrados y silenciosos, a los que defendía con intransigencia suicida el otrora simpático Dr. Lin. Llegados de Kinsgton la mayoría, y algunos de Cuba, soñaban con llegar a Estados Unidos. Eran descendientes también de los que construyeron el cementerio de Moca, fabricaron los ladrillos y prepararon la cal con la que se edificaron muchas casas del país. Y de los que tendieron las líneas férreas hacia el oeste americano, abrieron con esos mismos brazos delgados el Canal de Panamá, o cortaron caña como culíes en las plantaciones cubanas. Y ahora, a manera de premio, una nueva Ley Migratoria los segregaba del resto de los inmigrantes extranjeros, los calificaba de "exponentes

de la raza mongólica", y los condenaba, junto "a los negros de África", a pagar 50 veces más que el resto por un permiso de entrada, y 16 veces más por un permiso para permanecer en el país, no importa si lo estuviese haciendo desde hacía 30 años.

El simpático Dr. Ping Lin había echado a un lado sus papeles de arroz y sus versos sobre lotos, garzas y libélulas, cuando empezaron a llegar de Santo Domingo mensajes desesperados y amenazas de suicidio colectivo. Expuso todos sus argumentos a Bazil y los transmitió por su conducto, una y otra vez, en cartas persuasivas y cordiales a la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde Max Henríquez Ureña, el secretario, solo tuvo tiempo para discurrir sobre el concepto de "raza mongólica" como sinónimo de "raza amarilla". Tampoco tuvo suerte con los cablegramas y las cartas dirigidas al mismísimo Trujillo, ni con la condecoración que le gestionó ante su gobierno, con el fin de aplacarlo. Menos con un viaje relámpago a la isla vecina, donde no fue recibido sino por funcionarios de segundo nivel.

Lo que colmó la paciencia asiática del Dr. Lin fueron las cartas remitidas por el Secretario de la Presidencia a Bazil, donde un hastiado Trujillo le indicaba transmitirle que no le escribiese más, que él solo se ocupaba de problemas de Estado, y que no trataría con él asunto alguno.

La Habana estaba consternada y en vilo. Terminaba el año terrible de 1932 y la cólera en los ojos del otrora risueño Dr. Lin era la misma con la que los cubanos entraban en 1933. No hubo oídos para la justicia en el año vencido, habría que esperar el próximo.

Por las noches en su hotel, y en la soledad de su lucha, el Dr. Ping Lin siguió pensando en libélulas, garzas y lotos, pero nunca más escribió sobre ellos. El cocinero de Trujillo, por

aquellos tiempos, era precisamente chino. Nada cambia más el carácter humano que la contemplación, impotente, de una injusticia.

El 12 de agosto de 1933 Machado sería barrido por una revolución.

Número 6

El secretario circular

No soy lo que creen, ni este cuerpo elefantino que ven. Soy más, mucho más que el ex Secretario de Estado de mi país. Más incluso que el reverenciado "Príncipe de la Oratoria" nacional. Jamás fui frío, distante ni cínico, como escribirá de mi Balaguer. Nunca uno más entre los que rodeaban al Jefe. Nunca anodino, ni trivial ni del montón. Y sin ser nada de eso, soy también carne y nervios a flor de piel, y esta enorme anatomía moribunda, vencida por la diabetes y dos infartos. Soy este que ven clavado a la cama donde agonizo, libre ya de desvelos y apremios, pero no de dolores. Y de la constante necesidad de agradar a quien, desde su Alta Investidura, ni siquiera se ha dignado a visitarme por vez postrera, demostrando que sus afectos solo se destinan a quienes le son útiles. Porque yo, Fernando Arturo Logroño Cohen, no soy más el orador barroco aclamado con delirio, ni el autor de frases afortunadas, pronunciadas para deslumbrar a un patrón cursi, sino un simple mortal que se despide, dejando tras de sí el enigma de un talento arrodillado, de un hombre cuya vida fue parabólica, como redondo, circular, esférico fue su cuerpo deformado por los excesos de la buena mesa. Y la perenne ansiedad.

Nací para brillar, y brillé. Los torvos cortesanos de Trujillo se burlaban de mi corpulencia, pero callaban cuando abría la boca, replegados en sí mismos, incapaces de esquivar mis dardos, inermes a sus punzadas, como gaticos que aún no

han abierto los ojos. Uno tras otro los despaché, con la marca de mi ingenio indeleblemente grabada sobre las frentes, para escarnio y burla de ellos mismos. Y el que más disfrutaba era el Honorable, siempre azuzándonos para que nos hiriésemos en obsequio a su solaz, como quien lanza gallos de pelea al ruedo, y solo le importa que den un buen combate. Y por supuesto, para gozar con la sangre que se derramaba.

Soy este que ven aquí, quieto, desangelado, resignado en la sosegada espera del inminente fin. La sombra del que fue secretario del presidente Juan Isidro Jiménez, ferviente opositor a la invasión norteamericana de 1916, y autor del famoso "Manifiesto de Cambelén". Fueron tiempos claros, en que se podía ser joven, patriota y apasionado a plena luz del día, sin que tal entusiasmo y honradez de ideas pudiese atraerte malquerencias ni desgracias, descontando, por supuesto, las del invasor. Tiempos donde todos estábamos hermoseados por la luz de los ideales, y no encenagados en las aguas del pantano en que nos hemos convertido. No vivíamos entonces bajo el ojo perenne del Eterno Escudriñador, al que siento posado sobre el espaldar de mi cama, esperando también, como enorme ave de rapiña, que exhale el último suspiro para alzarse con los restos de mi alma.

Yo le serví, y le serví bien. Le serví a conciencia, con toda mi oratoria, mis conocimientos y mi buena fe, y también con mi cálculo, mi amedrentamiento y mis intereses egoístas. En eso fui uno más, como todos, formando parte de una legión de opereta. Le serví, eso sí, con todas las fibras y las libras de mi cuerpo. Y no supo ver que también los ángeles vienen así disfrazados. Era inmune y alérgico al bien y a la nobleza. Había que transfigurarse a su lado, o perecer.

Llegué a la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores en mayo de 1933. Sustituí a Max Henríquez Ureña, lo

recuerdo bien, y enseguida quise poner orden. Yo era metódico, coherente y rotundo, cuidadoso y atildado, no solo en el vestir, sino también en el pensar. Y entré al ruedo de la diplomacia nacional llevando en la mano la espada flamígera que procuraba el mismo orden y rigor que entonces nos deslumbraba en el Benefactor. Esa turba de pavorreales inútiles y de depredadores profesionales me recibió con sorna y desdén: "Los gordos -dijeron- siempre son sanguíneos, o sea, inofensivos". Pero se equivocaron.

"Hemos notado que muchas personas que desempeñan cargos en el servicio diplomático y consular no han hecho su solicitud de inscripción en el Partido Dominicano…" -decía en mi circular del 9 de junio-, y les congelé las risas.

"En las valijas diplomáticas no deben venir más que documentos oficiales, con la sola excepción admisible de correspondencia o paquetes para el Presidente y su esposa" -decía en mi circular del 18 de julio-, y los dejé preocupados.

"Les remito declaraciones del presidente Trujillo a periódicos de la capital sobre las obras públicas del gobierno… Tiene Usted una nueva ocasión de hacer notar a la prensa de ese país cuán fecundo y beneficioso es el gobierno del Generalísimo" -decía en mi circular del 25 de julio-, y los puse a trabajar.

Y trabajaron, Obré ese milagro para mayor gloria del Jefe. Y de nada me valió. Terminé como todos, humillado, apartado, engullido por la intriga de turno que también obró el milagro, como dije en su momento, de que la soga se partiese por el lado más gordo. Luego la postergación, el rodar, el olvido, el debilitamiento, las sombras… Como todos.

Ahora siento que las paredes de mi cuarto se difuminan, dejando pasar un torrente de luz. Llega el momento. Me siento de pronto reconfortado, me levanto de la cama, me

miro al espejo y soy otra vez el joven de Cambelén, delgado, elegante, hermoso, enardecido y a punto de apostrofar a los invasores. Nadie ríe con sorna, nadie murmura a mis espaldas, siento aplausos de verdad, de la gente humilde del pueblo, no de estos malditos cortesanos. Y renazco.

Pero cuando más pleno me siento, cuando he retornado al que fui, un aleteo siniestro me hiela la sangre en las venas y comprendo que no hay escapatoria posible, ni tampoco renacer. Sé de quién son las garras que me aprisionan de nuevo, me doblegan, me obligan a mirar a la cama, a penetrar, desesperado, la oscuridad que vuelve a instalarse en el cuarto, y observar a un pobre ser jadeante, deforme, envejecido y triste que se está despidiendo de la vida.

Yo.

NÚMERO 7

UNOS ESPEJUELOS ASTILLADOS Y LA CENIZA DE MUCHOS SELLOS...

Levantó la vista de su escritorio y comprobó que sus compañeros iban saliendo a almorzar. Lo hacían jovialmente, espoleados por la perspectiva de escapar por un tiempo de la esclavitud de las cartas y cablegramas a ordenar. Era en ese instante, lo había observado, que los empleados mayores, recuperaban el andar elástico, incitados por sentarse a la mesa familiar, único sitio donde aún se les tenía en cuenta. Porque no solo era mal pagada, y de esclavos, esta faena tediosa de ordenar mensajes ajenos, sino también nula para crear respeto social. Y lo entendía: ¿quién en su sano juicio podía apreciar la labor callada, sumisa, anónima, aburrida de esos pobres diablos, que como él mismo, habían envejecido sobre cajas de cartón repletas de cuadritos de papel?

En un país donde el crédito solo provenía de la cuna en que se naciese, o del apellido que se ostentase; de las hazañas de guerra o de cantinas; de las peleas ganadas o las mujeres rendidas; del dinero que se derrochase, o de la labia que se gastase en los periódicos o las tribunas, nada quedaba para los eficientes esclavos públicos que garantizaban en las Oficinas de Correo, en lo más profundo de la maquinaria social, que siguiese girando el engranaje de la comunicación, de la recepción de buenas y malas noticias, y del envío de besos y abrazos en la distancia.

Sus compañeros eran como él, ni más ni menos, y los había visto llegar jóvenes y exultantes, repletos de vida y con brillo en

los ojos, para terminar aplastados, macerados, pintados de gris por la rutina y el ritmo de trabajo agotador. Todos dedicaban sus silencios a contar mentalmente los centavos del salario, y de todas formas, no podían menos que hacer maromas a fin de mes, y pedir unos pesos prestados para completar el arroz o la leche de los muchachos, porque la carne era un lujo. Rezongaban por lo bajo, "…pero eso sí -agregaban- Dios nos libre, si alguno de los esclavos del papel dejase de aportar el 10% cada mes para sostener al glorioso Partido Dominicano". Y todos temblaban, como un rebaño de gacelas en las garras de los tigres, cuando se acercaban los cumpleaños de la Familia Real y los adulones competían en recaudaciones dizque "patrióticas" para testimoniar la incondicionalidad al Jefe y su descendencia.

Pero detrás de su ostensible insignificancia, él gozaba de un poder secreto. Gracias a eso, sus ojos aún no habían perdido el brillo, y si lo parecían era porque había aprendido a simularlo. Como aprendió también a disfrazarse con trajes gastados, camisas con refuerzos en puños y codos, chaleco fúnebre, pajarita desvaída por corbata, y unos espejuelos redondos que le conferían un cierto parecido con Harold Lloyd. Nadie podría imaginar que ese ser anodino que escrupulosamente representaba, ese personaje encorvado como una de las anticuadas sillas de la Oficina de Correos, dejaba de almorzar en su casa, y de cabecear su siesta diaria, no para adelantar el trabajo, como había hecho creer a todos, sino para robar. Y más específicamente, para robar los sellos de correo a las cartas que pasaban por sus manos.

No tenía remordimiento alguno, todo lo contrario. Si alguna vez lo habían visto esbozar el remedo tímido de lo que podía ser una sonrisa, se debía a que ya había vislumbrado, en una primera revisión, que habían llegado cartas de Macao

para los cocineros chinos de Bonao, o del Piamonte, para los panaderos italianos, o de Israel, para los zapateros judíos de Sosua. Nada se le escapaba cuando se trataba de esos pequeños rectángulos coloreados que lograban sacarlo de la chatura de su mundo y llevarlo a regiones de nombres sonoros. Para ello, bastaba un rociado con la esponja, un relampagueante movimiento de sus dedos, o del bisturí, con los que había aprendido a despegarlos sin romper ni dejar huellas, y después sentir el calorcito que de ellos emanaban, como si de una mujer cariñosa se tratase, cuando reposaban en lo más hondo del bolsillo que había cosido por dentro al chaleco.

En las noches, se encerraba en su cuartico de pensión, apenas alumbrado por un candil, y después de comer sus migajas llegaba el momento de la solemne instalación. Como si fuese un Grand Chef du Protocole, introducía a los nuevos súbditos de su reino secreto, y los presentaba a los sellos más antiguos, llamándolos por sus nombres y asignándoles espacios en álbumes separados por países. Luego los depositaba en cajones que estaban ordenados por regiones del mundo, y donde, por supuesto, los de Cuba, Haití, Puerto Rico, Estados Unidos, Venezuela y México eran los que más volúmenes contaban, aunque los más valiosos, a fuerza de rareza, fuesen los de Cambodia, Thailandia, Australia, Singapur, África del Sur, Birmania, Luxemburgo, o el Vaticano.

Y si algo le quedaba claro, y lo reconfortaba en lo profundo de su conciencia, era que el terrible crimen que cometía al robar, faltando así a los deberes de honradez a que estaba obligado todo empleado público en esta Era de Orden, Trabajo, Moralidad y Progreso en que vivía, era que no lo hacía por afán de lucro: nada le rendía aquella costumbre; primero moriría antes que desprenderse de alguno de sus

compañeros de papel. Por el contrario, su único lujo era gastar en los álbumes en que los conservaba.

Y fueron precisamente aquellos álbumes, comprados por años de manera constante y desusada, los que lo perdieron. O mejor dicho, los que dispararon las alarmas silenciosas de los sabuesos de la Policía Secreta, reorganizada inicialmente por el cubano Alfonso L. Fors, cuando de Palacio, del propio Alto Despacho del Dios Viviente, llegó la orden de indagar por qué llegaban sin sellos las cartas que se recibían de consulados, legaciones, embajadas, gobiernos extranjeros, conventos, museos y periódicos (dirigidas a Brache, Logroño Despradel o Balaguer); o de burdeles parisinos y teatros de espectáculos eróticos (dirigidas a Petán), o de cuarteles, bufetes de abogados, bancos, agentes secretos y Washington (dirigidas al Jefe), o de las tiendas habaneras El Encanto y La Emperatriz (dirigidas a la Primera Dama), o de Sans Soucci, Saint Tropez, Hollywood o Mónaco (dirigidas al delfín Ramfis).

Nunca se supo quién reparó en esa menudencia de los sellos, quién les echó de menos en medio la enorme avalancha de cartas que llegaba del mundo entero para los altos dignatarios de la Corte. Unos dicen que fue el propio Benefactor, zahorí para los detalles invisibles y perfeccionista empedernido. Otros, que fue un funcionario del Departamento de Correspondencia de Palacio, un doble calcado de él mismo, que empezó a sospechar de la competencia. Y por supuesto, también se atribuyó el hallazgo al celo extremo del mayor Román A. Soto Echavarría, Jefe del Servicio Secreto de la Policía Nacional. Lo cierto es que debió ser un agudo observador, algún perro de presa entrenado en captar los detalles que pasasen inadvertidos para todos. Como la falta de sellos en una carta.

Y de detonante sirvió la torpeza indigna de su escrupulosidad al haber rasgado dos cartas, en un mismo día aciago: una que

enviaba el presbítero Robles Toledano, cónsul dominicano en New York, al general Arturo Espaillat, pidiendo permiso para comprar en aquella ciudad la "Casa Dominicana", que fuera fundada por los enemigos del régimen, ahora en bancarrota, y la segunda, dirigida al mismo Generalísimo, precisamente por el mayor Echevarría, tras haberse reunido en esa misma ciudad, con Frank Roff, inspector Jefe de Detectives, y su ayudante Vincent Torti, para coordinar el control conjunto de los exiliados antitrujillistas.

Como corría el año de 1955, se pensó en espías de la Legión del Caribe, o en algún infiltrado de Pepe Figueres, Carlos Prío, o Rómulo Betancourt. Las investigaciones se desarrollaron con el mayor sigilo, pero no escapó a alguien que ha vivido del secreto durante años. Con su habitual parsimonia, se preparó. No lo sorprenderían.

Cuando los esbirros de la Secreta rodearon su cuarto, minúsculo como una gaveta, y derribaron la puerta, los recibió el fulgor de una llamarada bestial. En el torbellino de fuego que provocase para partir junto a sus sellos queridos, dicen que se le vio estrenar una sonrisa desconocida, antes de volatilizarse y volar hacia Nepal o Mindanao. Iba envuelto en una nube de pequeños rectángulos coloreados de papel, y los ojos, al fin, le podían brillar sin despertar sospechas.

NÚMERO 8

UNA COMA FEROZ

Estas levantando tu copa de champagne para brindar por el éxito en la misión diplomática en Cuba que inicia ahora este señor, al que siempre te consideraste unido por "viejos nexos de amistad y de labor patriótica", y no sientes alegría en el fondo de tu cansado corazón. El dolor no es por Tulio Manuel Cestero, que acaba de regresar de Palacio, donde te ha sustituido y presentado sus Cartas Credenciales como Ministro Extraordinario y Plenipotenciario, sino por el destino que aguarda a los países cuyos representantes, entre ellos tú, no cesan de hacer votos de amistad inquebrantable. Alrededor, los mozos del Hotel Nacional habanero parecen embajadores suizos, en vez de sirvientes. Van y vienen, musitando en perfecto francés su oferta de licores, habanos y canapés con la complicidad de la buena cuna, y la segura perspectiva de las propinas. Entre ellos, te percatas de pronto, no hay ni un negro, ni siquiera un mulato claro, y no puedes dejar de pensar en Martí y aquella frase luminosa que le escuchaste por 1892, cuando visitó a tu hermano Federico, en la Patria: "Haremos una República con todos y para el bien de todos…" Pero no puedes dejarte llevar por el dulce recuerdo de las islas extraviadas, balsas a la deriva en el mar más bello del planeta, ni tampoco estancar el torrente de tu vida, a tus 74 años, enredado en la amargura de sus flagrantes lacras, como esa misma del racismo disimulado y canallesco. Por eso, alzas ahora la copa y pides a los presentes otro brindis por la

salud de los Presidentes Trujillo y Mendieta, y por ese camino de dicha compartida que sus pueblos de seguro disfrutarán.

Y tu viejo corazón guerrero se encoje, y sientes sofoco, y se te quiebra la voz, y se te empañan los ojos, porque la mentira jamás fue tu acomodo, ni claudicaste en tus principios, ni siquiera cuando en ello te iba la vida. "Cosas de la vejez -piensas para consolarte- cosas de los desengaños, cosas que yo bien sé…", -te dices-. Y te compones, y sonríes, y todos vienen a abrazarte, porque aquí eres más que querido. "Miren a Don Pancho –dice uno- nuestro viejo roble inalterable, nuestra ancla moral en tiempos de confusión…". Y se te estrangula la voz, y pretextando la necesidad de aire fresco, sales a la terraza. Y ese mar rotundo, "el mismo de allá", te devuelve algo de vida.

Te llamas Francisco Henríquez y Carvajal, lo saben todos, y has dejado parte de tu alma, no solo en la Quisqueya de tus dolores, sino también en esta Cuba, tan risueña y tan sufrida también. Aquí engendraste hijos, que son tan conocidos como tú. Porque la estirpe de Max, y Camila, y Pedro es aquí admirada, aunque por estos meses después de la caída de Machado, al primero lo estén crucificando en la prensa los mismos estudiantes normalistas santiagueros que se refugiaron en Santo Domingo, adonde llegaron huyéndole a un tirano para toparse con otro, y no fueron protegidos, sino perseguidos. Y Max no te había escuchado, en la intimidad de padre a hijo, lejos de las orejas y las narices de los omnipresentes espías del Alto Vigilante. Y no escuchó la sabiduría de quien ha vivido tanto, y ha visto todo, y sabe que no vale la pena cambiar principios por honores o prebendas, y que ya era complicado ser el Canciller de Trujillo, para cargar también con el sambenito, como ha terminado cargando, de ser uno de sus represores.

Es verdad que el Alto Simulador nos engañó a todos, y que en medio de una patria que se deshacía a pedazos, viendo cada día planear sobre ella la sombra del Marine Corp, en cuyas entrañas se incubó el Honorable mismo, casi todos pensamos que era de los males el menor, y que por su juventud, temple y rectitud aparente, podríamos inclinarlo, poco a poco, por la senda debida. "¡Vaya chasco!" -te dices-. Y te percatas que lo peor no ha sido eso, sino que los que hemos terminado inclinándonos ante él, hemos sido nosotros, tristes remedos de los mismos que no nos inclinamos ante el yanqui, ni ante Lilís, ni ante los generales broncos del Conchoprimismo, de colines al cinto y gatillo fácil, buenos para la pelea, y nada más.

Pero estos que te vienen a buscar a la terraza donde el mar limpia tus ojos gastados, y te llevan adentro para seguir brindando, esta vez por tu salud, y "porque Dios dé larga vida al querido Don Pancho", no mienten, y lo hacen con la misma reverencia conque los estudiantes y el pueblo levantado te abría paso por las calles de La Habana, y acordonaban, tomándose de los brazos, para que tu automóvil, con placas de la Legación dominicana, pudiese pasar sin dificultad, en medio de la tormenta de los meses posteriores a la huida del tirano. Días terribles en que, desatadas las furias, y liberadas las pasiones, se cazaba esbirros del depuesto régimen, se saqueaban las casas de sus Secretarios, y se disparaba desde azoteas y autos en marcha. Tiempo de furia, donde las placas diplomáticas no eran capaces de brindar garantía alguna, porque estaba fresco el recuerdo de tu predecesor, Osvaldo Bazil, cúmbila de Machado, que no solo cerró las puertas del asilo a los perseguidos, sino que sirvió de bisagra dócil entre dos tiranos que permutaron entre sí la represión de adversarios en sus respectivos países, ocupándose cada uno de los del otro.

Solo tu venerada figura, tus canas respetables, el ser hermano de Don Fed, y la sombra protectora que cubre en Cuba a los amados por Martí, creaba a tu paso el milagro del silencio reverente y la admiración palpable, provocando una tregua en medio del encono y las venganzas.

En agosto de 1933, cuando Machado huyó a Nassau, estabas al frente de la Legación Dominicana en París. Y de pronto, te llegó aquel telegrama donde Logroño, el canciller, te preguntaba si aceptarías irte de Ministro a Cuba. Y te fuiste, solo que la corta vida de los gobiernos que se sucedieron, algunos de los cuales apenas duraron un día; la desconfianza de Trujillo, y el demostrar que no eras el hombre de intrigas y componendas que pudiese pescar en aquellas aguas revueltas, crearon la extraña situación de que quienes te mandaron jamás solicitaron el visto bueno final de las autoridades cubanas, te usaron como amortiguador para ganar tiempo, y te consideraron apenas un Agente Confidencial, o sea, casi nada para un ex Presidente de la misma República que seguías sirviendo, con humildad. Y para humillarte, designaron a Cestero para sustituirte, sin saber, que ya estabas, hace mucho, más allá del alcance de las pasiones terrenales.

Pero no fueron los cortesanos, ni los espías los causantes de tu remoción…, sino un signo ortográfico, una coma, o mejor dicho, su omisión en un artículo del periódico habanero *La Luz*, -bien recuerdas-, lo que inclinó la balanza en tu contra ante el Alto Juez. Porque si bien tu hijo Max no era querido por estos días, otro de ellos, el Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez, era un ídolo popular por haber luchado frontalmente contra Machado, y haber sufrido prisión y destierro. En un artículo laudatorio hacia su persona lo habían calificado de "revolucionario dominicano", cuando debió figurar como revolucionario, dominicano, etc.

Y eso fue suficiente para rodar por la pendiente, para ser condenado al ostracismo final, para llegar a este punto en que brindas con una copa de champagne amarguísimo por un futuro luminoso que no verás, y por felicidades que no tendrás. Como tampoco la tendrán cubanos y dominicanos bajo Trujillo y Mendieta.

Pero siguen y se recrudecen los abrazos, y los brindis, y las palmaditas en los hombros. Y los mozos orondos siguen pasando sus bandejas cargadas de exquisiteces. Y sientes de nuevo ese sofoco tenaz, y te parece que tienes delante, con las fauces abiertas, a la coma feroz de tus desgracias. Pero hasta ella se inclina también, dócil instrumento para las venganzas del Benefactor… Y no puedes evitarlo, sales a la terraza como un ebrio, como un náufrago, como quien se asfixia.

Y es el golpe de ese mar que te entra a raudales por los ojos, "el mismo de allá", lo que te salva y te fija a la vida, cuando casi la abandonabas, engullido por todas las angustias…

Por ahora.

NÚMERO 9

LA VIDA ES UN TELEGRAMA

Ya te he dicho, bendita mujer, que un día me vas a perder con esa manía tuya de comadrearlo todo con las mujeres del barrio. No respetas nada, y sin ser bruta, cuando abres la boca no sabes ponerle punto final a lo que cuentas. Y no me interesaría, de no ser porque en los últimos tiempos te ha dado también por hablar de mi trabajo, por contarle en las esquinas al mujerío ocioso y murmurador, las cosas de las que me entero cuando estoy en la oficina y repaso los textos de telegramas y telefonemas del Gobierno antes de darles curso para que lleguen lo antes posible a sus destinatarios.

La culpa es mía. Eso no puedo negarlo. Porque nada contarías, si antes de algo no te hubieses enterado. Y ese algo, invariablemente, ha salido primero de mi boca, como para perderme yo mismo, a sabiendas de que no hay discreción en ti, y de que contar todo lo que te cuento en la privacidad de nuestro cuarto, casi de boca a oreja, es como la expurgación pública de tu falta, tu reivindicación ante el mundo por haberte casado con un hombre mucho mayor que tú, y para colmo, cojo. Es como si contando mis intimidades, y peor aún, las de mi trabajo, le estuvieses demostrando al mundo que no me respetas ni una gota, y que si te uniste a mí, a pesar de tus quince años de entonces, esa cara bonita y ese cuerpazo, se debió a la necesidad, pero nunca al amor. Porque donde no hay discreción, ni se cuida la privacidad de una pareja, habrá

de todo, menos amor. Y peor aún: he llegado a pensar que hablas de más no solo para marcar distancia entre ambos, sino para llamar a la desgracia a nuestra casa y que cuando algo me suceda, fruto de tus habladurías, ello te libre definitivamente de mí.

No soy tonto, y lo sabes. Tampoco lo eres tú, aunque te empeñes en parecerlo. Sé que esos disfraces de niña irresponsable esconden debajo una mujer que despertó muy rápido a la vida y que ha asumido, solo por un tiempo y como un mal menor, este papel de esposa abnegada de un viejo cojo, que la mantiene. Porque si bien me cumples en la casa y en la cama, y no tengo quejas de ello, también lo es que lo haces con una inocultable resignación y cierto brillo felino en la mirada, como del que acumula agravios para hacérmela, y bien hecha, cuando llegue el momento.

Lo más preocupante es que todo lo que te cuento, en la penumbra de nuestro cuarto, en esas siestas gloriosas donde me desfogo contigo tras hacerle honores a los almuerzos que preparas con manos de diosa, siempre termina por completar su ciclo y me retorna desfigurado, agrandado, casi incomprensible, tras pasar de boca a boca, recorrer los cuartuchos del barrio, y terminar en la charla de borrachos del colmado de Perozo. Y es allí, entre humo de mal tabaco, gritos de maleducados y botellas de cerveza, donde pesco, lavo y reconstruyo la cara de lo que cuentan a grito pelado, y que en un inicio, deslicé en tus oídos quedamente, como una ofrenda a quien me alimenta tan bien y me da tanto gusto cuando paso mis manos por la piel más suave, y más caliente del universo.

Debo confesar que disfruto un poco esta labor de detective o reconstructor, de armador de los rumores, de identificador de las piezas de lo mal montado, porque soy

el único, y eso nadie puede sospecharlo, que sabe cómo van realmente ensambladas las piezas de lo que se cuenta. Y a veces me espanto, y temo que alguien llegue a mí, siguiendo la pista de las indiscreciones. Y cuando me remuerde la conciencia, y despierta mi instinto de conservación; cuando, en mi furor, estoy a punto de darte una buena bofetada para que aprendas a callar, y a cuidar a tu marido, me sorprendo prendido a tus pechos y tus nalgas, y me desmorono pensando que sea lo que Dios quiera…

Soy débil contigo, es verdad, y te aprovechas de ello. Sé que un día tu lengua me perderá, pero no puedo perderme tu lengua. Por eso, mi niña, te sigo rogando que pares con en esa manía, y tiemblo, no puedo hacer otra cosa que temblar…

Ayer mismo, para no ir más lejos, un carpintero embrutecido por el trago gritó en el colmado, a toda voz, que en este año de 1930 los haitianos habían vuelto a invadirnos y que para confundirnos se vestían con los uniformes de nuestros soldados. En seguida comprendí que lo que el imbécil decía era la versión pasada por alcohol de lo informado por el comisario de Macorís al Coronel Vázquez, en un telegrama donde comunicaba haber arrestado al haitiano Carlos Dietz "sorprendido usando un saco de gala del Ejército". Luego un albañil en ruinas, estragado por las malas noches y el hambre, proclamó que se estaba asesinando en Macorís a todos los funcionarios públicos virgilistas, en una especie de degollina patriótica ordenada desde la capital. En realidad, y lo sabes bien, porque te lo conté, y a su vez, lo contaste, de lo que se trataba era de que el 19 de marzo por mis manos había pasado el telegrama del comisario Cepeda dirigido al brigadier Trujillo con el siguiente texto: "Anoche Ayuntamiento, por iniciativa del regidor Lamela, fueron destituidos todos empleados virgilistas. Pueblo contento con actitud del Ayuntamiento".

Como comprenderás, ya estaba inquieto viendo el rebote y la magnitud de las fugas, pero la cosa no acabó ahí. Dos estibadores del puerto, medio encorvados por los sacos que han pasado por sus hombros, y el aguardiente que ha pasado por sus estómagos, no se ocultaron para dar datos de la magnitud de la represión en El Seibo, donde por no dar los buenos días a la autoridad, freír unos chicharrones, buscar leña para los fogones, o bailar sin permisos superior, se castigaba con la prisión. Debes imaginar que esos imbéciles habían unido en un solo comentario, retazos de lo informado en varios telegramas, y que nada hubiesen podido aventurar, de no haberte ido de lengua delante de sus mujeres. Porque lo que realmente informaba el capitán Ramírez al coronel Vázquez, desde El Seibo, maldita lenguaraz, era que se había sometido a la justicia a siete haitianos y cinco dominicanos, entre ellos una tal Altagracia Suave, "por bailar *Judú* sin licencia", o lo que es lo mismo, por estar participando en alguna ceremonia vudú. Tampoco era como lo contaban lo de la leña ni lo de los chicharrones, realmente, se había sometido a la justicia a cinco "por destrucción de árboles", y a Sinecio Perdomo, por "robo de cerdos". Lo curioso es que no mencionaron el caso de Bartolo Coledonio, preso por "matar un burro", ni el de la retahíla de mujeres muertas de hambre, atrapadas por "ejercer ilegalmente la prostitución".

Todo lo que te he contado, ni sé para qué, es el resumen de las barbaridades escuchadas a los borrachos del colmado de Perozo. Ninguna de ellas hubiese sido posible sin tus indiscreciones. Las aguanté todas, estoicamente, hasta que entró al ruedo ese tal Querubín. Ya sabes de quién se trata, y no me vengas conque no lo conoces, porque entonces si te daré la bofetada que mereces. Ambos sabemos que ese soldador se derrite por ti, y que besa donde pisas. Y también que no le

haces ascos a sus requiebros. Por eso me alarmó tanto que se hubiese reservado los comentarios más peligrosos, esos que me pueden costar la cabeza, o el cargo en la oficina.

Para comenzar, sin dejar de mirarme con sorna a los ojos, dijo a voz en cuello que el general Trujillo tenía un pacto secreto con los administradores del Central Romana, mediante el cual garantizaba la seguridad de la molienda a cambio de dinero. Y que en El Seibo se aplicaba, de oficio, la Ley de Fuga a cualquier prisionero que fuese incómodo para el Gobierno.

No tengo que decirte que todo esto me dejó frío, en una pieza, porque comprendí que se trataba de una versión deformada de mis comentarios más íntimos, y que en boca de Querubín, demostraba una sospechosa familiaridad entre ustedes. Por supuesto que lo del Central se había originado en un telegrama del 8 de mayo del teniente Ciprián al coronel Vázquez, que decía: "Tan pronto recibí su telegrama anterior, fue enviado destacamento a La Romana para garantizar intereses del central". En cuanto a lo otro, se trataba del caso que bien te describí, donde ese mismo teniente informaba que "…hoy a las 8.00 am, mientras era custodiado por el raso Negro de la Cruz, el preso civil Jaime Federico, este emprendió la fuga, viéndose precisado el raso a dispararle, resultando muerto el preso… El Magistrado Procurador Fiscal actuó en el caso y manifestó su aprobación".

Al final, mujer del demonio, no me importan tus 19 años, ni tu piel caliente, ni tus nalgas firmes, ni tus muslos rotundos. Ya han empezado a merodear por el colmado de Perozo unos tipos mal encarados, que gastan mucho y hablan poco, y que sin motivo alguno, siempre preguntan por mí. El cerco se está cerrando, y vislumbro que me queda poco de las siestas gloriosas donde te disfruto y me vendo, sin querer.

Y nadie puede quitarme de la cabeza que lo has hecho todo confabulada con Querubín, a sabiendas de que con tus indiscreciones acercabas el momento de tu libertad y tu placer.

No es fácil, lo sé, cargar con un viejo cojo que habla demasiado. Por eso digo, que la vida es un telegrama: breve, cortante, despiadado, inequívoco…

Si lo sabré yo.

Y acaricio, maldita, este cuchillo que escondo bajo la almohada…

Número 10

SANTO PATRÓN DE LAS AVES Y LOS DESDICHADOS

Si fuera por mí, elevaría a este hombre a los altares. Pocos han realizado tantos milagros como Él, y en tan corto tiempo, pues lleva apenas un año en la Presidencia. Viene de atravesar épocas oscuras y está conduciendo a la República a puerto seguro. Hoy somos lo que Él ha querido que fuésemos. Peleó con sus enemigos de frente, y los perdonó. Cualquiera, con mucho menos poder, se hubiese dejado arrastrar por la venganza, yo entre ellos. Es verdad que tiene algunos gustos mundanos, ciertas propensiones *non sanctas*, ¿pero qué santo no las tuvo antes de encarnar en sí mismo lo más puro de la fe?

Pueden criticar lo que quieran, y después vendrán los pigmeos a luchar por arrancar tiras de su grandeza, pero la Obra ya está iniciada, y la faena ha sido fructífera. Dirán, seguramente, que la recomendación viene de muy cerca, porque soy su tío materno, y además, su Ministro de Interior y Policía. Pero igual lo diría aunque fuese dentista o limpiabotas, cortador de caña o vicario de una diócesis. Hay que estar ciego o muy nublado de odio y resentimiento, para no reconocer lo que el Elegido está haciendo, y la manera casi fanática con que se ha tomado el cargo, levantándose a trabajar desde las cuatro de la mañana, sin dejar de preguntarlo todo, y de dar las órdenes pertinentes para la buena marcha del engranaje público. Nada escapa a su ojo de zahorí, a esa mirada glacial y a la vez volcánica con que taladra a todos,

desde el cocinero hasta el Secretario de Estado. Y a nosotros, sus parientes carnales, también nos tiemblan las piernas ante esa mirada, y no solo lo digo yo, su tío, sino que se lo he oído también a sus hermanos, y hasta a sus padres. Porque este que ahora cabalga la República de un extremo a otro, tocándolo todo con la mano, cambiando las reglas del juego, moldeando la nación, nos ha ido creciendo ante la vista, nos ha dejado atrás, se ha adelantado, ha movido el escenario tradicional, ha transformado la manera de hacer política, de combatir a sus enemigos, y hasta de premiar a sus amigos. Aquí todo es nuevo. Y, digan lo que digan, Él marca un antes y un después, y es el alfa y el omega anunciado, el que abre y cierra los caminos…

Ya sé que los enemigos encubiertos murmuran a mis espaldas, conspiran, y no creen que tenga la suficiente inspiración espiritual para producir estos pensamientos elevados. Olvidan, entre otras cosas, que soy teósofo, que he leído los misterios del Libro de Dirzán, que conocí al coronel Olcott, y que he bebido de ese manantial que es madame Blawastky. Creen que soy solo esta cara de batracio, este cráneo afeitado, estas manos de leñador que se entienden mejor con un hacha, o un machete, antes que con una estilográfica Mont Blanc. Me imaginan como un bruto desalmado, un quebrantahuesos, al que siempre le quedarán como un disfraz los trajes bien cortados que me hago mandar desde La Habana o New York. No conceden que pueda oler bien, embadurnado, como ando, con las lociones más caras que Osvaldo Bazil o Fello Brache me remiten. Me ven, y me siguen viendo, y me verán mientras respire, como un peón de central, un guapo de barrio, un abofeteador de esquina, un estibador del puerto. Y en el fondo me encanta que se equivoquen tanto, porque al final siempre los venzo, como mismo hace Él, en quien las élites corruptas del Horacismo solo vieron a un militarote más, y no a su enterrador providencial.

Yo bien sé que en el universo nada muere para siempre, sino que entra en la Corriente. Yo bien sé que reencarnamos en sucesivos ciclos, y que los grandes hombres son el fruto de sucesivas aproximaciones a la Verdad y la Luz, no importa si para ello deban aplastar, hacer sufrir, incluso, matar. Por eso El Elegido tiene sobre sí esa aureola que los ciegos no ven y los mediocres ni imaginan. Y quienes hemos sido seleccionados por Él para seguirlo, estamos obligados a acompañarlo en todo, dejando de ser nosotros para sumarnos a su fuerza, anulándolos incluso, para que brille.

Y no puedo menos que reírme, al constatar la cortedad de los mortales frente a la majestad de los Misterios. Por ejemplo, este informe que tengo en las manos, y que se suponía no debía haber leído, es sobre mí mismo, pues yo soy este Teódulo Pina Chevalier del que se escribe. Los autores son esos mismos gringos de la Embajada que se desviven por agradarnos y nos reverencian por delante, felicitándonos a cada paso por haber creado una era de trabajo, orden y progreso en el país. Claro que por sus bocas hablan las empresas azucareras, los bancos a los que adeudamos, las compañías que nos chupan. Pero esos flacuchos envejecidos y acartonados, de peinados intensamente ridículos, son los que me caracterizan con estas lindezas, en el último reporte anual sobre personalidades dominicanas que acaban de enviar al Departamento de Estado:

> Es un tipo grande, medio mulato, de apariencia poco tranquilizadora, y de pésimos modales. Se ve intensamente estúpido, pero tiene una acreditada inteligencia… Es el tío del Presidente, e indudablemente mantiene su posición solo por este hecho. Debido a este nexo familiar parece gozar de un poco más de autoridad que el resto de sus colegas, pero es muy charlatán y autosuficiente, y es probable que no ejerza ninguna influencia significativa

> sobre el sobrino. No domina ningún idioma extranjero. Es bien conocido por aprovechar su posición oficial para promover ciertas transacciones oscuras, pero muy redituables. Es completamente inmoral, y su vida privada es escandalosa. La desaparición de este inquietante personaje de la vida pública, reportaría un gran beneficio.

Dicen que Balzac se dormía cada noche leyendo los panfletos en su contra, donde sus enemigos ensayaban todos los escarnios y ofensas posibles. Un hombre sabio, sin dudas, un hermano de la Fe, también teósofo, como Descartes y tantos otros grandes, testigos de los Insondables Misterios de la Vida. Y la verdad es que este papelucho yanqui me ha dado un poco de sueño, he de confesarlo, porque es la hora de la siesta, y después de un almuerzo opíparo es ley natural procurar la horizontalidad. Bueno, era ley natural, hasta que Él nos enseñó que las 24 horas del día no alcanzaban para hacer todo lo que debemos… Y la verdad es que tengo sueño, pero no hay quien se mueva de su despacho porque puede aparecer cuando menos lo esperas, pretextando un intercambio urgente, la necesidad de unos datos, cuando en realidad esas visitas sorpresivas expresan la manía del sargento que revisa las postas para que los rasos no se le duerman en la guardia.

Y es que eso somos todos: soldados de su Santa Cruzada patriótica. Porque eso hacemos: Patria. Y para no dormirme, cuando la modorra me vence, tomo este otro papel que viene a mí dirigido de la Cámara de Comercio, Industria y Agricultura, de San Francisco de Macorís, con fecha 18 de marzo de este año. Y por él me entero que su presidente, Gregorio Mateo, y su secretario, Tomás M. Tavarez elevan a mi aprobación la propuesta de que se autorice a un grupo de cazadores, bajo la vigilancia de las autoridades competentes, a recibir escopetas

para combatir las plagas de pájaros carpinteros y gallinas de guinea, que están asolando los cultivos de cacao y arroz de la zona, aprovechándose del desarme obligatorio y la recogida de armas en manos de la población que Él ha decretado, para poder sellar el eterno manantial de los alzamientos y las asonadas revolucionarias.

Y no puedo menos que seguir riéndome por lo bajo ante esta nueva evidencia de lo complejo del Plan Divino y los recovecos que tiene la Verdad para manifestarse a los mortales, ciegos y sordos a su resplandor y su clamor. Y claro que estampo un "Aprobado" al final del documento, y no porque me hayan convencido con el argumento de que "salvar las cosechas es salvar el bien público", ni que "no hay más medio de riqueza para el país que la agricultura", sino porque les daré ocasión de que en ello vean la metáfora del propio país en que habitamos, y el papel de El Mesías en nuestra historia más reciente.

Si, solo el fuego limpiará nuestros campos y ciudades y solo él garantizará que disfrutemos la cosecha en que estamos empeñados.

Solo la muerte de los parásitos y los indeseables será remedio a nuestra eterna precariedad, a nuestras inestabilidades, a nuestras angustias.

Pero la fuerza ha de administrase, el castigo ha de ser dosificado, y siempre bajo el estricto control de Quien todo lo Ve y Todo lo Sabe. De lo contrario, la fuerza desatada para combatir a las plagas, se convierte ella misma en una plaga.

Por eso autorizo la matanza de los depredadores en San Francisco de Macorís, como si de una parábola bíblica se tratase. Y de paso, lo elevo a Él a los altares, como Santo Patrón de las Aves y los Desdichados, dispensador de la muerte ejemplarizante, solo cuando se le obliga, cuando los malagradecidos ponen en peligro la cosecha de todos.

Pobres gringos, pecosos y desangelados: no saben que esto es Teosofía pura y dura, y yo su heraldo en esta islita. No el batracio, aparentemente brutal, del que quieren prescindir.

Y me río de ellos.

Número 11

PLEGARIAS ATENDIDAS

Pocas veces dormimos. Casi nunca tenemos tiempo para comer con tranquilidad. Jamás nos damos el lujo de distraernos. Pueden pasar por nuestro lado asuetos y vacaciones, domingos y Semana Santa, feriados patrióticos y jubileos, que mientras todos celebran, bailan, ríen y se divierten en la cubierta, nosotros, los galeotes de la Secretaría de la Presidencia remamos en la panza del buque para que este se desplace, navegue con buen rumbo, y pueda llegar al puerto señalado por el Alto Timonel que nos convoca y ordena.

Esto no es un trabajo, una colocación, ni una manera de ganarse la vida: esto es un sacerdocio, una forma lenta de suicidio al que nos impele una mezcla de idealismo, fervor y miedo. Hay aquí, en el equipo, quien jura que no hubiese querido otra vida que esta, porque estamos haciendo historia, participando, aunque anónimamente, en la modelación de la nación futura, y esa oportunidad solo la ven los pueblos cada cien o doscientos años. Otros afirman que *allegro ma non tropo*, o sea, que prefieren menos historia y un poco más de rumba, de vez en cuando, y que si bien es cierto que participamos en el proceso fundacional de la República, en su botadura para que navegue en el mar de la modernidad, no estaría mal, una que otra vez, dedicar unas horas, al menos, a bailar un buen merengue de apanbichao con una morena, jugar una partida de dominó, tomarnos unos tragos o dormir la mañana. Y llevan razón: para mí, modestamente, la felicidad

es poder dormir, solo dormir unas horas, algún día, aunque sea antes de morir. Aquí las ojeras que todos tenemos, fruto del mal dormir, nos dan una imagen de actores románticos del cine mudo. Parecemos, no, somos *zombies*, que se mueven al influjo de la voz del Amo, del chasquido de su fusta, bajo el imperio de su mirada terrible y escrutadora. Basta que sus pasos resuenen por el pasillo para que se esfume el cansancio, huya de nosotros la queja y adoptemos, automáticamente, el aire de una legión inspirada y comprometida con su trabajo, que agradece el alto honor de llevar, traer, dar curso, responder, archivar y a veces, hasta dilucidar, los mil problemas que llegan a esta despacho de todas partes del país, y aún, del mundo.

Pero no es así. Tantas horas de trabajo agotador, tanta tensión, tantas miserias que pasan por nuestras manos, tantos clamores, tantas almas destrozadas que acuden a Él en busca de alivio, perdón, misericordia, oportunidades y gracia, nos han ido transformando, vaciándonos, dejándonos el sentimiento en el puro hueso y el corazón, como que huérfano. Son demasiadas madrugadas en vela, demasiados amaneceres estrujados, sin afeitar, mal comidos, sin cariño de hembra en la almohada y sin vislumbrar el final de una marcha agotadora bajo el sol inclemente de la vida. Somos la sombra de quienes un día llegamos aquí por vías diversas, pero unidos por el agradecimiento de los escogidos, para estar cerca de un ser luminoso, del que se hablará en este país durante generaciones. Ahora, lo único que anhelamos es dormir. No nos importa nada más. Incluso, hemos llegado a dudar que algo realmente exista más allá de las paredes de estas oficinas de Palacio.

La Secretaría de la Presidencia es como una inmensa cocina donde se cuecen manjares y se destilan venenos, como si de la cueva de un alquimista se tratase. Aquí es posible salvar

una vida a punto de ser sacrificada, o perder a un soberbio sin que pueda saber de dónde vino el rayo aniquilador que lo fulmina. No es en Sus Egregias Manos, sino en las nuestras, es cierto que indignas y plebeyas, pero laboriosas, donde anida la distancia que va entre la vida y la muerte, la felicidad o la prolongación de las desgracias. No son los curas, sino nosotros los que absolvemos y consagramos, los que lanzamos el anatema, o permitimos la elevación a los altares de la nación. Y después de tanto trabajo de esclavos, de tanto estómago estragado, de tantas noches en vela, hemos ido desarrollando una cierta malicia perversa y socarrona que juguetea con la documentación que pasa por nuestras manos, la confunde y mezcla, la trueca y desliza a donde no debe ir, y lo peor: nos hace decidir sobre su contenido suplantando a la Elevada Persona que debían tener el poder único sobre todos los destinos.

Nadie lo ha notado y dudamos que un día lo noten. Los Secretarios y Subsecretarios de la Presidencia van y vienen, se suceden a un ritmo enloquecedor, chocan entre ellos, y se desgastan emitiendo normativas que no llegan a ver cumplidas antes de ser cancelados. Formamos una especie de Santa Hermandad de los Esclavos Letrados, donde el silencio de uno es garantía de la vida de todos. Y nos divertimos sin parar, aún cuando no salga de nuestras bocas ni una risa, y pasemos el día entero con la cabeza baja, en un silencio conventual, como si nos absorbiese el contenido de los miles de papeles que pasan por nuestras manos. Y en verdad, somos muy traviesos. Nos basta un mensaje telegráfico con la mirada, un leve gesto con el dedo meñique, la suavidad o brusquedad con que nos levantemos de la silla a la que estamos atornillados, para que los demás entiendan con qué ánimo deben tomar el expediente escrupulosamente numerado y atado con cintas

con los colores de la bandera nacional que ponemos en sus manos, para darle curso ulterior.

Por ejemplo, esta carta que le escribió al Alto Destinatario el raso Juan María Jiménez, de la Segunda Compañía del Ejército Nacional, a nombre de los presos de la Cárcel Pública de Santo Domingo, era rotunda en la sencillez de su demanda, pero jamás hubiese logrado su objetivo de no haber pasado por las manos de la Hermandad:

> Nos dirigimos a Usted con todo el respeto -escribe- con el fin de manifestarle que de poco tiempo a esta parte hay un procedimiento en este presidio de pelar a los presos con navaja en la cabeza, como si fueran barbas de la cara. Nosotros estamos con la higiene, pero este procedimiento en vez de ser higiénico, es lo contrario, pues puede traer infecciones y resfriados… La mayoría podemos pagar nuestro pelado, y siempre lo hemos pagado, pero es como una maldad, pues los domingos, días de visita, se nos prohíbe ponernos sombrero para que la gente que viene de afuera se ría de nosotros… Sabemos que Usted puede hacer algo por nosotros, pues siendo Usted un hombre democrático y de principios muy elevados, y por eso todo el mundo lo quiere, confiamos en que tome las medidas correspondientes.

Ilusiones vanas. Las medidas fueron tomadas, pero no por el Elevado Decisor, sino por sus humildes amanuenses anónimos. Nunca tuvo esta carta ante su vista. La desviamos por los ocultos senderos burocráticos por los que la Hermandad conduce los asuntos que decide asumir y resolver, sin que se le pueda señalar negligencia o mala intención; sin que la superioridad se entere. No vale la pena detallar cómo lo hacemos, baste decir que cuando la respuesta sale de este despacho, va impecablemente redactada, firmada y sellada,

como si de verdad hubiese pasado por los trámites de rigor. También es depositada en el archivo correspondiente, y nadie podrá jamás distinguirla de otra verdadera. Somos esclavos del deber, es verdad, pero también artistas de la libertad.

Nosotros, es decir, Él mediante el Dr. Moisés García Mella, secretario de la Presidencia, escribió una carta redentora y edificante para los presos, donde junto a un llamado a no dar sufrimiento a las madres y volver al recto sendero de trabajo, orden y progreso en que está empeñada la nación en esta nueva era, los acogía bajo su Paternal Protección, como si de hijos pródigos se tratase, y les comunicaba que quedaban prohibidas terminantemente las afeitadas de cabeza a los presos, se les mejoraba la alimentación diaria, y se les permitía llevar sombrero los domingos, días de visita de sus familiares. Para el que, aún después de adoptada esta decisión, se riese de la estampa de estos hijos descarriados de la Patria, añadiendo sal a las heridas del que ya de por sí está en situación de permanente sufrimiento, se establecía la pena de prisión de un mes, sin juicio previo, en las mismas galeras donde estaban recluidos los presos de los que se había burlado, y con el añadido de que su trabajo diario sería la limpieza de las letrinas de la prisión. Por último, para los oficiales y funcionarios del Ejército Nacional encargados de la dirección de los establecimientos penitenciarios del país, tarea generalmente asignada a cadetes, se establecía, con carácter obligatorio el pelado a navaja y la expresa prohibición de llevar gorras o kepis.

Es verdad que estamos permanentemente soñolientos. Es verdad que no comemos como deben comer los cristianos. Es verdad que ya se nos olvidó a qué saben unos labios de mujer y qué formas tiene sus formas, pero cuando supimos del estallido de júbilo que esta carta provocó en las prisiones del país, nos sentimos más que recompensados, aún cuando

la Hermandad no suele exteriorizar su júbilo, más que con un arqueo de cejas.

Y esto es solo un ejemplo. Hay miles más. Y aunque se eleven loas interminables al Insomne Justiciero por sus salomónicas decisiones, la Hermandad ríe sordamente y pasa a otros asuntos.

Y todo hubiese seguido así, por los siglos de los siglos, de no ser porque esta mañana, después de conocerse el efecto causado entre los presos por nuestra carta, Él ha llegado más calladamente que de costumbre y sin decir palabras, como si fuese un miembro más de la Hermandad, ha comenzado a taladrarnos uno a uno, con esa mirada irresistible…

Y el sueño desaparece.

NÚMERO 12

UN EJÉRCITO DE NÁUFRAGOS

Él no quería ser guardia, pero no tuvo más remedio. El hambre no te permite distinguir entre diferentes profesiones y, a la verdad, tampoco es la peor ocupación del mundo. Al menos no en este país, en el que la autoridad depende de que tengas derecho a portar un arma, apresar personas, imponer tu presencia, hacer que no te miren a los ojos, andar bien planchado y con botas lustrosas.

Ser guardia aquí es como una inversión: puede que de inmediato no recibas beneficios, pero al menos no tienes que sudar sobre un surco, ni madrugar cada día tras los animales de crianza, ni echar la vida cargando racimos de guineo. Para un cabrón hijo de la tierra, ser guardia es una manera segura de no morirse siendo un Don Nadie. Puedes pisar fuerte, hablar alto, ser temido, ganar mujeres, recibir pleitesía y adulación. Todos se disputarán tu amistad, te cortejarán, buscarán tu simpatía. No hay como pensar que uno tiene un seguro contra la desgracia, o una garantía, sobre todo si no se anda muy claro. Especialmente, los que delinquen buscan la amistad de gente como él, para sentirse seguros en su malvivir. Es como una manera de tener la impunidad asegurada para poder seguir delinquiendo. Tener un guardia de amigo, o de pariente, es como tener un ángel de la guardia en casa. Más en un país donde la gente vive a la buena de Dios, con el alma en vilo y la libertad, y la vida misma, pendientes de un hilo.

Pero él piensa, de todas maneras, que es duro el servicio; son duros los oficiales; son jodidas las guardias y los peligros que tiene que afrontar. Es duro vivir entre hombres duros, lejos de la suavidad de las mujeres. Es duro tener que imponer el orden entre gente peligrosa, para quienes no hay más límites que el miedo y la fuerza bruta. Es duro pegar, maltratar, amenazar, apresar y hasta matar. Es duro enfrentarse a muertos de hambre, que le recuerdan constantemente cómo era él mismo; a haitianos ilegales que solo buscan demorar la muerte irremediable, escapar un poco de la miseria absorbente, o sencillamente, comer. Es duro, pero se trata de ellos o de él, y jamás se ha planteado la posibilidad de que exista un mundo distinto, donde el hombre no sea el lobo del hombre. El mundo es como es -piensa- y en ese mundo como es, él no será siempre de los de abajo. Por eso escogió ser guardia.

Su nombre es Natividad Morel y es un raso de la Segunda Compañía, del Cuarto Regimiento del Ejército Nacional. Según los documentos oficiales, es un soldado que:

> …prestó servicios con el destacamento de Dajabón, y aprovechando su investidura ha expedido una cantidad enorme de permisos de inmigración, percibiendo el importe correspondiente. Además, falsificaba la firma del teniente Guerra en los documentos. También obligaba a los campesinos a hacerle entrega de animales para no perseguirlos por vagos, y a la vez, se hacía extender el certificado de venta.

Es difícil no acusar a este hombre, que ya ha dejado de ser guardia para convertirse en preso. No solo explotaba a los pobres, sino que se enriquecía con su hambre. Puede que haya nacido en cuna miserable, pero ha olvidado de dónde venía, y ha aspirado a salir de la miseria a costa de los miserables. Y

especialmente de los más pobres entre los pobres, o sea, de los haitianos:

> También -se afirmaba en los documentos probatorios- obligó a once haitianos a que hicieran entrega de animales con amenaza de meterlos a la cárcel, teniendo su correspondiente permiso de permanencia, lo que ha motivado una queja del cónsul haitiano en Dajabón, en forma documentada.

Lo cierto es que este hombre no solo es Natividad Morel, sino también un canalla. Se puede ser pobre, pero se debe ser digno. Haber nacido en el arroyo no te libera de reconocer que la vida debe ser vivida con decoro. Por sus acciones, Natividad ya no significa nada para nadie. Solo existe porque su nombre suena aquí. Porque yo lo estoy invocando. Nada más.

> Por las razones expuestas -se afirma en el expediente iniciado contra él- el teniente Guerra hizo preso al raso Morell, ordenando al suscrito la investigación del caso para elevarlo a la Comandancia Departamental, con la recomendación de que sea sometido el reo a un Consejo de Guerra.

Y lo miro ahora, mientras barre el piso de su celda con esa cara de infeliz y esos ojos perrunos que buscan agradarme, disminuir el rigor de la sentencia inevitable y hacerse la víctima, después de haber abusado tanto, y repartido planazos y bofetadas a granel. Miro ese cuerpo esmirriado, que delata una infancia sin pan, descalzo, churroso, alelado, lento en el decir y repleto de parásitos. Adivino el hacinamiento en que vivió, la casucha repleta de muchachos hambrientos como él, y los ojos resignados de una madre avejentada que nunca hablaba delante del marido borracho y abusador. Y casi puedo

ver los castigos a que lo sometieron por no ir a buscar el agua al río, o descuidar las gallinas, o robarse unos mangos. Por eso las cicatrices viejas, porque las nuevas son del duro bregar del guardia, por tener que enfrentar a los desobedientes y reducir a los guapos en las galleras, o en los caminos, donde ha dejado tendido a varios.

Claro que ha matado, ¿qué guardia sería de no haberlo hecho? Para eso tenía el arma de reglamento y el permiso para disparar primero, y preguntar después. Y si alguno se la debía, seguro se la cobró, y bien cobrada, arrestándolo por vago, o no tener los documentos de identidad, y luego aplicándole la Ley de Fuga. Total, ¿a quién le importa un muerto de hambre menos sobre la tierra? Y si los guardias no tienen manos libre para imponer el orden, ¿a dónde vamos a llegar?

Lo veo beber agua de una lata y saborearla, como si fuese licor. Puedo también imaginarlo embadurnado de lociones baratas y dulzonas, con ropa de civil, metido en los garitos y los lupanares, restregándose con los cueros y boconeando su hombría, porque hay que estar loco, o cansado de la vida, para enfrentar a un guardia. Y también imagino el despertar al día siguiente, y el regreso al cuartel, a las rutinas, a los gritos del jefe, a las ceremonias, a los saludos a la bandera, y al retrato del Generalísimo que tiene la inscripción "A mis compañeros de armas". Bueno, eso le han dicho, porque como era de esperar Natividad Morel no sabe leer ni escribir, y solo ha podido estampar la huella del pulgar en los legajos que le he presentado, como el acusador que seré de su Consejo de Guerra.

Se sienta, de pronto, sobre el suelo de la celda, y lo veo jadear, desmadejado, como un acordeón sin resuello. Una arqueada preludia lo que sospeché antes de que vomitase la sangre y cayese de lado, temblándole la caja del cuerpo,

desvalido como un cachorro moribundo. Doy varios gritos y entran otros guardias que lo cargan y lo llevan a la enfermería, donde el practicante casi nada pudo hacer. A la media hora moría el raso Natividad Morel. El acta de defunción era inequívoca: se lo llevó una tuberculosis mortal, de la que nunca había dicho a nadie.

Entonces recojo en silencio los papeles del atestado y salgo a buscar al teniente Guerra para informarle que ya no hace falta la justicia de los hombres, porque se hizo justicia divina. Y me sorprendo pensando si el raso Natividad Morel fue más víctima que verdugo, y si lo vivido por él, desde que nació, no había sido castigo más que suficiente para cualquiera. Y es cuando, ante la mirada estupefacta del teniente Guerra, rompo su atestado y lanzo los pedazos al viento.

NÚMERO 13

SUSPIRANDO POR LAS ISLAS

Este hombre que ven aquí se ha pasado toda su vida mirando a las nubes. Lo que digo es estrictamente la verdad, pero no se deje llevar por los prejuicios: no es ni aviador, ni un soñador profesional; tampoco uno de esos vagos que vive pensando en las musarañas. Tiene cara de hombre serio porque lo es. Parece el más decente de las personas, y es posible que también lo sea. Yo no miento: si se ha pasado la vida entera en las nubes es porque ese ha sido su trabajo. Este hombre que ve Usted aquí, sentado y mustio, medio vencido, ocupando un banco junto al mar y mirando al horizonte, ha vivido en las nubes porque es un meteorólogo, o sea, una de las pocas personas a quienes debemos obedecer sin falta cuando nos advierten que nos conviene salir a la calle con un paraguas.

Es verdad que algunos se equivocan, pero este no se equivocaba en sus pasados tiempos de esplendor. Fue como el Oráculo de las Vaguadas y el Infalible Pronosticador de los Ciclones. En esos años, mencionar su nombre en Cuba, en Estados Unidos, o en este reguero de islas del Caribe, era como apostar al seguro. Si José Carlos Millas le decía, le afirmaba y le proclamaba que se acercaba un ciclón, aunque Usted solo sintiese en su piel un sol de sentencia, y no viese ni una nubecita en el cielo, debía meterse en su casa, apertrecharse de tablas y clavos para asegurar las ventanas, llenar sus recipientes de agua, comprar velas, latas de leche condensada, chocolate,

galletas, y un par de botellas de ron, porque nadie lo salvaría de las ráfagas inminentes y los aguaceros interminables. Si Millas lo decía, hasta la naturaleza obedecía.

Ahora puede que Usted no crea tanto en alguien que se ve envejecido y algo tembloroso; que se sienta en este banco, cada tarde, y mira hacia el horizonte, calculando siempre la distancia que separa a Miami del malecón habanero, y del lugar donde reposa, sin hablar con nadie, hasta las costas de una isla donde fue aclamado como el "Padre de la Meteorología Tropical". Puede que mire con escepticismo al ahora silencioso profesor universitario, que no se adapta a climas menos sorprendentes, y que echa de menos a tener siempre el alma en vilo y la reputación pendiente de un parte meteorológico, o del pronóstico de la tarde. Fue, puede Usted creerme, una especie de enciclopedia de todo lo que un ser humano puede llegar a saber sobre el estado del tiempo en regiones donde nadie tenía idea de que, hasta las fuerzas aparentemente caóticas de los ciclones obedecen a leyes físicas, y que disponiendo de experiencia, olfato profesional, y los instrumentos de medición adecuados, no hay sorpresa, ni tienen por qué morir las personas por imprevisión. ¿A cuántos Millas habrá salvado la vida con su sapiencia al servicio de todos? Difícil saberlo, porque habría que calcular cuántas tormentas tropicales, aguaceros, huracanes, frentes fríos, vaguadas y hasta rabos de nube habrá enfrentado en estos largos años que median entre 1913, cuando fue nombrado Director Asistente del Observatorio Nacional de Cuba, hasta 1961 en que abandonó el país para venir a sentarse cada tarde en este mismo banco, soñando con las islas y murmurando sus nombres.

Lo curiosos es que ya está un poco ido, como si azotasen detrás de su frente los vientos borrascosos que tanto estudió. No tiene problemas para mencionar, una por una, a casi todas las

naciones del Caribe, con sus capitales, cantidad de habitantes, latitud y longitud donde se encuentran sus principales accidentes geográficos, naufragios célebres ocurridos en sus costas, profundidad de sus aguas, temperatura promedio en verano, milímetros de lluvia en temporada húmeda, presiones atmosféricas habituales, y por supuesto, el nombre de todos los ciclones que las han atravesado, desde tiempos de Felipe II hasta el presente. Pero cuando llega a una isla, se traba y se le ve perdido, con ojos angustiados intentando retomar el hilo del relato. Es cuando se pone a buscar la respuesta en las nubes, como en sus buenos tiempos. Pero nunca la encuentra.

"¿Qué nombre debe llevar la isla que comparten República Dominicana y Haití?" -le oyen los paseantes preguntarse, una y otra vez-. Llegado a este punto, no se asombre si en medio del atasco de una duda punzante, le parezca a Usted que el profesor Millas está un poco nublado. Y realmente lo está. Solo que yo he dedicado años a descifrar esta obsesión, y al fin, con el estrecho margen de dudas de uno de sus pronósticos de ayer, tenga Usted la certeza de que he desentrañado, casi totalmente, el enigma de su trayectoria.

Todo empezó a fines de 1937, cuando el entonces Director del Observatorio Nacional de Cuba, publicó unos mapas de Las Antillas con los que apoyaba uno de sus estudios de Ciclonología. Se trataba de un mapa físico, que no podía tener en cuenta las divisiones políticas, pero este sabio capaz de escudriñar el futuro perdió de vista que, por aquellos meses, Trujillo había acabado de ordenar la matanza de haitianos que se conoce como "El Corte", y que la sangre de miles de personas sacrificadas había impelido al mundo a condenar a un régimen que había sabido, hasta ese momento, mostrarse elegantemente maquillado, y hasta atractivo, a pesar de su brutal crueldad de origen.

Para contrarrestar la dura campaña en su contra, especialmente en la prensa liberal de los Estados Unidos, Trujillo movilizó a sus cabilderos, sobornó como nunca y decretó alerta máxima entre sus diplomáticos. Al frente del equipo de crisis ubicó a un joven Subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores, tan brillante como inescrupuloso, discreto lector de *El Príncipe*, de Maquiavelo. Todo lo que se relacionase con Haití o los haitianos; todo lo que pudiese contribuir a convencer al mundo de que en vez de víctimas eran los agresores, fue considerado, atizándose agravios ancestrales, invasiones de antaño, desavenencias de vecinos, contrabandos y emigraciones ilegales, robo de ganado y violencia incontrolable en una frontera que había que dominicanizar, a como diese lugar. En este estado de máxima excitación y de crispación paranoica, los mapas antillanos del profesor Millas cayeron haciendo el mismo efecto que el de un proyectil de artillería al alcanzar un polvorín.

La razón era sencilla: para horror de horrores, y provocando casi un toque a rebato, la isla que compartían República Dominicana y Haití aparecía nombrada como este último país. Como un rayo fulminante, la orden llegó a Roberto Despradel, por aquellos días, al frente de la Legación Dominicana en La Habana: "No puede tolerarse semejante escarnio del profesor Millas; hay que lograr la subsanación inmediata de su costoso error geográfico, no por apego a la verdad y las ciencias, sino como Alta Razón de Estado".

Pero Millas estaba en las nubes, el pobre, y de allí era difícil sacarlo. Lo más que logró Despradel fue una carta respondiendo a la suya, reconociendo que:

> […] he estado siempre, y estoy de acuerdo con su elevado criterio, de no preferir el nombre de Haití

> al de Santo Domingo para designar esa isla, pero que entre los distintos nombres que ha tenido desde el Descubrimiento (La Española, Santo Domingo y Haití), ha prevalecido este último, y así figura en los mapas de la National Geographic Society, en los de la Enciclopedia Británica, y en todos los del gobierno de los Estados Unidos.

Despradel informó al mefistofélico Subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores, muy ocupado en preparar un artículo anónimo a publicar en Cuba, sobre las peligrosas similitudes fascistas que ostentaban las Constituciones del Haití, del Presidente Vincent, y del Brasil, de Getulio Vargas, que Millas estaba dispuesto a rectificar ese nombre, siempre que le presentasen un documento oficial que lo avalase.

No puedo hacerle el cuento muy largo, solo le digo que en este punto fue cuando ardió Troya. Aquel creativo Subsecretario ordenó a decenas de funcionarios de su país rastrear cuanto pergamino, manuscrito, bula pontificia, acta capitular o carta de marear, de Marco Polo al presente, pudiese avalar la andanada contra el etéreo Millas. Se llegó a presentar hasta un mapa de Pedro Mártir de Anglería, y se invocó también a Colón, a la Constitución trujillista, y a una Real Orden de 1583. Lo más que se logró de aquel hombre que vivía en las nubes, tras casi un año de intenso asedio, presiones y amenazas, fueron dos tibias afirmaciones:

> Como el nombre de La Española parece que no agrada en República Dominicana, me abstendré de apoyarlo… Y como estimo que el asunto es de carácter internacional, y no nacional, he considerado prudente elevarlo a la consideración de la Superioridad.

Puede que Usted no comprenda que bajo aquella apacible corteza del sabio etéreo, se escondía un hombre muy responsable, y que la propia conciencia del error, aún cuando no estaba en sus manos subsanarlo, ni era totalmente culpable de haberlo cometido, se tornó en su interior en otro ciclón. Al abandonar su isla, y los barómetros y pluviómetros de su Observatorio, entre la nostalgia, la desorientación y una idea fija, a este hombre abatido que ve aquí, solo le quedó el refugio de este banco, y la compañía de una duda que lo sigue azotando con rachas interminables, y lo empapa de una intemperie inextinguible: la de sentirse perdido entre islas de nombres inatrapables, habiendo perdido ya, para siempre, su don de profecía.

NÚMERO 14

ENTRE UNA SOMBRA Y DIOS

No lo sabes, y no puedes saberlo. Y creo que es mejor que no lo sepas. A veces ahorrarse decepciones en la vida es la única manera de prolongarla. Y yo creo, que, a pesar de todo, tienes aún razones para vivir, aunque en las noches, cuando llegan los demonios de la incertidumbre, y los problemas se aparecen en tu cabeza como montañas infranqueables, has llegado a sentir el deseo de mandar a detener el fuelle de tus pulmones y a parar ese viejo corazón lamido por todas los dolores y contaminado por todos los pesares. Pero es pecado desear la propia muerte, solo ese Dios a quien hablas como si fuese tu compañero de siempre, tu amigo de toda la vida, tiene la potestad de decretar el fin. Eso crees, eso has creído desde niña, y con la mansedumbre habitual, dejas en sus manos la solución de las cuitas que te agobian.

No has conocido descanso desde hace 18 años. Viste irse en medio de terribles dolores a tu esposo. De nada valió gastar hasta el último ahorro en medicinas y garantizarle una dieta estricta. De nada valió tu amor, tu devoción, y velar el sueño agitado del enfermo. Ni prohibirles terminantemente a los muchachos, incluso al que entonces era muy chiquitico, que llorasen, o hiciesen ruidos, cuando él llegaba a la casa, pálido, desencajado, sudoroso, con los labios mordidos para evitar que salieran los gritos de dolor que le provocaba el tumor que devoraba sus entrañas.

Lo amabas, lo amaste desde jovencita, y aún hoy no lo has dejado de amar, aunque hace dieciocho años que no lo ves, ni lo sientes, ni lo atiendes, ni te besa, ni te acaricia como solo él supo hacerlo, ni carga, orgulloso, a los dos hijos que tuvieron. Ahora ya no amas su rostro noble, ni sus ojos serenos, ni su cuerpo ardiente, sino a su sombra, la que se acuesta a tu lado cada noche, con la que consultas la manera de estirar los centavos hasta fin de mes, y a la voz de quien, en tu cabeza, compite con la de ese Dios, que tan remiso se ha mostrado con tus ruegos, pero que, al fin y al cabo, es quien te acompaña del otro lado.

Era raso del Ejército Nacional, y como hombre más culto que la media de sus compañeros, sirvió en el Cuerpo de Ingenieros, no apaleando infelices, ni persiguiendo haitianos famélicos por los montes, ni atrabancando cueros, ni vociferando en las galleras con el revólver al cinto, sino trabajando y levantando obras con una rectitud y una profesionalidad ejemplares, cuidándola a ella y a su familia, con una madurez de hombre mayor, sin serlo. Lo poco que cobraba lo llevaba íntegro a la casa, y se lo entregaba. No fumaba ni bebía, y era su delicia gozarla en las noches, con una ternura y un fuego que juntos lo hacían único, y sacarla a pasear con los muchachos bien planchados y recién bañados, y ella colgada de su brazo, oronda y ahíta, como si siempre fuese a ser así lo que les quedaba por delante. Pero no fue. Ese mismo Dios que, en 18 interminables años no se había dignado a reunirlos de nuevo, no lo quiso.

Por eso, un 14 de diciembre de 1937, mes y medio después de muerto, le escribiste al Alto Destinatario, al Honorable Presidente Constitucional y Benefactor de la Patria, una carta que resuena en tu cabeza cada día, y que estaba rubricada con el dolor de tus entrañas:

El 1 de noviembre pasado dirigía a Usted un telefonema en el cual vaciaba mi dolor ocasionado por la muerte de mi inolvidable esposo, el raso Rogelio Francisco Blanquet Coromina, elevando el grito de mi desamparo y turbación.

He esperado con paciencia, confiada en que su probada preocupación por el dolor de los suyos, se manifestaría en mi favor, y al escribirle hoy lo hago animada por esa misma seguridad, ya que la mano que se ha extendido hacia Usted en demanda de amparo, ha vuelto vacía.
Mi esposo murió cumpliendo con su deber, haciendo un esfuerzo heroico, y mantuvo una hoja de servicios y una conducta intachables.

Aquejado por un quebranto largo, todo lo que podía considerarse economía fue gastado. Aunque salió del trabajo a las seis de la tarde del lunes 25 de octubre para ser sepultado al día siguiente, no por ello pudo dejarnos nada que asegure el porvenir de sus dos hijos, ni de esta compañera que le siguió con fidelidad y abnegación.

Vuelvo a ratificarle mi confianza en su disposición y empeño, en amparar a quienes, como yo y mis hijos quedamos sin hogar, sin recursos y sin la protección de su padre y mi compañero.

De Usted, agradecida:

Paulina M, Viuda de Blanquet.

No sabías entonces, y no podías saber, y es mejor que no supieses, que tres días después recibirías la respuesta oficial a tus demandas. Ni imaginabas que tendrías que lavar y planchar para la calle, por unos centavos; que perderías tu lozanía y tu

sonrisa dentro de aquellas enormes bateas de ropa hedionda que dejabas blanquita e impecable, tan luminosa y perfecta como había sido tu breve vida de casada. Tampoco que tendrías que llegar a tragarte tu orgullo y rogarle de rodillas a la sombra de tu marido para que entendiese que estabas obligada a acostarte una vez al mes con el patán del colmado, siempre medio borracho, lascivo y abusador, que llegaba escondido de todos, principalmente de tus muchachos, pero que te entregaba, antes de gozarte, unas fundas de víveres y productos para redondear lo que el lavado no daba. Y así, a la vista de Dios que lo quería de esa manera, y que la probaba con aquel calvario repleto de náuseas y vergüenza, transcurrieron estos 18 años, y ya tus hijos crecieron, y se encaminaron en la vida, y el mayor hasta te ha dado los nietos de los que, cada noche, cuentas las travesuras a la sombra de tu amor, cuando llega y se acuesta a tu lado, a acompañarte. Y el canalla del colmado, que a la larga era también un infeliz, hace rato que murió de una puñalada, y amaneció con la boca llena de hormigas y un horror indecible en los ojos, en una esquina cualquiera.

Crees que lo peor ha pasado, pero sigues abrumada cuando llega la noche, y te acuestas a seguir sacando cuentas, aunque ya tus hijos te dan algo también, y es menor la angustia de ir tirando. Pero enumeras cada hora del pasado, cada amanecer sola, cada día mancillada, cada dolor en los riñones después de pasarte horas restregando ropa ajena, con los nudillos en carne viva. Y la cuenta sigue sin dar.

Y no sabías, no podías saber, y es mejor que no supieras, que cuando nada te dieron, alegando que nada había; cuando te cerraron la puerta en la cara y te dejaron con tus hijos a la intemperie y a tu suerte, como si ya no tuviese bastante con el dolor de haber perdido a tu compañero, ellos estaban de fiesta perpetua, arramblando millones para sus madrigueras

de lujo, como comadrejas voraces; royendo, como una plaga insaciable, el tesoro público, del que claro que te tocaba un pedacito. Importando en aviones cangrejos moros desde Cuba para sus francachelas, comprando en la famosa tienda El Encanto, de La Habana, batas de dormir rusas y trajes a la medida, calzoncillos y vestidos de noche, corbatas y botas, sombreros y todo el catálogo de Christian Dior. Y no sabías, no podías saber, y es mejor que no supieras, que se hacían traer, a precios escandalosos, hasta monturas para los caballos de Petán, hechas en la talabartería El Potro Andaluz, de la capital de la isla vecina, aparatos para lanzar serpentinas y disfraces imperiales para los carnavales, no hablando ya de fábricas, fincas, inmuebles, tierras, yates y autos que coleccionaban […] Y recuerdas la respuesta aquella, del 17 de diciembre:

> Estimada Sra:
>
> El Generalísimo queda enterado de los pormenores de su carta del 14 del corriente, la cual refirió a esta Jefatura para los fines de lugar. En ese sentido, lamento tener que manifestarle que el Ejército no tiene fondos para atender a las viudas de los militares que mueren en la institución, motivo por el cual me es imposible corresponder a su solicitud de ayuda.
>
> Saluda a Usted, atentamente:
>
> Héctor Bienvenido Trujillo,
> General de Brigada, Jefe del Estado Mayor del
> Ejército Nacional.

Y sientes que así, entre una sombra y Dios, ha pasado tu vida, todos estos largos años. Y recordándolo, te echas a llorar. Y comprendes, de pronto, que al fin Dios lo quiere, y

se te va deteniendo el fuelle de los pulmones, y deja de latir tu ajado corazón. Y ya no hay más dolor ni angustia, y te sientes alzada, en medio de una luz bienhechora. Y cuando miras a la sombra que te acompañaba siempre, es de nuevo tu marido, joven y sonriente, tan serio y hermoso como siempre, tan bien plantado y tan caballeroso como lo recordabas, que te toma de la mano.

Solo por volver a disfrutar este momento, todo ha valido la pena.

NÚMERO 15

EN EL LIMBO DEL JEFE

Bueno, Sr. Cónsul, lo primero que le recomiendo es calmarse, bajar la voz y sentarse, porque Usted no está en una gallera, sino en una oficina pública del Gobierno ante el que está acreditado, y yo no soy un mozo de café que le ha derramado la mermelada sobre el traje, sino el Director General de Inmigración de este país. Entonces, se me sienta tranquilito, por favor, que con alteraciones y manotazos en la mesa no va Usted a conseguir más que lo ponga derechito en la calle. Vamos a calmarnos y se ahorra Usted una nota de protesta de su Legación a la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, y me ahorro yo el tener que dar explicaciones a la Secretaría de Estado de la Presidencia. Porque el tiempo del Jefe es precioso, y si tiene que dedicar un minuto a esta minucia que lo ha traído a mi despacho, entonces seguramente dejará de idear alguna de esas obras grandiosas con las que ha sacado a este país del páramo en que se hallaba, o de proponer alguna de las brillantes iniciativas con las que intenta que los organismos internacionales nos construyan un mundo mejor. Porque habría que ver en qué mundo viviríamos, si un genio de la talla del Jefe pudiese regir los destinos del Universo, que para ello le sobran condiciones y talento, además de eso mismo que Usted supone y en lo que yo también estoy pensando, y que no menciono por decoro profesional y respeto a su investidura.

Dígame Usted, ¿por qué se ha acalorado tanto con el caso de esta señora? No es la primera vez que la Dirección a mi digno cargo niega el certificado de viaje a un solicitante, especialmente cuando concurren condiciones agravantes que así lo aconsejan, como es el caso… Usted tiene razón en algo: la Sra. Rosita Mafud, de nacionalidad cubana, residente en la calle General Luperón número 13, de Ciudad Trujillo, con la cédula de identidad 20096-1, no es una delincuente internacional, ni agente enemiga, ni una peligrosa terrorista, como esos que se reúnen en el hotel San Luis de La Habana, a conspirar contra el gobierno progresista y generoso del Jefe, amenazando con que cuentan con el apoyo del Presidente Grau San Martín, y que en 1947, o sea el año que viene, desembarcarán aquí, de todas todas. La señora Mafud, de estado civil soltera, ingresó en el país en 1932 como miembro de la orquesta femenina "Ensueño". Y permítame comentarle, Sr. Cónsul, a ver si esta digresión lo ayuda a relajarse y deja de sudar copiosamente, que en ese año yo prestaba mis servicios en la escolta del Jefe, pues era entonces un cadete recién graduado, y aunque sea feo decirlo, de mucha prestancia y porte impecable. Y tuve la ocasión de ver actuar a esa orquesta de mujeres, ¡qué digo yo mujeres: de diosas!, cuando la Casa de España invitó a celebrar el santo de nuestro queridísimo Jefe, y octubre se llenó de voces arrulladoras y movimientos de caderas que hacían que el más pinto perdiese el compás a los sones de Miguel Matamoros, para comerse con los ojos a esas divas, que no solo tocaban y cantaban muy bien, sino que eran elegantes y distinguidas como princesas, y a la vez, lánguidas y seductoras como gatas persas.

Así me gusta, Sr. Cónsul, que se siente tranquilito y me escuche con esos ojos redondos que me ha puesto ahora, más o menos los mismos que puse yo aquella noche en

que el escenario era un revoloteo de sedas, y casi se me cae la Thompson de la mano cuando descubrí en aquel mar de belleza, esa perla que ahora es la Sra. Rosita Mafud, pero que era entonces una niña preciosa, de apenas 17 años, con cara de tú, pero cuerpo de usted, o sea, muy modosita y casi cohibida, tocando sus maracas y haciendo coros, sin levantar los ojos del piso, pero con unas curvas donde con gusto acamparía el demonio de la carne. Yo le confieso, Sr. Cónsul, que no había visto nada semejante, se lo juro, y como también era muy joven, y casi sin experiencia en esto de las mujeres, pues no sabía qué era eso que me obligaba a mantener los ojos clavados en esa niña, mientras se me doblaban las rodillas, me sudaban las manos y me dolía el pecho, como si me hubiesen disparado, a boca de jarro, con la misma ametralladora que portaba para cuidar al Jefe.

¿Que cómo terminó aquello? Pues ya sabe lo rumboso que es el Jefe, y que para faldas, búsquelo. No cometo con ello ninguna indiscreción. Todos nos enorgullecemos de que quien nos dirige sea un macho de verdad, y que no haya mujer que se le resista. Se encaprichó con la directora de la orquesta, una mulata imperial que echaba chispas, y que se llamaba Evangelina del Foyo. Le pidió allí mismo, entre tragos y un mar de flores que hizo traer para las muchachas, que redactaran un mensaje de salutación para su amigo, el presidente Machado, y que Osvaldo Bazil, un poeta empalagoso que era el Ministro en Cuba y no cesaba de revolotear a su alrededor, lo llevase de inmediato al telégrafo de Palacio para que no se nos enfriaran, ni el telegrama, ni el Jefe…

Si, Sr. Cónsul, ya sé que tiene el tiempo contado y que me lo quiere hacer ver cuando mira insistentemente su reloj. Ya sé que no vino a oír de mis amores con la hoy Sra. Rosita Mafud, pero que entonces era una nena, y que a fin de cuentas, se

quedó a vivir en este país. Sé de sobra que hace poco pidió el certificado para viajar a Puerto Rico en asuntos de negocios, pero también sabe Usted que esta Dirección, en representación del Gobierno, tiene la facultad de negarlo, especialmente cuando el extranjero que lo solicita ha tenido una conducta insatisfactoria frente a las autoridades de la República, Así, como le digo, y no me ponga esa expresión de asombro: la Sra. Rosita Mafud ha tenido una actitud insatisfactoria para con un alto representante del Gobierno, que es este seguro servidor que tiene Usted ante sí.

¿Quiere Usted mayor prueba de ello que intentar dejarme, después de tantos años de amores y de lo mucho que yo he hecho por su felicidad? ¿Le parece poco la casa que le puse, claro que con el permiso del Jefe, porque aquí nada se mueve sin su visto bueno? ¿Se imagina, en todos estos años, yo casado y con hijos, con una familia respetable, las maromas que he tenido que hacer para que no se supiese lo de mis amores con la hoy Sra. Rosita Mafud, y que, a la vez, nada le faltase? Porque la instalé como una reina, y cuando camina por las calles sigue halando tras de sí todos los ojos de los hombres con los que se cruza. Y eso no es solo por su belleza, que yo bien sé que es mucha, sino también por las ropas, las joyas, los perfumes, los zapatos y las carteras que gasta, y que, aunque sea feo decirlo, salen del bolsillo pródigo de este servidor. ¿Y quiere Usted, Sr. Cónsul, que yo le extienda ese certificado?

Lo que Usted me dice ahora, me lo dijo ella misma: que como no querían darle el certificado de salida temporal, pues que se lo dieran permanente, que renunciaba a todo con tal de irse, o sea, de dejarme plantado, que estaba harta de ser la querida de un bruto. Y sé también que al enterarse de la circular emitida por el Sr. A. Álvarez Aybar,

subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores, con fecha 14 del pasado mes de agosto, mediante la cual instruye a los funcionarios consulares dominicanos de cómo funcionará el sistema para evitar el regreso a extranjeros indeseables que hayan adoptado una conducta inapropiada ante el Gobierno y sus instituciones, cuando estos viajen fuera del país, la hoy Sra. Rosita Mafud ha empezado a hablar mal de mí, o sea, del Gobierno, con todo el que la quiera oír en esta ciudad, poniéndose, ipso facto, fuera de la ley, y provocando con eso que se aceleren, a mi pesar, los trámites para su salida definitiva de la República.

Pero, como contrariamente a lo que ella cree, yo no soy tonto, y sé velar por mis inversiones, me he reservado el derecho de ampararme en su mismo delito de infidencia, para que no se le permita la salida. Y tiene Usted razón: la hoy Sra. Rosita Mafud se halla en un limbo legal, por el cual no puede ni viajar ni quedarse, pero ella misma se lo buscó, por ingrata, y a ver ahora quién deshace este enredo.

Pero, ¿por qué se pone de pie, si no hemos terminado la conversación?... ¿Cómo que Usted es el que lo va a deshacer? No me haga reír, Sr. Cónsul… ¿Está de bromas?... Ahora soy yo el que da un manotazo en la mesa y los papeles vuelan, y no me interesa su investidura, ni las Convenciones de La Haya y Ginebra que invoca sobre la inmunidad diplomática: le reitero y le grito en su cara, que la hoy Sra. Rosita Mafud no sale de este país, ni me dejará para casarse con el Cónsul cubano, que es Usted, de lo cual me estoy enterando ahora […] Y reconozco que se trata de una buena jugada de ella, pero aunque Grau la nombre Ministra o Cónsul Honoraria para ampararla con la inmunidad de que me habla, a mí nadie me la quita. ¡Ella fue y será siempre mía, porque para eso le eché mucho maíz desde que era una pollita!... Y como veo que

Usted no entiende, y se me encara, pues empiezo a buscar en la gaveta la pistola, para que comprenda de una vez, que Usted tampoco se irá.

Porque lo digo yo, que soy el Gobierno…

NÚMERO 16

VENDAVAL SIN RUMBO

Nací con mala o buena estrella, según se mire, pero de lo que si no cabe dudas es que se trata de una muy especial. No soy una persona corriente, aunque ni por mi físico, ni por mis modales podrían afirmarse que tengo algo singular. Mi distinción va por dentro, es invisible a todos, pero existe. ¡Y vaya si existe! Soy ese tipo de persona que en el lenguaje de la calle se suele llamar un reventado, o sea, un tipo con suerte, a veces mala, otras, buena. Soy el que, en medio de una multitud, escoge un pájaro que pasa volando para marcarlo; el que se encuentra las billeteras en las aceras, y el único que, sin saber por qué, sale con paraguas un día de sol rabioso, y no se moja cuando empieza el aguacero.

De niño era el que siempre el maestro regañaba por hablar en la clase aunque tuviera la boca cerrada, pero también el que recibía la mayor calificación en las pruebas. No importaba que solo me supiese un tema, porque ese siempre era el que salía en el examen. Soy corriente, poco agraciado, pero sin falta, la muchacha más bella del barrio se enamoraba rendidamente de mí, y también recibía la bofetada del musculoso al que le piropeaban la novia, al pasar frente a un grupo. No más llegar yo a un sitio y se desataba un incendio, se caía una pared o se ganaba alguien el premio de la Lotería. Me han dicho que no hay explicación científica para esto. Los médicos se han mostrado impotentes, porque no se trata de una enfermedad. Pero de que algo es, de eso no tengo dudas. ¿Cómo es posible

que siempre me halle en el momento de los problemas y las crisis; que llegue a un sitio justo cuando dos tipos se van a las manos por cualquier nimiedad y empiezan a volar sillas, botellas y gente alrededor, o me pasa corriendo por delante un ladrón que ha arrebatado una cartera, y el policía que lo persigue siempre se confunde y carga conmigo a la estación? Bueno, pero no todo es dolor: ya no me admiten en las salas de Bingo, ni me permiten acercarme a las tragamonedas de los casinos. A la entrada, sin falta, tienen colgada mi foto y la orden de no permitirme jugar porque siempre, sin saber cómo, desbanco a la casa.

Esta cosa misteriosa se ha agudizado con los años. Lo que antes fue motivo de gracias y chistes, ahora ha comenzado a preocuparme.

Debo decir que pertenezco a una familia prestante de Ciudad Trujillo. Por ese linaje, y por mi buena estrella, pude cursar la carrera diplomática y ser asignado a los sitios más impensados, a las legaciones, embajadas, consulados y oficinas comerciales de países donde, o bien se descubrían enormes pozos de petróleo, o se anunciaba un inesperado superávit en la renta nacional, no más pisar yo el aeropuerto, o por el contrario, estallaban revoluciones, guerras civiles interminables, o un terremoto asolaba la ciudad, el mismo día que debía presentar mis Cartas Credenciales.

La cosa había llegado al punto de hacerse inocultable, y las coincidencias comenzaron a ser notadas, y anotadas, en las oficinas de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores. Sin que yo lo supiera, se comenzó a llevar una estadística secreta de los sucesos, buenos y malos, que se desataban en las naciones por donde yo pasaba. Con asombro creciente, se elaboraron tablas y gráficos de colores. Llegado a este punto, y constatado el fenómeno, fue que se remitió el asunto a la

Secretaría de Estado de la Presidencia, y mi caso, si es que se le puede llamar así, terminó sobre el Primer Escritorio de la República, para ser revisado por los ojos del Primer Ciudadano de la Nación. "¡Carajo -me dicen que exclamó el Generalísimo tras leer el legajo y revisar las estadísticas-, este tipo es una mina de oro!".

Por orden expresa del Jefe, un equipo de analistas trabajó a mis espaldas reconstruyendo mi vida, casi minuto a minuto, revisando documentos, solicitando, para su examen, viejas pruebas escolares, cartas de amor estrujadas y declaraciones de juzgados. Con absoluta discreción, apelando a los más disímiles pretextos, fueron entrevistados todos mis familiares, antiguos compañeros del colegio, ex novias, viejos maestros, vecinos de antaño, dueños de salas de bingo y casinos, médicos y confesores, amigos de la Escuela Diplomática, colegas de embajadas, y hasta amores furtivos y tipos con los que algún día me había peleado, sin recordar ya el motivo. También mis cuentas bancarias fueron minuciosamente escrutadas, releídos mis informes confidenciales, intervenida mi correspondencia, pinchado el teléfono y registrada mi casa.

Mientras todo esto ocurría, yo no me percaté de nada. Resulta que yo estaba en el limbo, mientras a mí alrededor se movía un mundo de personajes secretos que me espiaban las 24 horas. Es cierto que me pareció muy raro que no se me asignara a un destino diplomático, habiendo tenido una buena carrera, con resultados y sin sanciones. Siempre me daban de largas, diciéndome que buscaban un buen país para mí, adecuado a mis condiciones. Más tarde comprendería la ironía burlona que encerraban estas palabras.

Es verdad que me pareció extraño que, sin explicación alguna, me asignaran a dirigir varias empresas comerciales que, como era bien sabido, pertenecían al Benefactor. En unas

se lograron ganancias record, entrando un río de oro a sus arcas, sin que se tomara medida especial alguna para fortalecer sus operaciones. Pero otras, donde se diseñaron estrategias minuciosas para el éxito, terminaron, inexplicablemente, en la bancarrota. "Vendaval sin rumbo -dicen que fue el único comentario que hizo la Superior Figura, al hacer el balance de mi gestión en sus empresas- Es más útil como arma contra los enemigos, que como amuleto de la buena suerte".

Y con ese apodo me quedé. Así me llaman, a mis espaldas, los estirados funcionarios de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, a donde fui reintegrado, sin mediar tampoco explicaciones. Y ayer, en medio de tantos sucesos raros, recibí un oficio mediante el cual se me ordenaba salir de inmediato hacia La Habana, para ocupar el puesto de Embajador. Voy a sustituir a Porfirio Rubirosa, que sigue gozando del Elevado Favor, por lo tanto, no se entiende la lógica de su remoción, ni me queda claro con qué intención se me envía.

He tratado de explicarme esta designación, y no le encuentro pies ni cabezas. En este mes de diciembre de 1958, el presidente Batista se tambalea en su silla, acosado por las guerrillas de los barbudos, que ya han llegado hasta el centro de la isla, y siguen avanzando hacia la capital. Aunque el Jefe le está vendiendo rifles San Cristóbal a granel, y dicen que le ha ofertado 10,000 soldados para limpiar de enemigos la Sierra Maestra, temo mucho, en mi fuero interno, que mi llegada presagie su fin, y nuestro Ilustre Padre de la Patria Nueva, termine sin un aliado. Porque hasta yo mismo he acabado teniéndome miedo, y por eso, sin entrar en detalles escabrosos, me había parecido de elemental lealtad, alegando excusas de salud, agradecer la confianza y rechazar el cargo.

Y en mi buena o mala estrella estoy pensando a bordo de este avión de Panamerican que me conduce a La Habana. Sin mediar palabras, hace apenas tres horas, se detuvieron unos jeeps del SIM ante mi casa, y bajó de ellos una nube de hombres con ametralladoras, capitaneados personalmente por Félix Wenceslao Bernardino. Sin ceremonia alguna, y sin darme tiempo a reaccionar, este bruto me tomó por el cuello y en pijamas me metió a empujones en un jeep, y luego en este vuelo.

Lo único que dijo, lo vociferó ya desde la pista, cuando despegaban la escalerilla del avión. "¡Díganle a Vendaval sin rumbo que ni se aparezca por aquí, sin antes joder definitivamente a Batista! Que para eso, para darle el puntillazo final, es que el Jefe lo manda a Cuba. Bien se lo merece ese mulato engreído por desagradecido, hipócrita y cobarde. Y que si en vez de aplastarlo, le da suerte, me tocará recibirlo cuando termine como Embajador. ¡Y yo sí no creo en las estrellas, ni en la madre que me parió!".

Y es ahora que lo entiendo todo. Mi buena o mala estrella según se mire, ha terminado haciendo de mí el arma secreta del Jefe, y ya sé que, de ahora en adelante, se me enviará a acreditarme ante aquellos gobiernos que por su Alta Voluntad, como este de Batista, merecen ser derrocados.

Por eso cuando el señor que aquí, en el avión, es mi compañero de asiento, me preguntó, no sin cierto rubor, que por qué yo viajaba en pijama, solo pude balbucear unas frases incoherentes acerca de mi estrella. Y desde entonces se apartó, con cierto temor en los ojos, como si yo estuviese loco. Pero no pude menos que sonreír, enigmáticamente, cuando durante el ascenso se abrió un compartimiento superior de equipajes y una maleta salió volando, directo a su cabeza.

Fue el nocaut más fulminante que he presenciado. Y mira que mi historia de trifulcas, accidentes, peleas, y sinsabores es larga. Por algo me dicen Vendaval sin rumbo.

Y tienen razón.

NÚMERO 17

FATAL ATRACCIÓN

No solo tenía cara de polichinela triste, sino que lo era. A veces, a solas con la almohada, echaba mano a las migajas de decoro que le quedaban, e intentaba justificar los culebreos de su vida. Es verdad que casi nunca tenía ánimos para lanzarse al turbio estanque de su alma, pero cuando pasaba, imaginaba que un hado adverso le había marcado desde la cuna, chupándole la columna vertebral y dejando, como residuo, al invertebrado que era. Sin dudas, se sentía menos gelatinoso cuando soñaba que sobre él pesaba una rara maldición, contra la que nada podía. Y esa idea, por ficticia que fuese, le permitía habitar un día más ese cuerpo, y vivir, sin preocuparse por la obscena ostentación de sus llagas morales.

Cuando al día siguiente despertaba, estragado por la vigilia y los remordimientos, se reconfortaba ante el espejo ideando la manera en que más efectivamente podría humillar a sus empleados del Instituto Trujilloniano. Porque podría pasar por un ser abyecto para sí mismo, incluso, gritarlo en lo más profundo de su corazón, pero jamás lo admitiría de cara a los demás, sino todo lo contrario: para esos reservaría siempre las poses mayestáticas, las frases recalentadas en su cabeza hasta soltarlas con gravedad de *magister*, y las poses de semidios olímpico caído por accidente en esta isla, todo lo que le había ganado a sus espaldas, claro está, el sobrenombre de Don Pomposo.

Con camaleónica constancia, Don Pomposo cambiaba de credo filosófico como de camisas, siempre oteando la dirección de la brisa que despeinaba en las alturas al Jefe Perínclito. Por algo había sido escogido por este como Presidente del Instituto Trujilloniano, precisamente para darle visos de respetabilidad y rigor intelectual al coro de quienes entonaban bien los estribillos, pero eran incapaces de crear las melodías. Cuando contaba tres veces, por ejemplo, que en un discurso o entrevista, el Generalísimo usaba una misma palabra o esbozaba un mismo concepto, de inmediato escogía al alabardero idóneo para elaborar una retorcida teoría con la que respaldarlo, no importaba si para ello se tuviese que torcer el brazo a los sofistas griegos, emparentándolos con los iluministas franceses. Lejos de eludir "el ditirambo caluroso", como había pedido Balaguer al dejar inaugurada la sede de Gazcue, en 1953, Don Pomposo no concebía otra mejor manera de llevar a cabo su misión que no fuese derrochando melcocha, embadurnando con su babeante admiración la figura del fuerte que pagaba sus servicios, y de paso, dejando contaminados para la posteridad, por ejemplo, temas que alguna vez fueron respetables, como el de la frontera binacional, la dominicanidad, la independencia económica, la seguridad social, las relaciones internacionales, pero que después de pasar por el serpentín cortesano del Instituto, salían convertidos en chorizos en almíbar, capaces de repugnar a los más robustos paladares.

Es cierto que a veces, en un rapto fugaz de decoro freudiano, Don Pomposo apelaba en sus escritos a un lenguaje de la misma izquierda en la que militó en su lejana juventud, cuando formó parte del "Paladión". En esas periódicas y efímeras reencarnaciones, cometía la osadía senil de llamar "gringos" a los estadounidenses, y de aparentar repugnancia por el mismo capitalismo al que había entregado su honor

hacía mucho. Pero a sabiendas de que hacía equilibrios en el filo de la navaja, y que en lo tocante a ideologías el Jefe no entendía de matices, pronto recobraba su compostura y volvía a su verdadera naturaleza con la furia de una *walkiria* borracha. Esas rectificaciones iban siempre acompañadas de informes al SIM y a ciertas embajadas curiosas, muy interesadas en saber y combatir lo que pensaban los profesores españoles republicanos que llegaban del exterior, o de panfletos escritos con hiel, donde clamaba porque un autor, o una publicación, fuesen condenados al Índex. Y es que Don Pomposo, a fuerza de estudiar el tema de las fronteras, se había convertido en el Aduanero Ideológico de su nuevo amo, velando los contrabandos de palabras, persiguiendo los conceptos prohibidos, detectando, tempranamente, los trasiegos no autorizados de pensamientos e ideas, para evitar que estos floreciesen y pusieran en peligro al régimen, y de paso, su propio otoño bien pagado.

Y Don Pomposo, cuyo verdadero nombre era Hastroldo Cuasihomérico Pe. Dilland, no solo cambiaba de credo filosófico tornándose positivista, kantiano, roussoniano, keynesiano, hispanófilo, haitianizante, medieval o renacentista, según las brisas que batiesen las alturas, sino también de nombre y rostro según lo aconsejase la ocasión. Cuando se entrevistaba con enviados de Harvard o Cornell, se presentaba como Mr. Harold P. Dilland. O si estos andaban de prisa, simplemente como H. P. Dilland. Y cuando le tocó viajar a la España franquista, en mayo de 1954, formando parte de la avanzada circense que debía organizar el largamente esperado encuentro de los dos Generalísimos, regaló sus tarjetas de visita hasta a los limpiabotas gitanos y a los porteros sevillanos del hotel Ritz- Carlton de Madrid, en las que figuraba como Haroldo Pelayo Cidcampeador Pe.

Y fue durante ese viaje a Madrid, que Don Pomposo comprendió que la supervivencia de ejemplares de su fauna dependía de tener patas de gacela, corazón de león y talante de hiena. El contacto con sus colegas franquistas, como Giménez Caballero, Ramón Serrano Suñer, Laín Entralgo, Ridruejo o Foxá, le actualizó en la necesidad de elaborar mitos edificantes, ancestros milagrosos y buscar adjetivos altisonantes para crucificar a los enemigos y elevar a los altares al Jefe. De ellos tomó para la propaganda del Instituto, por ejemplo, el llamar "Adalid Seráfico", "Vigía de Occidente", "Timonel de la Dulce Sonrisa" y "Lucecita del Pardo" al Ínclito Varón de San Cristóbal, sin comprender que el plagio le acarrearía desgracias. Porque Don Pomposo era experto en rezurcir, no en crear. Y cuando empezaron a llegar notas diplomáticas peninsulares con discretas protestas por el uso indebido de epítetos que creaban confusiones en los organismos internacionales, la Secretaría de Relaciones Exteriores no pudo menos que presentar a la de la Presidencia un memo en la que se rogaba, con todo respeto a la Superioridad, que pusiese coto, de alguna manera, a aquellas prácticas, y recomendaba que el Instituto, en fin, debía servir para algo más que para dar jabón y prodigar "ditirambos calurosos".

Fue defenestrado sin piedad, acusado del delito de lesa majestad, por haber hecho quedar en ridículo al Jefe, vistiéndolo con las ropas de otro Jefe, como si fuesen de estreno. Quedó en la calle y salió del Instituto llevando en un cajón sus papeles febriles, repletos con los mismos adjetivos que pertenecían a los Laínes franquistas, con los que creyó garantizar que su sol jamás se pondría en el horizonte de la Era.

Tuvo que atravesar, con la cabeza baja, y sus movimientos de polichinela triste, por entre los empleados burlones a los

que humillaba sin piedad. Se fue sin dejar tras de sí más que el recuerdo de su inagotable capacidad de ridículo y la revelación de que también había estafado a otras instituciones, como luego se supo. Lo último que oyó a sus espaldas al salir, fue una vocecilla expresamente aflautada, para no ser reconocida, que masculló, con el deliberado propósito de herirlo, un "Adiós, Don Pomposo".

Dicen que, desde entonces, se le vio rondando los hoteles donde el Jefe hospedaba a los tránsfugas fugitivos y los dictadores defenestrados de toda América. Les dejaba en la recepción un mismo texto amelcochado, ditirámbico, caluroso y servil, del que solo cambiaba el nombre del destinatario y el del Instituto que les proponía fundar, en sus países de origen, una vez que triunfase la contrarrevolución que les debía restituir el poder, con la santa anuencia, por supuesto, de quienes-tú-sabes. Y cambiaba según el caso, como era de esperar, su propio nombre, el del futuro Presidente del Instituto Peronista, Rojas-Pinillista, Pérez-Jimenista, o Batistiano, los que debían florecer, bajo su certera guía, en Buenos Aires, Bogotá, Caracas, o La Habana.

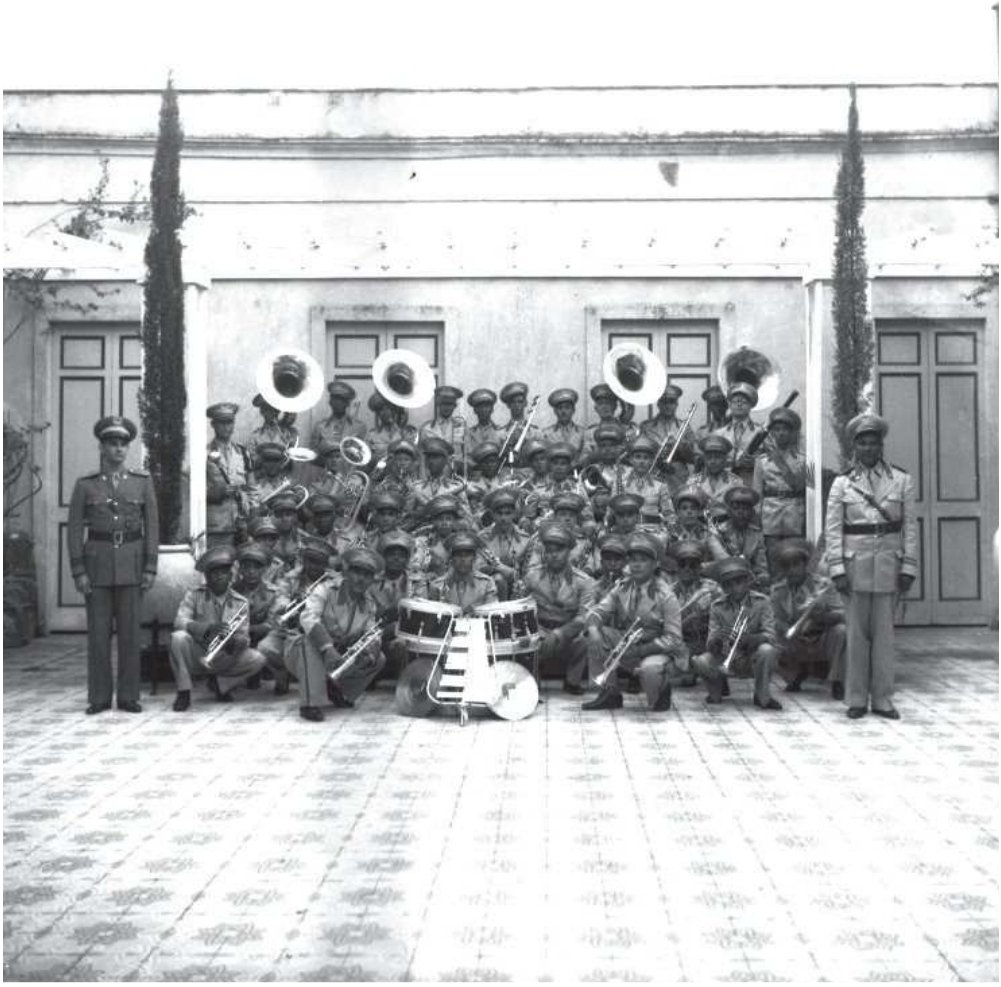
Nadie lo tomó en serio, ni se dignó a sacarlo de su miseria. Dejó una especie de papiro interminable con un listado enloquecido de autoalabanzas que debían figurar en su epitafio, y la recomendación, de raíz franquista, de que debía construirse en el país algo parecido al Valle de los Caídos, donde la nación agradecida agruparía los restos de los artífices de lo que denominaba "La Era Gloriosa". Unos desaprensivos, irreverentemente, usaron los papeles póstumos de Don Pomposo para envolver las botellas de cerveza que los clientes compraban en un colmado.

No solo tenía la cara de polichinela triste, sino que lo era.

Hoy nadie lo recuerda.

NÚMERO 18

CUESTIONES POLÍTICAS ESPECIALES



Antes era un placer ser Cónsul General en New York. Antes, cuando el mundo parecía ordenado y obediente, y no se experimentaban estos estremecimientos que amenazan la solidez de lo que parecía inmutable, ni se vislumbraban esos nubarrones en lontananza. Antes, lo dices bien, cuando, todo era bailes y recepciones, cobro de impuestos consulares, vigilancia rutinaria de un exilio dividido y domeñado por la mano férrea del Ilustre Jefe, y mucho tiempo libre para hurgar en las tiendas, caminar las avenidas y entrar en los bares. Antes, suspiras, cuando la palabra "revolución" era apenas, el lejano recuerdo de "aquello" que echó por tierra el vetusto gobierno de Horacio Vázquez, en lo que fue jornada gloriosa para todo trujillista de corazón. Antes, te dices, de que irrumpieran en las primeras planas de los periódicos las fotografías de jóvenes cubanos barbudos, vestidos de verde olivo, con medallas de la Virgen de la Caridad en el pecho, brazaletes rojinegros en los brazos, empuñando las mismas carabinas San Cristóbal que el Generalísimo había enviado a Batista para acabarlos.

Antes, dices bien, hasta hace unos meses. Porque este año trepidante de 1959 llegó burlando todas las predicciones y augurios, y se inició, para no dejar dudas de lo que luego vendría, con la estampida de los batistianos, dejando desguarnecido el flanco del Genial Estratega, obligándolo a recomponer el frente, sobre la marcha, y dedicar esfuerzo, tiempo y dinero a enfrentar "esto", que sin necesidad de que te

lo expliquen, sientes que es algo nuevo, y nada tiene en común con la rivalidad de opereta de Grau San Martín o Prío Socarras. Antes de que aquel mismo exilio penetrado, disperso y triste, se alzara de nuevo y se transformara en esta formidable hidra revolucionaria que ahora clama por armas y expediciones, que compone himnos invasores, y firma declaraciones unitarias, marcha por las calles recolectando dólares para "la liberación", y llena la ciudad, antes apacible, de panfletos donde retan, al decir "Espéranos, Trujillo".

¿Qué hubiesen hecho tus predecesores con esta marejada indetenible que sientes que te arrastrará, junto al mundo que representas? Félix W. Bernardino, ¿secuestrando a cientos y mandándoselos al Jefe, como hiciese con Galíndez? El presbítero Robles Toledano ¿repatriando arrepentidos de Confites, cuando aquí lo que sobra es entusiasmo y contumacia? Son tiempos nuevos, piensas, y sabe que, de frente a la ola, no valen las armas melladas. Hay que pelear, dar la cara, intentarlo al menos, contraatacar, no rendirse, como no se rinde el Jefe, que es gallo peleón. Y hacerlo a tiempo, porque ya los piquetes de los exiliados revolucionarios de todas las nacionalidades, hacen imposible trabajar en el Consulado. Y el cerco se cierra cada día más, gracias a la marcha triunfal de esa maldición que llaman "revolución".

Tu apellido es Mercadillo, pero a diferencia de otros, no eres un mercader, ni por ti se deshonrará el templo. No eres como ese triste polichinela de H. P Dilland, hasta hace unos años Presidente del Instituto Trujilloniano, hoy mendigo de lujo de las fundaciones yanquis, y mañana de las del Tíbet, o Tombuctú, siempre que paguen bien. No te dedicarás, como él, al saqueo descarado de instituciones a las que presentaba proyectos irrealizables y cobraba por adelantado, sin devolver luego lo arramblado, mientras avanzaban impunemente por

el Caribe las ideas que se suponía, debía estar combatiendo para mayor gloria del Excelso Jefe. No te despintaras, como esa ruina pomposa, que vigilaba hombrías ajenas y en la intimidad se refocilaba con las confesiones del *De Profundis* de Oscar Wilde, calentando sobre su cuerpo sedas femeninas. Ese no es tu camino, y si los tiempos son diferentes, tú también lo eres.

Y es cuando te sientas al escritorio, y logras abstraerte del vocerío con el que el populacho enardecido pide justicia contra los supuestos crímenes del Jefe, contra el saqueo del país por "una casta voraz y sanguinaria", dicen. Y le escribes al Astuto Vicepresidente la carta del 6 de febrero:

> Son muchos los que se han acercado para ofrecer su concurso, a fin de romper esos piquetes. Se presentarán incidentes, ya lo sabemos, pero se les dará el frente… Esto puede costar, incluyendo la remuneración adecuada y el cartelón que cada uno debe portar, más como instrumento de pelea que como leyenda, unos $ 50.00 dólares, per cápita. Además, se debe disponer de una suma adecuada para intervenir en su favor, en el caso de que sean reducidos a prisión, tanto en el pago de su defensa, como de la multa que se le pueda imponer… Previendo esto, fue que me permití sugerir la conveniencia de que se aumentara sustancialmente el renglón destinado a cuestiones políticas especiales, por el tiempo que fuese necesario mantenerlo...

Y pasaron algunas semanas, recuerdas, y nada te respondieron. Y siguieron llegando los informes confidenciales sobre una expedición que se preparaba en Cuba, en perfecto silencio, tan lejos de aquellas ostentaciones indiscretas de 1947, cuando lo que ocurría en aquel cayo al norte de la isla, enseguida se sabía en el despacho del Benefactor, y era él quien

informaba cada mañana, mediante cablegramas a la Cancillería cubana, lo que en la noche había sucedido en el campamento expedicionario, los aviones que se compraban en Estados Unidos, y los buques filibusteros que zarpaban. Esta vez, te decías, la cosa iba en serio. Por eso las informaciones llegaban dispersas, confusas, a veces delirantes, pero continuaban llegando, señal de que algo se cocinaba. Y también te llegó la anhelada respuesta, pero solo después de tener que mandar una clarinada definitiva, cuando supiste que el sábado 18 de abril llegaba a Washington en visita no oficial, pero visita al fin, el mismísimo líder de aquella maldición que llamaban "revolución"; el mismo hombre de 32 años que había cautivado con su ejemplo y su verbo, con su estampa homérica, a la juventud del continente, echándola a andar, dejándote, desde entonces, sin paseos, sin dulces gabelas consulares, sin paz para recepciones, ni ánimo para irte de bares.

Ante la inminencia del desastre que representaba aquella visita, mandaste un último mensaje, la alerta postrera, como el tañido del olifante con el que Rolando pidió refuerzos cuando estaba a punto de ser aniquilado con sus hombres en el Paso de Roncesvalles. Aquello, y no otra cosa, fue tu informe del 12 de abril, remitido al Astuto Vicepresidente, titulado "Lo que podría hacerse para la visita de Fidel Castro a los Estados Unidos". En él concluiste con lo que llamaste "una seria advertencia":

> Castro ha de venir a los Estados Unidos en forma muy amable para lograr el dinero que necesita… Pero no podrá contenerse si lo hacen pasar malos ratos durante su estancia, y descubriría sus verdaderos intereses… Repetimos, si se deja actuar a Fidel Castro sin ponerlo nervioso, es muy probable que logre el dinero de Washington… Esto sería muy fácil poniéndonos en

> contacto con los exiliados cubanos de New York… Todo esto es urgente, pues Fidel Castro llegará en breve.

Pero, como bien sabías, tu aldabonazo logró borrar los últimos escrúpulos de una burocracia tacaña, a fuerza de rapiñar el presupuesto para sí, pero no tonta para no entender cuándo y dónde debía invertir lo necesario para mantenerse en el poder. Y así fue que al llegar al Consulado, tres días después, tras atravesar la muralla de los piqueteros hostiles, encontraste sobre tu escritorio la carta esperada:

> Me refiero a su atenta comunicación del pasado 12 de abril, con el número 221, para informarle que la Superioridad toma nota de su información -le escribía, con su habitual prosa tenue, el Astuto Vicepresidente- De acuerdo a lo que solicita, y con lo que verbalmente ha expuesto a este Despacho el vicecónsul Santanilla, la Superioridad le está remitiendo, vía cablegráfica, $15,000 dólares adicionales.

Si, antes era un placer ser Cónsul General en New York. Antes cuando no tenías que acarrear en estos autobuses en que viajas hacia Washington a unos tipos mal encarados reclutados entre los apaleadores profesionales de Jimmy Hoffa, los batistianos rabiosos de la estampida, y el hampa dominicana de la ciudad. Antes, es cierto, de que tuvieses que mancharte las manos con la formación de estos piquetes por encargo, y pagarles sus honorarios mercenarios.

Bueno, no todas son malas noticias, te consuelas mientras la turba borracha que te acompaña en estos autobuses de alquiler, canta canciones canallescas. Y poseído por el mismo *spíritus negotiationis* que se enseñoreaba frecuentemente del alma turbia de H. P. Dilland, te sorprendes calculando lo

que dejará a tu bolsillo, si le restas al pago de cada uno de estos rufianes, la cifra de $20 dólares, del mismo dinero que el Generalísimo, como buen gallo peleón, ha dispuesto para dar la batalla a esa "maldita" revolución que te amenaza hasta en New York.

Porque desde que empezó este año de 1959, ya nada es como era antes. Y a pesar de la risueña perspectiva de la ganancia fácil que te reportarán las "cuestiones políticas especiales", no puedes dejar de sentir un escalofrío en la nuca y la inconfundible sensación de peligro inminente.

NÚMERO 19

BOMBEROS ENDOMINGADOS

La gente empezó a recelar cuando vio por las calles a los bomberos uniformados. No es que no los hubiesen visto antes, limpios y marciales, pero eso solo se reservaba para las paradas patrióticas, los mítines del Partido Dominicano, o las visitas de altos funcionarios llegados desde la capital. Lo usual, recordaban, es que aquellos esforzados trabajadores municipales anduviesen zarrapastrosos y percudidos, heróicos y abnegados en sus funciones, es verdad, pero esmirriados y mal vestidos a más no poder: ser bombero en La Vega, por aquellos días finales de 1937, no era precisamente un trabajo lucrativo, y solo los que no hallaban algo mejor se arriesgaban a terminar convertidos en una montañita de cenizas, o escupiendo sangre por el humo inhalado en las candelas y el hambre ancestral que los tenía siempre con la boca abierta, como esperando el mendrugo salvador.

La primera señal fue la de los cartelones que aparecieron en el parque del pueblo, como salidos de la nada. No eran políticos ni subversivos, ¿cómo pensarlo?, sino mandados a colgar por el propio gobernador civil, el Sr. Peguero, quien en un alarde de celo y lealtad al Gobierno, se esmeró en que fueran llamativos y coloreados, aunque las noticias que comunicaban no fueran tan alegres: se solicitaban voluntarios para trabajar en la carretera de Restauración, y se informaba que cada hombre ganaría $0.50 diarios, y los capataces $1.50.

Pero aún humeaba sobre la tierra la sangre de los haitianos inmolados en "El Corte", así que nadie creyó en la inocencia de aquel enganche. Si el Gobierno pedía hombres, no debía ser para trabajar, sino para pelear con ellos, a los que se suponía organizando fuerzas formidables para invadir el país y vengar sus miles de muertos.

Nadie quería morir, nadie quería matar, así que por razones obvias la respuesta fue el silencio y la fuga hacia los campos de todos los hombres aptos. Dejaron atrás sus trabajos, sus conucos, sus casuchas con mujeres tempranamente cargadas de hijos, para ir a esconderse en lo más recóndito de los montes. Fue entonces cuando aparecieron en escena los alcaldes pedáneos y sus acompañantes, mensajeros de la cólera del Gobernador Civil, molesto porque aquellos analfabetos malagradecidos, al huir y esconderse, lo dejaban mal parado ante el poder de la capital y un Generalísimo que no entendía de bromas ni dilaciones.

Los alcaldes pedáneos de El Pino, Pontón, Jeremías, Sabaneta, Rancho Viejo, Jamo, Burende, Arenoso y Bayacanes cayeron como una bandada de gavilanes sobre un gallinero, persiguiendo a todo hombre mayor de edad, y cargando hasta con los enfermos que sacaban de la cama para ser conducidos amarrados a la Fortaleza, donde eran arrojados en masa, esperando ser acarreados al trabajo. Luego se supo que se habían presentado contados voluntarios, y que de esta manera el gobernador Peguero no tardaría en ver peligrar su cargo. Por ejemplo, el alcalde de El Pino llegó con 20 hombres, de los cuales solo dos aceptaron quedarse a trabajar. Ante la anémica respuesta, el Gobernador no tuvo más remedio que llamar a la capital y hablar con el Subsecretario Espínola, quien le había transmitido inicialmente las órdenes. "No sea pendejo -fue todo lo que escuchó a través del aparato telefónico- y reúna a los vagos y maleantes, que de esos debe tener sobrados".

Y eso fue lo que se ordenó, pero no lo que se ejecutó, porque cuando llegaba una orden tajante de la capital, todos los funcionarios competían en mostrar el mayor celo posible, a sabiendas de lo que costaba la morosidad. No solo cargaron con los vagabundos y la gente de mala vida, que eran, por definición y naturaleza, los menos inclinados a doblar el lomo bajo el sol, y en consecuencia, los más escurridizos, sino que se cebaron en los campesinos que habían llegado a vender sus cosechas, en los trabajadores del poblado, en los de la línea de ferrocarril Samaná-Santiago, en los de la Casa Moya y Hermanos, y hasta en cuatro bomberos, con los que también cargaron.

A un tal Abelardo Socorro lo capturaron cuando salía de su casa para el trabajo. Sin mediar palabras, el alcalde Ney Pimentel se abalanzó sobre él, amarrándolo como a un becerro, mientras gritaba que "…a este vagabundo hay que mandarlo a la frontera a pelear" Cuando su hermana, Ascensión Socorro, medió diciendo que "…los hombres no se les maltrataba de esa forma", Ney Pimentel haló por el colín que portaba, y solo lo detuvo su gesto al armarse de piedras. A Agustín Tapia, de 30 años, jornalero del ferrocarril de Samaná a Santiago, también lo arrestó, obligándolo, además, a pagar el viaje hasta el pueblo en el carro del viejo Beato, del que apeó antes a los pasajeros, alegando que "…aquí al único que hay que servir, sin dificultad, es al Gobierno".

Durante tres días se mantuvo aquella cacería humana, y cuando ya no hubo a quien encerrar, pues nadie bajaba al pueblo, y la gente se escondía en los barrancos, cargaron con los bomberos, a pesar de las protestas de Máximo Tapia, su jefe. Todo el tiempo, frente a la Fortaleza, se mantuvo en vigilia una muchedumbre de mujeres llorosas y chiquillos semidesnudos, clamando por sus maridos y padres, haciendo

rogativas a la Virgen de la Altagracia y a San Rafael. Ningún negocio pudo abrir sus puertas, bien por falta de trabajadores o de clientes. La Vega sencillamente colapsaba, cuando el clamor popular llegó hasta la Comandancia del Ejército Nacional. Y fue entonces cuando el capitán Félix, quien se hallaba al frente del puesto, se armó de valor e hizo una llamada telefónica a la capital, informando al Estado Mayor que, por la arbitrariedad del Gobernador, la población estaba a punto de estallar, preguntado si era verdad que se debía cargar con todos los hombres aptos, y no solo con los vagos y delincuentes, como era lógico.

Lo que luego ocurrió se prestó a muchos comentarios, existiendo tantas versiones como personas que contasen la historia. Al parecer, de la Secretaría de la Presidencia llamaron al gobernador Peguero en un tono nada amistoso, recriminándolo por la manera torpe en que había intentado cumplir lo indicado, lo que había estado a punto de provocar el renacimiento del gavillerismo en una zona ya pacificada por la política de orden, moralidad y trabajo del Generalísimo. Y para no dejar lugar a dudas de la exactitud de la información de que se disponía, se le dijo que había sido el capitán Félix el que había alertado al Gobierno sobre la explosiva situación, innecesariamente provocada.

La versión más fidedigna fue la de Francisco Moya, síndico municipal de La Vega. Según declararía a la comisión investigadora creada al afecto, fue llamado de urgencia a la Gobernación, indicándosele que debía acudir con el capitán Félix y con el comisario Morales. Al llegar, no encontraron al Gobernador, sino a una fiera enjaulada, que no más aparecer ellos casi se abalanzó sobre el militar, gritando que "…él no sabía que el oficial comandante de esta plaza era un mentiroso, intrigante y poco sincero", a lo que Félix respondió poniendo

mano a su pistola. Solo la intervención del comisario Morales logró conjurar una tragedia.

Como era de esperar, la orden fue revocada, los hombres liberados, el gobernador Peguero amonestado, y el capitán Félix trasladado. Los negocios abrieron de nuevo sus puertas, los campesinos regresaron cargados de víveres y gallinas para vender en el mercado, los jornaleros siguieron dando mandarria sobre los raíles del ferrocarril, los vagos a no hacer nada en las esquinas, y los delincuentes a sus trapacerías. La Vega volvió a adquirir su ritmo habitual de vida y las mujeres dejaron de llorar y rezar.

Pero allá en lo profundo del pueblo quedó sembrada la semilla del recelo, y adquirió cuerpo la posibilidad de que en cualquier momento, sin aviso previo, el Gobierno podía mandar a los alcaldes pedáneos a cargar con los hombres amarrados, como si fueran un rebaño, enviándolos a cualquier lugar donde hiciesen falta brazos trabajadores, o soldados. Un nerviosismo imperceptible se instaló desde entonces entre la gente, fomentando una especie de servicio de vigilancia colectivo armado de pitos y fotutos que debían ser accionados a la menor señal de peligro, para dar tiempo a escapar hacia los montes circundantes. Como era de suponer, los más celosos y eficientes vigilantes fueron los vagos de las esquinas y los maleantes de los barrios.

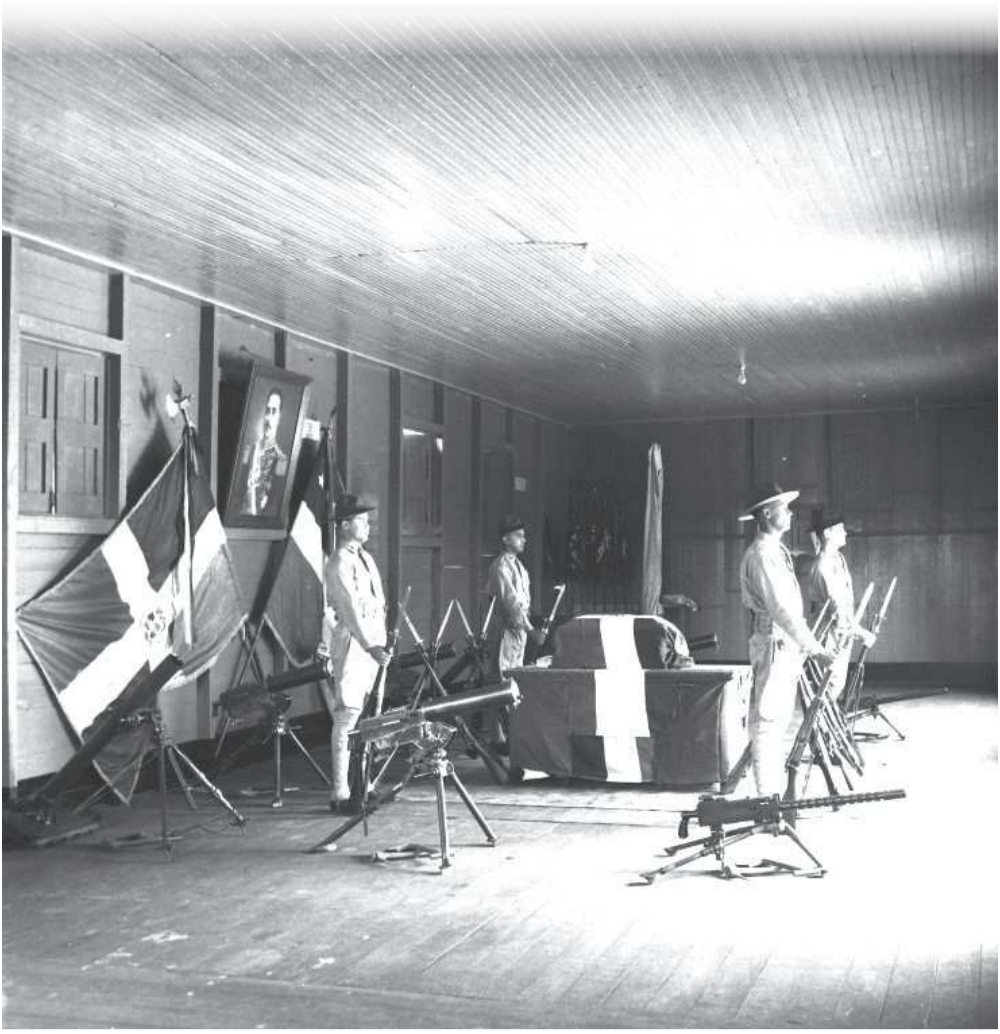
Una señal quedó en el pueblo, después de aquella tormenta afortunadamente conjurada: la de los bomberos uniformados, pues así lo estableció el gobernador Peguero, en evitación de futuras confusiones, en caso de recibir otra de aquellas órdenes terminantes, que solían llegar desde la capital.

Lejos de alegrar y dar confianza y orgullo a la gente, la imagen permanente de aquellos hombres endomingados se posó sobre todos como el presagio de inminentes desgracias.

Y no era para menos.

Número 20

LA NAVE DE LOS LOCOS



Estaban locos, o equivocados, y no me parece que estuviesen equivocados. Creo que una especie de extravío colectivo se había entronizado en nuestro país, nublando las conciencias de sus prohombres. No puedo menos que pensar ahora, que todo ha pasado, que esa ceguera colectiva debió haber llegado en ese año de 1937, de contrabando en la sentina de algún barco. O quizás se trataba de un maleficio de los sacerdotes haitianos del vudú, para hacernos pagar por los muertos en la frontera. Fuese lo que fuese, no me cabía la menor duda: estaban todos locos de atar. No había más que leer las cartas y cablegramas que enviaban al Consulado en La Habana.

Correctos profesores universitarios, atildados abogados, pundonorosos militares de carrera, empresarios de éxito, literatos de alcurnia, poetas inspirados, administradores eficientes: todos, sin excepción, habían cedido ante este efluvio enloquecedor que los hizo regresar a la infancia, y como niños cohibidos, los mantenía todo el día atentos a la menor señal de capricho que emanaba de Lo Alto. Corrían como atletas embriagados, disputándose el honor de recibir en la mejilla una bofetada, ser desairados en público, o frenar un puntapié con las posaderas, siempre que esos escarnios fuesen recibidos como señal de la más perruna fidelidad al Jefe. Habían dejado de ser personas humanas para convertirse en rumiantes. Yo pensaba: o estaban locos, o equivocados, o tenían mucho miedo.

Lo peor de todo es que no comprendían que si bien todo lo dicho, o las reverencias realizadas, se las llevaba el viento, no sucedía lo mismo con lo que escribían. Yo bien sé que la historia no se reconstruye con lo que se volatiliza en el aire, ni con lo que jamás pueda probarse, sino con los papeles, aún con aquellos que un día fueron meros oficios rutinarios, memorándums escritos por funcionarios muertos de tedio, o transcritos por secretarias que tenían las cabezas en las cocinas de sus casas. Aún cuando se les oculta, o se les destruya, díganmelo a mí, los papeles siempre regresan, a veces por rutas insospechadas. Si se hicieron copias, es imposible desparecerlos todos. Y siempre hay copias.

Mi nombre era José Eugenio Villanueva, ese Cónsul General en La Habana al que los próceres que habitaban nuestro Olimpo político sacaban de quicio con pedidos que parecían salidos de "La Fiesta Loca del Te", a la que asistió Alicia durante su viaje por el "País de las Maravillas". Temblaba cuando escuchaba el silbato del cartero que traía la correspondencia a nuestras oficinas. Tenía pesadillas donde me veía como el único cuerdo a bordo de la Nave de los Locos, en medio de una terrible borrasca. Debo reconocerlo, y no me avergüenzo: yo también sentía mucho miedo, en primer lugar, de enloquecer como ellos.

Díganme si no es de locos, un cablegrama que tuve que enviar al Honorable Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, el pasado 6 de febrero, respondiendo uno suyo anterior: " Tienda "El Encanto" despachó traje de Napoleón. Llegará a Macorís mañana por la tarde". Pero apenas cuatro días antes, había tenido que mandar este otro: "Tienda "El Encanto" me informa que despachará mañana el traje de Felipe II, de Ramfis, y traje de baile de la Primera Dama, que llegarán a Macorís jueves 4. Frac militar del Presidente llegará

el día 9, y traje de Príncipe, de época napoleónica, de Ramfis, y traje corto del Presidente, llegarán el jueves 11. El Encanto desea saber si charreteras llevan flecos".

Díganme si no es de orates redomados que el Secretario Bonetti Burgos y yo, dos hombres serios y responsables, tuviésemos que estar dedicando nuestro tiempo a hablar de costuras, como dos comadres, usando para ellos los canales diplomáticos. Debíamos mantenernos mutuamente informados, y de esta forma transmitir Más Arriba los detalles de los disfraces del carnaval que la Familia Real se había mandado a confeccionar, a todo trapo, en El Encanto, la tienda más cara de La Habana.

Y en medio de tantos detalles de botones dorados, alamares, galones, sedas y encajes regios, no es de extrañar que uno llegase a perder el hilo de lo que informaba y de las instrucciones que recibía, desatando la cólera preventiva de la Superioridad. Así se expresó en el siguiente cablegrama, que actuó como un tirón de orejas sobre este eficiente servidor público, que solo aspiraba a no ser chupado por la locura colectiva de allá. "El frac militar y el traje corto del Presidente- me recriminó el Secretario- son de etiqueta militar, de noche. No se equivoque. Nada tienen que ver con el carnaval. Para las medidas, deben seguirse por los smokings de verano, pues el último traje le quedó un poco holgado. Las charreteras no deben llevar flecos, sino cuatro estrellas bordadas en plata".

Mi respuesta no se hizo esperar: "Descuide, Señor Secretario, aún no estoy loco. Tienda El Encanto desea que esposa del Señor Presidente envíe por avión cómo deben ser colocadas las cuatro estrellas de la charretera y bocamanga".

Enviados los pedidos, y satisfechas las Altas Expectativas en cuanto a texturas, bordados, colores y olores imperiales, pensé que la cordura retornaría a nuestra correspondencia

diplomática, pero me equivoqué. El silbato del cartero sonó en mi alma una mañana de febrero, como campana que dobla por los muertos. No sé por qué extraño mecanismo mental supe que volvíamos a las andadas, no más tener el sobre del cablegrama en la mano. Y no me equivocaba:

"Sírvase enviar por avión, al general Héctor Bienvenido Trujillo, 12 aparaticos de lanzar serpentinas y 2 libras de purpurina bronceada oscura. Avise importe".

Durante todo el año, como si existiese un siniestro plan para acabar con el único ciudadano del país que aún conservaba la cordura, recibí pedidos de todo tipo, a cual más disparatado, como por ejemplo, cuatro pomos de desinfectante "Astra" para las Altas Vestiduras, peloteros para jugar en el campeonato "Presidente Trujillo", entre ellos, Martín Dihígo, Ramón Bragana y Veitía, los reglamentos del carnaval de La Habana, manuales de la Policía, insectos predatores para combatir plagas, laureles para plantar en las avenidas, fusiles Remington con su parque, cangrejos moros congelados… Todo un inventario de horrores, un compendio de extravagancias, la apoteosis de la desmesura, los capítulos de un manual infinito que recoge las técnicas infalibles destinadas a extraviar la razón de los mortales.

No pude más, dejé de dormir y de afeitarme, apenas comía y sorprendí en mis ojos, al pasar frente a un espejo, los círculos concéntricos del frenesí. Escuchar el silbato del cartero era para mí sinónimo de una inminente agresión. No me cupo duda: los locos conspiraban para doblegarme, sumarme a su ejército errante, quebrar mi resistencia, vencer los últimos reductos de mi razón, que ya se tambaleaba…

La tragedia no se hizo esperar. Era una hermosa mañana de noviembre, y leía el *Diario de la Marina*, cómodamente sentado en el Consulado. Las noticias versaban sobre lo

sucedido, meses antes, en la frontera con Haití. Me pareció escuchar lejanos gritos, llantos desesperados, rumores de los que huyen por el monte, pedidos inútiles de clemencia. Vi alzarse ante mis ojos un muro de sangre sobre el que se perfilaban los fogonazos de los disparos, y las sombras de machetes y palos esgrimidos con un odio homicida y enloquecido… Imaginé los rezos de los sacerdotes del vudú, la necesidad de no dejar impune tanta muerte… Fue entonces cuando sonó el silbato del cartero.

Con manos temblorosas, al borde del colapso definitivo, rasgué el sobre del cablegrama que me enviaba Virgilio Álvarez Pina, presidente del Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo. No me hizo falta leer el texto completo: "El 23 de diciembre inauguraremos el parque "Ramfis". Allí hay una hermosa pajarera y me están haciendo falta pájaros de alpiste. Consígame una buena cantidad y envíelos mediante el mayordomo del vapor *Cuba*…"

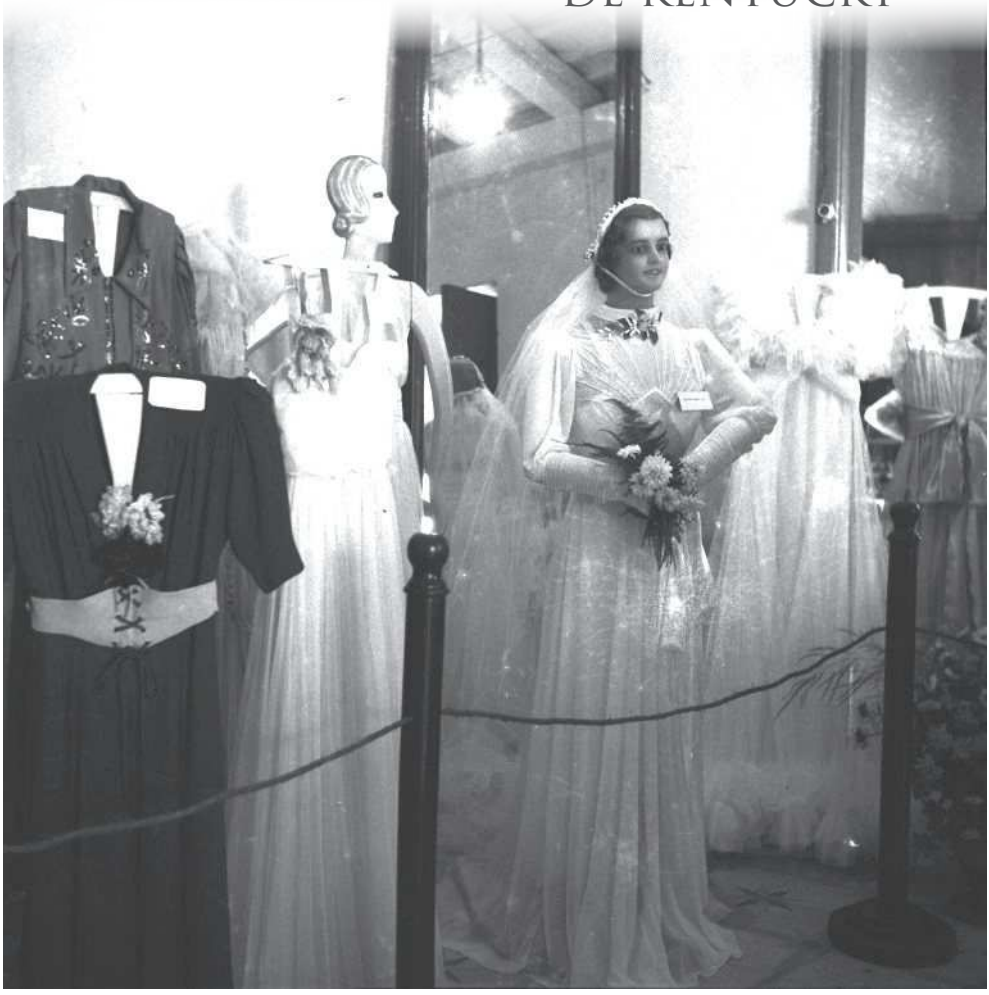
Al primer disparo que hice, el cartero cayó de bruces, tragándose el silbato… Luego me apunté a la sien, y tuve una postrer visión: a bordo de una nave desarbolada y carcomida por todas las intemperies de los mares y ríos del planeta, un grupo de atildados abogados, doctos oradores, exquisitos poetas, y heroicos militares, funcionarios todos de la Era Gloriosa, legión demente del Benefactor, me esperaba con los brazos abiertos, para darme la bienvenida.

Sin más demora, zarpamos...

Era una bella mañana de noviembre.

Número 21

UNA PERPLEJA DAMA DE KENTUCKY



Dos tipos mal encarados y pésimamente vestidos lo escoltaron hasta la escalerilla del avión. Es cierto que en el hotel no fue molestado. No mereció siquiera uno de los interrogatorios de rutina, que según le habían contado, se dispensaba a todo extranjero, con excepción de los norteamericanos. No había sido hostilizado, ni perseguido, ni vigilado. No valía tanto: simplemente fue ignorado, y si mereció el dudoso honor de ser acompañado por aquellos patanes hasta el avión de la Panamerican se debió, con toda seguridad, a la necesidad de comprobar que el Don Nadie que era, tras arribar esperando hallar una alfombra roja a sus pies, partía definitivamente del país, con el rabo entre las piernas, como el perro que tumbó la olla.

Se detuvo ante la escalerilla. Se apartó para dejar pasar a varias damas con la piel tostada por el sol del trópico, unas satisfechas señoras de Ohio y Texas que habían conocido la plenitud en estas playas, y en las habitaciones de los hoteles, mientras sus maridos se emborrachaban en los bares. Pasaban de largo, como una bandada de gallinas alborozadas, jurando volver, fumando, gesticulando, riendo a carcajadas, ondulando sus vaporosos vestidos de algodón, sujetando sus pamelas, poniéndose y quitándose las Ray-Ban. No entendía el inglés, pero comprendió que intercambiaban confidencias y detalles de la aventura tropical que acababan de correr, *latin lovers* incluidos. No en vano habían renunciado a las aburridas

partidas de canasta y a las fiestas sosas donde el único desafío era escuchar chistes malos, atiborrarse de canapés y despachar copas de Martini. Por algo se habían atrevido a viajar hasta esta tierra de tanto calor, porque la patria de un seductor internacional, como Porfirio Rubirosa, prometía sorpresas espectaculares… Y se marchaban con una inocultable sonrisa, de oreja a oreja.

Su fugaz aventura dominicana no se había iniciado por semejantes frivolidades, sino para dar cumplimiento a una misión, al mandato del Comité Ejecutivo de la Delegación Cubana de la Institución Indo-Americana. Reunido el 6 de agosto de aquel año de 1937 había decidido, por unanimidad, designar al Generalísimo como su Presidente de Honor. Y según la carta que le dirigiera el Dr. Carlos Carballo, su líder, se le confería tal distinción por "…considerarlo un ciudadano ejemplar, que al frente de la Primera Magistratura de la nación, desarrolla un programa que está de acuerdo con los postulados y principios ideológicos que sustentamos".

Después de ceder el paso a las damas, se mostró igualmente deferente con los caballeros. Para justificar su demora en ascender la escalerilla y adentrarse en el vientre del avión, sacó del bolsillo de su traje, ciertamente algo raído, una cajetilla de cigarros y prendió uno, exhalando una bocanada vivificante. Sus escoltas se miraron entre sí, y se apartaron también. Subían empresarios, comerciantes, diplomáticos, sacerdotes, aventureros internacionales, tahúres que habían viajado para tantear la solidez de las defensas antifraude de los casinos del país, oficiales encargados de implementar las defensas continentales contra la penetración y amenaza comunista, enviados secretos de Franco que regresaban a La Habana tras asegurarse el apoyo del Jefe, bajo cuerda, por ahora, a los ejércitos nacionalistas alzados contra la República española.

Y en la estela de aquella manada de grandes depredadores, vio también pasar a los inevitables reporteros invertebrados de grandes y pequeños diarios del norte, especialistas en chismes vacacionales y *affaires* de verano, que como es lógico, vivían de las sobras que las fieras dejaban a su paso.

Se preguntó qué hacía allí, por qué había aceptado la tarea de solicitar una audiencia al Benefactor y cargar en su maleta, entre las escasas pertenencias que le acompañaron, el pergamino barroco, lleno de oros y colorines, letras góticas y estridencias sintácticas, en el que se explicaba al agraciado que "…encarnaba los grandes ideales indoamericanos, que no son por cierto, ni derechistas ni izquierdistas, sino exponentes de sentimientos patrióticos que emanan de la raza originaria de nuestro continente, y cuya sangre, amasada con otras, dio origen a lo que somos".

Porque la Institución Indo-Americana que lo había enviado a la humillación y al desaire tan lejos de su casa, era tan ignorante, o tan idealista, o tan ingenua, o tan pedigüeña, que se había creído que una simple carta y un ridículo diploma de feria podían convertir a su fe nativista, y levantarle el entusiasmo reivindicador por una causa a quien, y ahora lo comprendía, se presentaba ante su pueblo y el resto del mundo, como el Paladín Avanzado de la Hispanidad, como el Insomne Vigía Antillano de la Cristiandad y los Altos Valores Occidentales, precisamente, como el Genial Estratega del Blanqueamiento de la Nación, al que llamaba "Dominicanización", con toda premeditación y maquiavelismo. No había más que observar con qué primoroso cuidado se empolvaba la cara antes de cada aparición pública.

Los pasajeros seguían llegando, y él seguía fumando bajo la mirada impasible de sus guardianes, gente evidentemente acostumbrada a esperar por el primer movimiento de la

presa. No podía saber, y no lo sabría hasta años después, que tras ser recibida la carta inicial, se había desatado una copiosa correspondencia confidencial entre Cruz Ayala, el secretario de la Presidencia, y Roberto Despradel, el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en La Habana. En ella se solicitaban detallados informes acerca de aquella extraña Institución que, levantando el estandarte de una raza borrada del mapa por la Conquista, se había dirigido al Jefe para involucrarlo en una causa perdida desde siglos atrás, y con menos esperanzas que nunca, cuando en la propia Europa tener la piel ligeramente oscura, o un origen no ario causaba problemas que presagiaban enconarse mucho más.

Ya desde el 2 de octubre, Despradel aconsejaba en un cablegrama que "…aún cuando la Institución estaba legalmente constituida, no era importante, por lo que debía aplazarse la aceptación de la designación hasta que pueda enviar informes detallados, que ya han sido solicitados". Ante el apremio descortés de Cruz Ayala, Despradel había estampado una nota, de su puño y letra, en el propio cablegrama donde se le recriminaba la demora en informar. Estaba dirigida a Máximo Lovatón, uno de sus subordinados en la Legación habanera, y decía: "Máximo ten la bondad de volver loco a Martínez Castell hasta que te de toda la información existente".

Si él lo hubiese sabido, pensaría al conocer de los eslabones de la cadena de su humillante derrota, jamás habría aceptado la encomienda. Porque Martínez Castell era el director de la Sociedad Colombista Panamericana que radicaba en la capital cubana, el reducto más godo y españolizante de América, el lobby creado, precisamente, para reivindicar y promover los intereses de la Madre Patria, en tiempos de marea alta anglosajona. Estrecho aliado del Conde de Rivero, el dueño del mismo *Diario de la Marina* que había sacado a la calle

números de júbilo cuando se tuvo certeza de la muerte en combate de José Martí y Antonio Maceo, Martínez Castell proclamaba una fidelidad ultramontana a España, lo que significaba, por lógica, la negación de todo vestigio indígena en nuestras culturas, y de paso, también de los independentismos trasnochados.

> Los de la Institución -concluía Despradel, el 7 de octubre- son partidarios de una tendencia marcadamente contraria a todo lo español en América, por lo que nuestro Ilustre Presidente, paladín de gloriosas tradiciones históricas, empeñado en llevar a cabo la transcendental obra del Faro de Colón, no debe aceptar tal designación.

Su suerte estaba echada desde antes de pisar tierra quisqueyana. Fumando en la pista lo intuía, pero le tomaría años poderlo documentar. Cargaba de vuelta, en su misma maletica miserable, el pergamino que nadie se había dignado siquiera recibir en nombre del Generalísimo. Un exultante Cruz Ayala escribiría a Despradel, con fecha 11 de octubre, irónicamente, en vísperas del mal llamado Día de la Raza: "El Honorable Presidente, antes de recibir su carta, había resuelto no aceptar la investidura de Presidente de Honor de dicha Institución. El señor Julio Oliva de Armas, quien vino para hacerle entrega de sus credenciales y entrevistarle, se fue sin poder verlo".

Suspiró y aplastó la colilla del cigarro con su zapato, ciertamente, de suelas gastadas. Comenzó a ascender la escalerilla del avión. Se dejó guiar por la intuición, el olfato, la ancestral sed de justicia que era, una vez más, burlada. Sintió que una rabia oscura le subía por la garganta, la de los masacrados, los vencidos, los diezmados…

Fue entonces, sin saber cómo ni por qué, eso lo sabría años después, se paró en lo alto de la escalerilla, bien lejos

del alcance de aquellos patanes mal encarados, junto a una sonriente dama de Kentucky que tomaba las últimas vistas de aquel paraíso voluptuoso, el sitio donde, por primera vez en su vida, había sido feliz. Y desde allí gritó, o más bien rugió a todo pulmón, un delirante e inolvidable "¡Qué viva Hatuey, cabrones!".

Luego, en absoluta paz, fue a sentarse en el sillón asignado.

NÚMERO 22

EL HUEVO DE LA SERPIENTE

Los sistemas de trabajo no mueren con la desaparición de sus inspiradores. Nadie se creyó el cuento, por ejemplo, de que la burocracia francesa, fiel servidora de la aristocracia durante siglos, desapareció cuando el *Ancien Regime* fue barrido por las picas del populacho parisino, y muerto luego bajo la incansable guillotina de los jacobinos. ¿De dónde sacó Napoleón a la puntillosa burocracia del Imperio y la Restauración, sino de entre los escombros de La Bastilla? ¿Cómo se forma una casta de servidores invertebrados y escrupulosos, ducha con los papeles y los controles, con las normas y las regulaciones, sino como el buen vino, después de siglos de paciente añejamiento?

Tras las caídas, por estrepitosas que parezcan; tras los cambios, por radicales que quieran ser, termina imponiéndose siempre la lógica, ciertamente aburrida, pero imprescindible, del orden y la institucionalidad. A esta ley nadie escapa: quien quiera tener en su puño un Estado eficiente, un gobierno medianamente funcional, e instituciones que al menos simulen servir para algo, tendrá que recurrir a los servidores del pasado. Y cuando eso ocurra, y las turbas se cansen de gritar consignas, y soñar que han hecho política de nuevo tipo, allí estaremos siempre nosotros, los miembros de la eterna y subterránea Hermandad de los Esclavos Letrados, para componer los destrozos, recuperar la secuencia de los archivos y dictar las regulaciones pertinentes, como si nada hubiese sucedido.

Somos los Grandes Restañadores de las heridas que los motines, las revoluciones, los golpes de Estado, las sublevaciones y las asonadas causan en el cuerpo social. Ya que no está en manos de nadie evitarlos, al menos está en las nuestras regular la memoria que de estos sucesos se guarde. Es cierto que no pudimos evitar la Revolución Inglesa, ni la Francesa, ni la Independencia Americana, ni la República Española, ni el ajusticiamiento del Benefactor, pero si logramos ocultar documentos, manipular fechas y datos, depurar archivos, secuestrar evidencias y tejer una versión conservadora, neutra e inofensiva de tales conmociones, incluso, sembrarla como verdad irrefutable en los libros de texto de las escuelas.

A fines de este año de 1961, a pocos meses de que los regicidas acabaran con la vida del Generalísimo, muchos no se cansan de perseguir calieses, vociferar en los mítines, denunciar trujillistas emboscados, y saquear las viviendas del clan en fuga. Mientras eso sucede, nosotros trabajamos en las sombras, conscientes de que no es su desafuero, sino nuestra moderación la que prevalecerá. De ellos son las calles, las plazas y las tribunas; de nosotros los archivos, las bibliotecas y los despachos.

Ahora mismo, trabajando para el futuro con nuestra tradicional constancia y parsimonia, fingimos que acatamos las órdenes de las nuevas autoridades, pero en realidad estamos revolviendo montañas de documentos de La Era para borrar complicidades y pruebas. Sabemos hacerlo, nadie lo nota, y habrá que tener mucho ojo, cuando pase medio siglo, para que ciertos vacíos en los estantes o ciertos saltos de fecha en la secuencia de lo archivado, desaten la sospecha. Para ese entonces ya habremos desaparecido y nuestros continuadores no podrán ser culpados por ello.

Pero no puedo dejar de regodearme en la genialidad de nuestra labor y con el agradable sabor de la impunidad. A fin

de cuentas, hasta los flemáticos miembros de la Hermandad tenemos nuestro corazoncito. Estos papeles que he depositado en una carpeta rotulada como "Documentos irrelevantes" son, en rigor, todo lo contrario. ¿Cuánto no darían los agitadores y demagogos por poderlos agitar ante el rostro enardecido e impresionable de la multitud que hoy se proclama anti-trujillista?

Esta carta, por ejemplo, de Don Francisco E. Beras, presidente de la Asociación de Cultura y Ornato, de El Seibo, fechada el 7 de junio de 1929, y dirigida a Don Alfredo Ricart, secretario de Defensa del gobierno de Horacio Vázquez, solicitaba:

> …uno de los antiguos cañones españoles, en desuso, que hay en la Fortaleza Ozama, para ornamentar un monumento a los héroes de Palo Hincado, que se erigirá en el parquecito Juan Sánchez, de esta ciudad.

A primera vista inofensiva, la explicación de por qué la he condenado a desaparecer está en la respuesta recibida, fechada el 18 del mismo mes. En ella, el entonces general de brigada, Rafael L. Trujillo, comandante en Jefe del Ejército Nacional., invocaba la ley 1036, en el párrafo primero del Artículo I, para denegar la solicitud. "Las piezas de artillería son consideradas armas de guerra, y solo pueden ser poseídas por el Gobierno". Es inevitable que quien conozca esta temprana negativa del Jefe a que estén fuera de su control las armas, aunque se tratase, como era el caso, de una inservible antigualla casi medieval, piense en las interminables requisas de escopetas, revólveres, cuchillos y machetes, y en las regulaciones paranoicas sobre las ventas de todo tipo de sustancia "peligrosa", que caracterizaron su gobierno.

Esta otra carta, del 8 de agosto de ese mismo año, fue dirigida por Don Alfredo Ricart, secretario interino de Relaciones Exteriores, al Secretario de Defensa, transmitiendo la solicitud del Cónsul General de Venezuela, de que se investigase y reprimiese lo que denominaba como:

> …atentado revolucionario que de manera desenvuelta, y casi pública, está fraguándose en República Dominicana contra el Gobierno venezolano del general Juan Vicente Gómez".

Se trataba de una supuesta expedición que estarían organizando en el país los hermanos Simón y Rómulo Betancourt. Una vez más, lo que condena este papel a la extinción es la respuesta del Jefe, fechada el 27 del propio mes:

> Las investigaciones practicadas por este Comando- afirmaba- arrojan la certeza de que un grupo de venezolanos y dominicanos desembarcaron en el puerto de Barahona, pero vigilados de cerca por miembros del Ejército, optaron por disgregarse.

Este papel, en manos impropias, podría servir para demostrar que, ya desde 1929, el Generalísimo tenía bajo su mando un sistema de inteligencia militar destinado a vigilar y reprimir cualquier intento revolucionario, y que de aquellos años dataría su famosa ojeriza contra Rómulo Betancourt. Se podría hasta llegar a imaginar, pues mentes calenturientas sobran, que la bomba que casi acaba con este en Caracas, el año pasado, siendo ya Presidente, comenzó a montarse desde fecha tan lejana. Por eso, condenado está.

Por último, esta otra comunicación tampoco sobrevivirá. Está dirigida al Secretario de Defensa, con fecha 18 de julio

de 1929, un año antes de que el Jefe se convirtiese en el Jefe. Y es sumamente inconveniente. En ella un tal Cristóbal Tejeda, dedicado a "compra y venta de frutos del país", y quien se proclama "horacista", pide la mediación del Secretario para evitar tener que llevar a los tribunales "al brigadier Trujillo". Las razones que alega no pueden llegar a la posteridad, pues pondrían en entredicho la acrisolada honradez de ese dechado de virtudes y decencia que nos dirigiese durante 30 años:

> Después de tener el brigadier Trujillo una cerca en los terrenos comuneros de Árbol Gordo, sección de Hormigo, común de San Cristóbal, yo como condueño próximo a dicha cerca, formé otra hace como un año, y dicho señor Trujillo, hace como dos meses, hizo una tala dentro de mi cerca, y ahora cogió una parte de mis alambres, y los puso de forma que incluyen una parte de mis terrenos cercados antes, a la cerca de él.

Ya lo he dicho: los sistemas de trabajo no mueren con la desaparición de sus inspiradores. Gracias a la callada Hermandad de los Esclavos Letrados, no solo se mantendrán a salvo los arcanos del imperio, sino que jamás saldrán a flote las pruebas en contra que tanto buscan nuestros enemigos.

Las balas del 30 de mayo pasado puede que abatiesen al Hombre, pero nunca al Sistema. Para ello haría falta constituir otra callada Hermandad con signo contrario a la nuestra, capaz de presentarnos batalla en nuestro campo, y con nuestras propias armas. Es en el terreno de las ideas y la memoria, de los símbolos, donde vencen o perecen las causas por las que luchan los seres humanos.

Y pensándolo bien, ahora que mis cófrades están tan atareados en su labor de higiene histórica, creo que es una estupenda idea la de proponerle al Astuto Sucesor que funde,

bajo cuerda, su propia organización depuradora; un sistema propio para el blanqueamiento profiláctico de su gestión de gobierno. Sé que me comprenderá de inmediato, le sobra olfato y cultura para ello.

Y mientras mis abnegados hermanos siguen limpiando el rostro marmóreo del extinto Benefactor, ocultando, censurando y destruyendo las pruebas de sus crímenes, yo comienzo a hacerlo ya con los primeros documentos de gobierno del Nuevo Amo…

Y casi por idénticas razones.

Número 23

RON CLERÉN

Tomó un primer trago de la botella y mientras lo invadía el calorcito, dejó atrás sus aprehensiones. El clerén no era lo que decían, sino un aguardiente, con el sabor y el olor de la caña, como debe ser. Un verdadero tomador, y él lo era, ha de saber que un buen trago no tiene misterios, que convence o no desde el primer sorbo, incluso, desde que se huele. Y el clerén que tomaba ahora, mezclado con agua de coco, lo había convencido. Antes no lo había probado, porque en la cárcel uno se acostumbra a cosas que jamás se hubiese imaginado experimentar. Y esta de Barahona tenía defectos, pero los panas se las ingeniaban para pasarles, al menos, el clerén. Y eso es mucho cuando uno está sufriendo la intemperie del encierro.

El mecanismo para hacérselo llegar es sencillo: los amigos llegan a las inmediaciones de la cárcel en una motocicleta, bien tarde en la noche, y lanzan por sobre el muro las botellas plásticas. En el interior ya están prevenidos, y es solo cuestión de capturarlas al vuelo, en el mejor de los casos, pues para eso es que sirven aquí los celulares. En caso contrario, es cuestión de recogerlas cuando todos estén durmiendo, por supuesto, después de pagar una módica suma a los carceleros. Al final, todo se reduce a gozar de la evasión que regala la bebida, flotar por sobre estos muros; salir, caminar, correr, reír, saltar, volar… Volver a ser persona. Ser libre.

No es un chorizo, uno de esos delincuentes rastreros que le roban lo mismo un pedazo de pizza a una estudiante, que se

arriesgan a que una vieja les dispare desde un balcón mientras roban unas sillas plásticas de un portal. Lo de él es más serio, es un gentleman, un pescuezo largo, no un hijo de Machepa; alguien que sabe oler el dinero y lo busca, y si lo trincó la fiana, si lo pusieron a la sombra, se debió a una delación de un flojo que ya está chupando gladiolos, o tocando el arpa, como se quiera decir. Porque todo se puede perdonar, menos la traición, ese es el código del barrio, de los tigueres, y no será él quien lo viole. Que descanse en paz el pendejo que lo chivateó. Y brinda con un trago de clerén por el descanso de su alma…

Es un hombre culto, uno de esos que juega ajedrez mientras otros patean un imbécil balón de fútbol. Es un gentleman, ya lo ha dicho, un don que sabe conducirse, refinado y reposado. Y si toma ahora clerén, no es porque no haya tomado Ballantines o Stolichnaya, sino porque el hombre es su circunstancia. Y él no puede pedir más. Por algo sus socios se arriesgan cada dos días a lanzarle el clerén por sobre los muros. Y él lo toma, lo sorbe, lo agradece. Es el bibliotecario de la prisión, el que recomienda lecturas a los que nada leen, intentando amansar sus almas con la letra de Tolstoy o Víctor Hugo, de Dickens o Juan Bosch. Dura tarea la suya, en efecto…

Aquí tiene ahora en las manos, junto al trago abrazador, un libro de historia dominicana, uno de los libros que publica el Archivo General de la Nación; una de esas raras joyas de las que jamás hubiese disfrutado mientras estaba libre. Es una historia de La Era, de aquellos años cuando el pato macho mandaba, el mismo que les dejó el ejemplo de cómo lograr la felicidad a cojones. Porque Trujillo transmitió un legado invisible, el de cómo poner a un país a servir al fuerte a base de fuetazos, no de programas políticos, ni de alocuciones cultas. Y eso lo reconocían hombres como él, porque un

bien nacido sabe agradecer cuando alguien le ha abonado el camino y le ha legado un ejemplo. Por eso, mientras otros eran seguidores de los dos grandes partidos del presente, él se sentía afiliado al Partido Dominicano del pasado, el de la palmita, el del Jefe…

Y en el libro que lee aparece el clerén, el mismo que ahora sorbe como si fuese un catador; el que obtuvo después de que varias botellas del mismo realizaran un vuelo libertario por sobre los muros de la prisión… Se trata de un interrogatorio a varias personas de San Juan de la Maguana, en agosto de 1933, debido a que alguien denunció que un sargento llamado Ramón Sabes, y un raso, llamado José Cuevas, habían estado en la casa de un tal Cesáreo Montás chupando clerén, en momentos en que este licor se consideraba, con razón, no solo un objeto de contrabando, sino una traición a la campaña moralizadora que el Jefe llevaba a cabo entre inconscientes e ignorantes, mientras, después se supo, no necesitaba tomar clerén, pues tomaba *cogñac* bueno, del caro…

Lo interesante del caso sobre el que leía en el libro publicado por el Archivo General de la Nación, con prólogo de un historiador cubano apellidado Abreu Cardet, es que establecía que aquella borrachera costosa del sargento Sabes y el raso Cuevas, había sido exhaustivamente investigada por una comisión formada por el capitán Manuel González y el mayor Fausto Caamaño, como si no hubiese nada más importante que indagar, y que estos se reían de los entrevistados, pues se notaba en las crónicas que no tomaban en serio la tarea asignada, como si no existiesen causas más dignas de ser indagadas.

Por ejemplo, en el interrogatorio de Cesáreo Montás, el vendedor de aquel licor de contrabando, se podía conocer que se trataba de tres galones de clerén, vendidos aquella aciaga

tarde del 16 de agosto de 1933 a los militares, y que afirmó haberlo comprado antes a un hombre llamado María, que supuestamente vivía en la sección del Mamón, al precio de $3.45 pesos. En ese mismo interrogatorio, este había declarado que entre los compradores no solo estaban los militares ya señalados, sino también los civiles José A. de León, Homero García, chofer del carro de alquiler que llevó a su casa a los acusados, dos haitianos músicos, y un inglés llamado José Abraham.

Por su parte, los haitianos Oguilien Pie y José Francisco afirmaban que el señor Montás los había mandado a buscar "…con una flauta y una tambora" para amenizar una fiesta que el sargento esperaba tener con mujeres, y que terminó en borrachera entre machos, al no llegar las damas. Por su parte un tal Romero García, también interrogado, declaró que, no más llegar, un sediento sargento Sabes le había preguntado a Montás que dónde estaba lo suyo, lo que le tenía guardado, y que este le había servido media botella entre risas, y que esta contenía ciertas raíces de árboles, lo cual no levantó sospechas pues era entonces práctica habitual.

No pudo evitar sonreír al leer sobre la ingenuidad paradisíaca del pasado. Una comisión oficial, incluso, instruida para rendir cuentas de su trabajo al propio Benefactor, dedicaba horas y horas a indagar si un pelafustán había vendido ron barato de contrabando a dos militares del montón. Y era, por supuesto, para reír, si se comparaba con el presente…

Tomó otro sorbo y sintió una extraña punzada en los ojos, pero no le dio importancia, atribuyéndolo a que leía con muy poca luz. No quería que supieran que estaba despierto tan tarde. Supo que en aquella bacanal del clerén, los guardias habían, además, degustado un sancocho. Al ser interrogado

el raso Cuevas, de la Novena Compañía del E. N., había reconocido que sabía que el contrabando de clerén estaba terminantemente prohibido por las leyes y que era su deber perseguirlo.

"Si yo hubiese ido solo a aquella casa -afirmaba el raso, y él no podía menos que reír evocándolo- hubiese capturado el contrabando, pero como fui con el sargento, me atuve a lo que él hiciera".

Volvió a sentir una punzada en los ojos y el texto del libro se le borró. Pensó inicialmente que era el efecto del trago, pero de inmediato compendió que era algo más serio, algo realmente irreparable y terrible.

Sintió la llegada de una oleada de sudor frío y de una sensación de desamparo que lo sobrecogió, a pesar de ser un tipo bragado, sin miedo a nada. Supo, de golpe que aquel clerén de su desgracia lo estaba dejando ciego, postrado, varado en aquella prisión de mala muerte, despojándolo de un sentido, gracias al cual podía soñar con los amaneceres y el mar, con el azul del cielo y el gris de los días lluviosos, o sea, con la vida normal que no tenía, ni tendría por largo tiempo. Se sintió morir…

No tuvo tiempo de leer, pero sí de adivinar, que tanto el sargento Sabes, como el raso Cuevas habían comparecido ante la comisión investigadora, tras chocar con los muebles de la estancia donde fueron interrogados, topos inermes, seres desvalidos, dejados por caridad a la vera de Dios, y ciegos como cachorros recién nacidos.

Maldijo a sus amigos, a los mismos que le habían enviado aquellas botellas envenenadas por sobre los muros. Comprendió que ambicionaban su liderazgo y sus ganancias, y que detrás de la devoción a su persona, había una diabólica jugada, la del clerén adulterado…

Comprendió que, en el fondo, el clerén era una trampa, y que tras su vuelo libertario burlando las prisiones y los cerrojos, terminaba siempre aprisionando a los infelices, como él…

Tuvo aún valor para frotarse los ojos, ya inútiles, y evocar el vuelo de una bandada de palomas.

Fue libre, por última vez.

NÚMERO 24

A JULIO SOMETIDO

La recepción de anoche en Palacio, recordó, más parecía sueca o finlandesa que dominicana. No por la tez de las damas y caballeros, ni por los merengues interpretados por una orquesta de músicos jacarandosos, sino por la manera extravagante en que todos iban vestidos: asfixiantes chaqués, decimonónicos bicornios emplumados, condecoraciones rutilantes, guantes y botines con polainas de charol, chalecos de raso y terciopelo, medias de nylon, fajas y fajines, alamares y botones dorados, estolas de piel, abrigos de visón, pantalones a rayas: una apoteosis de tejidos pesados, nada tropicales, casi encartonados.

Y es que el propio ambiente de anoche, sintió, tenía algo de decorado teatral, de escenografía de *papier mâché* delante del que se movía, lentamente, una muchedumbre de gente de cera, de monstruosas marionetas fofas, prisioneras en sus armaduras: autómatas que reían, charlaban, bebían y comían con las puntas de los dedos, como si estuviesen en una *soirée* del Petit Trianón, y no en una isla calurosa ubicada en pleno centro del Caribe.

Era su primera recepción en Palacio, desde que el Jefe lo escogiese para el cargo.

Y para colmo, pensaba ahora, toda la coreografía de aquella contradanza barroca giraba, imperceptiblemente, alrededor del eje trazado por un Ojo Superior, por un Elevado Maestro de Danza: el Benefactor. Nadie se movía, bailaba,

comía, ni bebía hasta tanto este no lo hubiese hecho. Toda palabra, gesto, sonrisa, cotilleo, o mirada dependían de las señales que este mandaba. Si esbozaba una sonrisa, todos se desternillaban, soltando la carcajada; si miraba fijamente, las respiraciones quedaban en vilo; si tomaba al pasar un canapé de caviar negro, todos se lanzaban sobre las bandejas de los camareros, atrapando al vuelo lo que fuese. Y si salía achispado por el mucho *cogñac* consumido, los demás bebían como cosacos, hasta ser llevados en andas a sus autos.

No era su mundo, pensaba ahora. No era su ambiente. Anoche no había estado, lo sabía, en ningún palacio nórdico. Afuera no había invierno, sino un caluroso mes de julio de 1938 que hacía transpirar los cuerpos: nada justificaba que la gente se envolviese en tantos trapos y vuelos sofocantes, ni que la etiqueta de La Era fuese casi medieval. Pero para un militar, y más para un coronel de la Policía Nacional, y especialmente para su Jefe, o sea para él mismo, no estaba permitido pensar, sino obedecer. Y había obedecido: también lo sacaron en andas hasta su auto, medio ahogado de calor y tragos, murmurando algo sobre la nieve, el frío viento de la estepa y las largas noches dominadas por la aurora boreal.

Ahora, sentado en su despacho, revisando los informes policiales del mes que terminaba para resumirlos al Jefe del Estado Mayor del Ejército Nacional, que era, a la vez, el Supervisor General de la Policía, sentía que los fiordos noruegos se borraban de su horizonte y regresaba a la realidad. Porque en la vida que le palpitaba en las manos, en aquellos informes de cada provincia, día por día, se consignaban los delitos cometidos, los ciudadanos infractores sometidos, y las causas de los arrestos. Allí no soplaba el viento frío de la estepa, sino el calor enloquecedor de las calles y buhardillas,

de los campos y los ríos, de los montes y veredas de la República. Los allí consignados no eran suecos, ni marionetas, sino seres con sangre hirviendo en las venas; no esperaban el visto bueno de nadie para pelear, buscar venganza, o violar las leyes. Simplemente se dejaban llevar por sus pasiones. En consecuencia, estaban vivos…

> En el Primer Distrito de Ciudad Trujillo: Juan Paulino y Eduardo de Paula, sometidos por riña y escandalizar en la vía pública; Manuel Dionisio, por tirar piedras; José Pérez y Pedro Linares, por jugar gallos, clandestinamente; Antonio Araujo, por violar, con su carreta número 289, la señal del semáforo instalado en la calle Dr. José D. Alfonseca, esquina a Mercedes; Rafael Cedeño y Francisco Monción, por bañarse desnudos en la playa cercana al Memphis, violando las reglas del pudor y la decencia; Benjamín Solano, por violar la señal del semáforo instalado en la calle Conde, esquina a Isabel, *La Católica*, con su bicicleta número 602; Edilio Dimas, por ejercer de limpiabotas, sin su uniforme correspondiente; Rafael Aquino y Antonia Martínez, por quebrantar las reglas del pudor y la decencia en el hospedaje Esmeralda; Ángel de Mota, por tener un solar de su propiedad sucio; Celina Uribe, por celebrar un baile, sin antes haberse provisto de la correspondiente licencia…
>
> En Villa Mella: Sometido Hipólito de la Cruz, por violar el Artículo 271 de la Ley contra la Vagancia…
>
> En Azua: Sometidos Andrés Cuello, Julio Muñoz y Altagracia Melo, por violar la Ley de Policía…
>
> En San Juan: Sometidos Rafael Méndez y Milcíades Díaz, por violar el Libro Cuarto del Código Penal…

En Baní: Sometido Zoltan Gagyon, por tener un carro trabajando sin la consiguiente placa…

En San Pedro de Macorís: Sometidos Gavino Encarnación, por tener al servicio un animal herido y maltratado, y Guillermo Díaz, por vago…

En La Romana: Sometidos Eleodoro Scroggins y Cristino Constanza, por transitar montados en sus carretas estando totalmente cargadas; Felipe Reyes, por estacionar su carreta en sitio prohibido; Rosa Mercedes, por tener cerdos en el patio de su casa…

En El Seibo: Sometidos José M. Beras, Amado Aquino, Tomás Messina y Eloy de Aza, por vagancia de animales…

En Cotuy: Sometido Rafael Acosta y Gustavo Joaquín, por destruir la arboleda del parque; Ramón Paulino, por porte ilegal de un cuchillo; Manuel Almonte y Juan R. García, por abuso de confianza…

En Moca: Sometidos Rafael Gómez y Rafael Uceta, por bañarse en sitio público con traje inadecuado…

En Higüey: Sometido Joaquín Aristy, por difamación…
En Villa Rivas: Sometido Luis Severino, por desmonte…

En Yamasá: Sometidos Claudino González y Belisario de la Cruz, por pescar con raíces narcóticas…

Hato Mayor: Sometidos Ricardo y Juan Frías, Balbino, Dionisio y Ovidio Beca, por rebelión a mano armada contra un alcalde pedáneo…

Monseñor Nouel: Sometido Juan B. Tapia, por arrojar basura en la calle…

> En San Francisco de Macorís: Sometidos Antonio Monegro y Manuel de Jesús, por no haber renovado la cédula de identidad…

Cerró los legajos e indicó al secretario lo que debía tomar de cada uno de aquellos informes, precisamente, lo que antes le había subrayado. Cuando este regresó con el resumen para la Superioridad, estampó al pie su firma: "Coronel Armando Gil Pumarol, Jefe de la Policía Nacional…".

Terminaba un día más de labor, otro en el que la vida le recordaba que la verdad estaba y latía afuera, lejos de los escenarios de cartón en que vivía; más allá de la pista circense donde le obligaban a contorsionarse a la voz del Amo; donde también se obligaba por conveniencia, por miedo, por rutina, por no pensar…

Respiró hondo, se caló la gorra y ordenó a su chofer llevarlo mansamente a casa. Hoy le convenía regresar temprano y sobrio para evitar una trifulca con su mujer celosa, que también vivía pendiente, insomne y tensa, no por amor, sino para garantizar convertirse, un día no lejano, en la mujer del general Gil Pumarol…

Todos mentían, todos hacían concesiones, todos tenían miedo, todos simulaban… ¡Qué inclemencia la de este invierno!

Una ráfaga de viento gélido, como llegado tras atravesar el Mar del Norte, lo traspasó de lado a lado. Como si no fuese julio, como si esta no fuese una isla antillana. Y como si no fuese el coronel Gil Pumarol; como si no existiese su mujer, ni el Jefe Insomne y Vigilante, y como si no fuese el Policía Mayor de la República, tomó una decisión relampagueante:

"Date la vuelta -ordenó al sargento que era su chofer- No vamos a la casa. Llévame al Rumba Palace que está a la salida

de la ciudad… Cuando lleguemos, entras y te aseguras de sacar a todos los que estén allí. El local queda clausurado por orden del Jefe de la Policía Nacional, hasta que se desmayen tocando los músicos del perico ripao; hasta que los cueros se me duerman en los brazos, y se agote la existencia de hielo, ron y soda… Hasta que yo indique que la chercha se acabó… Hasta que yo ordene que termina julio y regresa el frío: ¡porque yo no soy un bacalao noruego, coño!".

Fue su primer y último acto de rebelión, cometido a fines de un insumiso mes de julio…

Número 25

VOCES

No me gustan los libros. Siempre he pensado que hacen daño; que le sorben los sesos a quienes se pasan el día con la nariz metida en ellos. Que provocan asma, llaman a las cucarachas y crían polvo. Cosa del diablo: por algo, quienes leen mucho, y quienes los escriben, siempre terminan mal. ¿Usted ha visto a algún escritor feliz, o bien posesionado? ¿Y a uno de sus lectores?

Mis jefes no leen. Jamás andan con un libro en las manos. Tampoco los tienen en sus despachos, ni en sus mansiones. Van con pistolas, fustas y ametralladoras, pero jamás con esos papeles aburridos, que, para mí, no son cosa de hombres, sino de afeminados. ¿Qué libro es el que te garantiza andar con dinero en los bolsillos, ligarte una buena hembra, gozar de una casa sólida, que te respeten y hasta, soñando un poco, disponer de una moto? ¿Qué libro, sino el de ser eternamente fiel al Jefe y a la Superioridad, te dará ascensos y honores en este Ejército? ¿Con cuáles de ellos se pueden pagar los víveres en la bodega, o el ron en los colmados? ¿Dónde está el que te hará fuerte y temido, única forma de felicidad que conozco?

Desconfío de todo papel con letras, vainas inútiles que solo traen desgracias y enfermedades, reblandecen a los hombres y envalentonan a las mujeres. Medio del que se valen los enemigos de la República para envenenar al pueblo, y al mundo, contra nuestro amado Benefactor, quien, dicho sea de paso, siempre nos da el ejemplo más edificante: tampoco

lee. Si por mí fuera, los quemaría a todos, junto a los que los escriben, y a quienes los leen. Y en primer lugar a esos renegados, como Juan Bosch y Juan Isidro Jiménez Grullón, que usan la pluma para difamar al más alto de los hijos de este suelo. Claro, que para pintar las musarañas con que malamente se ganan la vida y se burlan de los incautos, ponen antes mar por medio. Los hombres de verdad no permitiríamos esos insultos sin darles su merecido a los letraditos. Porque, como los demás rasos que me rodean, gente de bien, gente de pueblo, trujillistas de verdad, reservo un odio especial contra los poetas-sabandijas que emborronan cuartillas tras cuartillas.

Otra prueba de que llevo razón la tuve ayer ante mis ojos. Y nadie la preparó: cayó solita delante de mí. Ayer fui testigo, una vez más, de lo pernicioso de ese mal hábito, de ese vicio que provocan los libros. Ayer, 18 de julio de este año de 1937.

Me llamo Luis Corporán, soy soltero, tengo 22 años, y soy raso del Escuadrón de Caballería del Ejército Nacional. Tengo una buena hoja de servicios, y también sé darme a querer por la Superioridad. Ya estoy propuesto para un ascenso. A mí no han tenido que explicarme mucho cuando se ha necesitado hacer lo que se llama "servicio especial para el Jefe". Lo he hecho rápido, limpio, y en silencio, y lo he hecho muchas veces. Y eso se tiene en cuenta, claro que sí, porque saber obedecer es garantía de buenos ascensos, y de dinero extra. No puedo quejarme. Y no tengo remordimiento alguno: los enemigos del Generalísimo lo son míos, y no son gente. Cuando he apretado el gatillo, dado el golpe con un arma blanca, o apretado el nudo de la soga, solo he pensado en la moto que un día me espera, en unos grados de teniente, ropa planchada y botas impecables, dinero en el bolsillo, y una casita limpia, sin el estorbo de los libros. Nada más.

Ayer iba por la calle San Zenón a buscar la ropa planchada de mi teniente, a la casa de la doña que le trabaja, cuando vi a dos hombres enredados a golpes, y alcancé a distinguir que uno llevaba uniforme y grados de capitán, por lo que, sin pensarlo dos veces me lancé a la pelea, logrando sujetar los brazos del civil. Enseguida reconocí al capitán, que estaba hecho una furia, y no dejaba de abanicarle la cara a su contrario con la pistola. La sangre pronto me salpicó, pero el deber es el deber. Creo que hasta le di su pescozón al tipo al que sujetaba, solo por haberse atrevido a pelear con un oficial. "¡Llévatelo para la Fortaleza, allí terminaré de ajustarle cuentas a este sinvergüenza!" -me ordenó el capitán-, y supe que no estaba equivocado: aquel ser feroz, de rostro desencajado, de ojos inyectados en sangre, era el mismo capitán Sansón que dirigía la Banda de Música del Ejército. El que con suaves movimientos de su batuta ponía a sonar instrumentos tan raros y diferentes entre sí, logrando una música perfecta, una melodía que lo mismo te ponía blandito, si se trataba de un bolero, que te inspiraba arrojo y coraje, si se trataba del Himno Nacional.

Y, por supuesto, cumplí la orden. Primero amarré al civil con mi misma correa, y debo confesar, que le fui dando una retreta de patadas y gaznatones hasta que lo entregué al Oficial del Día en la Fortaleza. Creo que me excedí un poco, pero garantizar el respeto debido a los superiores es deber de todo raso, y me sublevaba la sangre que un civil se hubiese atrevido a resistirse a un oficial. Eso no se podía permitir, y lo castigué como era debido. Cuando me preguntaron que por qué venía tan maltratado aquel sometido, les dije que se había caído borracho, y que si no olía a alcohol era porque del susto se le había quitado la borrachera. Nadie preguntó nada más, y después de anotarme en la libreta del Cuerpo de Guardia, me

fui a cambiar de ropa, pues todo raso debe andar sin manchas ni arrugas en el uniforme.

Hoy fui llamado a declarar ante la comisión designada por la Superioridad para indagar lo sucedido. Está formada por el mayor José Menéndez y el capitán Ulises Ricardo. Me presenté, quedando en posición de firme, respondiendo a sus preguntas como deben hacer los militares: sin babosadas y con voz marcial. Dije lo que sabía, que era bien poco. Me enteré, por ellos, que el civil sometido se llamaba Pedro. E Albufera, de 34 años, viudo, músico, domiciliado en la calle 10 de septiembre, aquí, en Ciudad Trujillo; que había sido militar y miembro de la Banda de Música que dirigía el capitán Sansón, hasta el mes de mayo próximo pasado, en que causó baja. Y entonces fue que comprobé lo que les vengo diciendo desde el principio: su problema con el capitán Sansón se había originado por un libro de poemas, titulado *Voces*, que Albufera escribió y publicó, y en el que, en las páginas 69 a la 73, se burlaba de su antiguo jefe llamándolo "gato vestido de oficial".

No sé lo que declaró el capitán Sansón cuando compareció ante la misma comisión. Cuando se dirigía a ello, pasó por mi lado, pulcro y reluciente, bien peinado y afeitado, oliendo a colonia cara. No se dignó a mirarme, como debe ser, que para eso es un superior y yo soy nada, apenas un raso al que se le van los ojos tras los grados de sus jefes y sueña un día con tenerlos sobre sus hombros. Pero de seguro dijo lo mismo que dije yo al terminar mi declaración: los libros hacen daño, pero mucho más los que los escriben, y especialmente si se creen poetas. Y toda pena es poca, para castigar tal extravío.

Porque lo tengo más que claro: ¿quién, sino quien lee o escribe libros, se puede convertir en un ser tan malvado y temerario como para desafiar a la autoridad y burlarse de los jefes?

Por eso, lo que no dije a la comisión, y tampoco al capitán Sansón, fue que ayer, tarde en la noche, regresé a la Fortaleza. Me aparecí muy aplomado ante el Oficial de Guardia y dije que venía a cumplir una de las "misiones especiales del Jefe", y que tenía que franquearme el paso, con la más absoluta discreción, como otras veces. Era el procedimiento habitual.

Pedro E. Albufera nunca llegó a declarar. Lo hallaron hoy, al amanecer, colgando de un cordón, con la lengua afuera, los ojos vidriosos y una expresión maligna en su cara. Un evidente caso de suicidio, el resultado de la desesperación de un pobre ser atormentado por los remordimientos, tras cometer el pecado de haber alzado su mano contra el orden sacrosanto del Jefe, encarnado hasta en el más humilde de sus representantes.

Caso cerrado. Rápidos trámites para entregar el cadáver a la mujer con la que vivía amancebado, en la calle San Zenón. Severa advertencia de que cerrara la boca y no anduviese por ahí, hablando lo que no debía, porque en boca cerrada, no entran moscas, pero en la boca de los muertos, claro que sí. Y aquí, señores, no ha pasado nada.

Lo malo es que no puedo anotarme este tanto ante mis superiores, porque descargar contra ese diablo mi indignación de militar que ha presenciado un desacato grave contra la autoridad, no había sido ordenado por ellos. No vale para mi ascenso, ni para acercarme a la casita y la moto de mis sueños, ni para recibir un día una palmadita paternal del Jefe "Bien hecho, muchacho" -imagino que dirá-. Y no pararé hasta que lo escuche de sus labios.

Ahora comprendo que anoche trabajé por gusto, y que hacerlo no valió la camisa que me rompió ese demonio de poeta en el forcejeo. Porque escritor y todo, nadie quiere morirse.

Los libros solo traen desgracias y tragedias. Lo digo yo. Y en el otro mundo, donde de seguro no hay libros, lo debe estar sabiendo él también.

Número 26

EL GUARDIÁN DE LA COLECCIÓN

Era uno de los hombres más importantes del régimen, pero ni él mismo lo sabía. Todo imperio tiene sus arcanos misteriosos y terribles, un compendio de secretos que no pueden hacerse públicos, sin pagar el precio de provocar el hundimiento del imperio mismo. Por eso, el Colegio de las Vírgenes Vestales los custodiaban en Roma: jóvenes de las mejores familias, que nunca antes habían conocido el amor de un hombre, y que no tenían necesidad de venderse por prebendas. Bellas muchachas idealistas, conscientes de que su celo y silencio garantizaban larga vida al sistema, que era, a su vez, el antídoto perfecto contra la barbarie, la guerra civil, el caos…

Él pensaba lo mismo. Es cierto que había conocido el amor, y de sobra, pero era serio y recto, insobornable y fiel: un hombre perfecto para el cargo; alguien en cuyas manos se podían depositar secretos, y se depositaban. Nada lo asombraba, nada lo espantaba. Deambulaba en silencio por entre los anaqueles que guardaban las pruebas de lo duro que había sido construir La Era que el Augusto Jefe había regalado a la nación, dejando atrás, como memoria triste y lejana, los años del Conchoprimismo, la guerra de todos contra todos, la degollina sin más objetivo que encumbrar analfabetos y patanes, como si fuesen próceres de la Patria. Era, sencillamente, el Guardián de la Colección. Un hombre clave para la subsistencia del país. Y vivía para ello, orgullosamente silencioso.

Fue elevado a los altares de la nación sin nadie esperarlo, ni él mismo. Fue elegido al azar, como se elige a los servidores incondicionales. No podía haber tenido, y no tenía, familia. No debía disponer, y no disponía, de medios de vida, ni peculio propio. Era nadie, apenas un anónimo limpiabotas callejero que se ganaba la vida lustrando zapatos y halagando el buen gusto de gente sin gusto, cuando su suerte se decidió. Era un día gris, que presagiaba prolongar su mala racha y mandarlo a dormir con el hambre de siempre, cuando en la calle se le acercó un militar bien plantado, que luego supo era el teniente Amado Hernández, ayudante personal del Generalísimo, y le ordenó dejarle las botas como un espejo. Y lo hizo.

Fue allí, entre betunes, trapos y cepillos, arrodillado ante un cliente que le cambiaría la existencia, que se sintió observado, por primera vez en su vida. No es que antes no lo hubiesen mirado, pero sí lo era que nadie lo había hecho con la intensidad de aquel joven teniente, por demás, un hombre educado y ceremonioso. Supo, desde el principio, que no se trataba de aquellos pederastas tristes que lo escrutaban con suspiros, sin atreverse a abordarlo, deslumbrados por la buena presencia de muchacho del arroyo que era, una especie de carne barata en el garabato, lista para ser devorada por el primer depredador que llegase. Esa mirada era diferente, pensó. Y pensó bien.

El teniente lo interrogó directamente, sin prisa, indagando hasta el más mínimo detalle de su vida, por ejemplo, si le gustaba ver los juegos de pelota, y si sabía cocinar. Si se despertaba temprano y sabía leer. Si montaba bien a caballo y amaba más a los perros que a los gatos. Si recordaba el nombre de su primera mujer, y de su primera maestra. Si tenía parientes, y si sabía cuándo cosechar una lechosa. Si había estado preso; si había matado; si apostaba a los gallos; si bebía licor…

Pasó, sin saberlo, todas las pruebas. Fue, al final, elegido. De mano en mano, fue pesado, medido, pulido, lustrado, como si se tratase de un buen par de botas. Hicieron de él un caballero atildado, bien vestido, bien calzado, bien hablado, bien mirado… Lo convirtieron en otro: el que necesitaban. Le dieron un escritorio en una pulcra oficina, en el sótano de Palacio. Y un manojo de llaves que tintineaban, como un canto lúgubre a su compromiso de morir, si era necesario, pero jamás hablar. Y eso tuvo que dejarlo refrendado y sellado, en un documento que le presentaron, y que firmó con mano tremola.

Nunca hubiese imaginado aquel destino, ni que sus días transcurrirían en medio de un absoluto silencio, deambulando entre anaqueles y urnas de cristal, rotulando los exponentes de aquella colección única, librándolas de polvo y plagas. O que tendría que acompañar, como una sombra muda y eficiente, dos pasos detrás y uno a la izquierda, en ciertas noches profundas de alcohol, cuando un Benefactor, beodo e incoherente, decidía bajar a sus predios, y recorrer entre hipos y risotadas satánicas los pasillos, mostrándoles la colección que custodiaba a visitantes muy bien elegidos. Y especialmente a sus herederos, para que aprendieran el precio de los lujos en que vivían, de las actrices de Hollywood con que dormían, de los Ferraris que conducían, de los juegos de polo que ganaban, de los grados de coronel que recibieron a los ocho años…

Por supuesto que tenía sus artefactos preferidos. También ciertos documentos que manoseaba en las madrugadas de insomnio recurrente, cuando se despertaba y no podía volver a conciliar el sueño, con el cerebro estrujado por aquellas líneas de párrafos olvidados, por las que cualquier historiador hubiese dado la mitad de su vida. Y él tenía todo aquello a su arbitrio, como paraíso personal, como dádiva

del verdadero dueño, como arriendo temporal para que lo bruñese y lo custodiase hasta el final; hasta que llegase un día, como era inevitable, en que alguien como el teniente Amado Hernández, pausado, culto y funesto, le disparase un tiro en la nuca y entregase el manojo de llaves al nuevo Guardián, algún niño de la calle, como él, elevado a los altares de la Patria. Insobornable y fiel, como un perro. Definitivamente desechable. Y convenientemente mudo.

Disfrutaba, eso sí, pasando entre sus dedos, cuando estaba solo en su sótano acorazado, los binoculares de Máximo Gómez, un generalísimo de verdad, y no de opereta, regalados al Presidente Horacio Vázquez por Enrique Loynaz del Castillo, quien fue embajador de Cuba, el más joven general de la independencia y discípulo del ilustre banilejo. Gozaba repasando la textura de los calzoncillos floreados de esa bestia negra, enemigo cerval del Jefe, que era Benjamín Sumner Welles, demasiado cercano al presidente Roosevelt, sustraídos en un momento de pasión *non sancta* entre iguales, por cierto camarero negro de un *pullman*, que trabajaba secretamente para el Jefe. Lo mismo que cuando acariciaba el machete que portaba el general Cipriano Bencosme al morir acribillado, el pañuelo de Mauricio Báez al ser desaparecido en La Habana, el periódico The *New York Times* que leía Galíndez al ser secuestrado, las cartas del tirano Machado a Trujillo, un mechón de cabellos de Sandino, asesinado por el compadre Somoza…

Pero lo más escalofriante eran los cuerpos conservados en formol, ese zoológico de cadáveres que el Jefe mantenía con fines pedagógicos para que sus delfines aprendieran la inexorable necesidad de la mano dura e implacable; la de no tener escrúpulos con los enemigos, y la imperiosa necesidad de conservar sus pieles en exposición, como si

de fieras vencidas se tratase. Por eso estaban allí, nadando una distancia eterna e inalcanzable, el general Desiderio Arias, con su tiro en la frente; el coronel Blanco, que soñó con el pundonor de los oficiales; Aníbal Vallejo, el aviador tiroteado tras caer en desgracia, Rafael Estrella Ureña, liquidado en una mesa quirúrgica por creer en su palabra; la calavera de Ángel Morales, muerto de viejo y tristeza en Puerto Rico, y también la de Eufemio Fernández, por la que debió pagar una fortuna, designado por Grau, el presidente cubano de entonces, para ser uno de los jefes de batallón de la expedición de Confites, animador luego de la Legión del Caribe.

Un paisaje de la derrota, a las que el Jefe había sumado detalles macabros de los asesinados después del 14 de junio: mochilas, diarios, cinturones, manos cortadas en la 40, fotos de niños huérfanos, amuletos y resguardos para ahuyentar la muerte, evidentemente ineficaces.

No podía dudar, y no dudaba, de su evidente importancia. Sabía que debía besar, y besaba, cada sitio que su Benefactor pisaba, porque lo había salvado de la intemperie, de la calle, del hambre y la incertidumbre. Era como un perro noble, agradecido y letal, siempre dispuesto a bruñir, conservar, ocultar, defender y callar…

Sintió pasos a su espalda. Miraba en ese mismo momento las ruinas que quedaban del poeta Virgilio Martínez Reyna y de su esposa grávida, Altagracia Almánzar, las primeras víctimas… Supo, de golpe, que todo terminaba.

De nada había valido su fidelidad perruna, su eficiencia y su silencio. Sintió el frío del cañón de una pistola en su nuca y soñó con un mundo de zapatos relucientes. El relámpago del disparo no le arrancó ni un quejido: al ser elegido como Guardián de la Colección, sin preguntarle, fue drogado y

sometido a una infamante operación. Al despertar lo supo: su lengua había sido mutilada.

Nunca comentó sobre la colección a su cargo. No hubiese podido hacerlo. Murió en medio de convulsiones, de un disparo en la nuca. Fue feliz, fugaz e inconscientemente.

Número 27

LA DULCE FRAGILIDAD DEL SER

La verdad es que le encantaban los chismes de alcoba. Disfrutaba con los detalles escabrosos que los canallas le llevaban y le deslizaban al oído, buscando favores, a tanto por descripción gráfica de infidelidades ajenas. Los paladeaba sin prisa, con fruición, y escrupulosamente los anotaba: llevaba el record de los desempeños, las estadísticas y las habilidades desplegadas en la penumbra de las alcobas prohibidas. Todo lo dejaba escrito con caligrafía morbosa, por obsceno que fuese, en una libreta galante de tapas rosadas, que ostentaba el rótulo de "Asuntos de Estado". Y sin duda, lo eran.

Nadie como Él había comprendido tan temprano que, en el Caribe, el sexo no solo es fuente de placer recurrente y norte de las vidas sino, y sobre todo, herramienta política y de poder. Del sexo nacían las reputaciones, y también por ahí se escurrían a las alcantarillas.

No importaba que alguien de su entorno hubiese sido un corajudo general, con el pecho cosido por la metralla enemiga y más victorias que Alejandro Magno, si experimentaba la desgracia de tener una mujercita en exceso pizpireta y golosa para la carne: siempre terminaba convertido, y gracias a sus oportunas indiscreciones, en un triste muñeco de aserrín, zarandeado por el populacho inmisericorde. Lo mismo sucedía al docto académico, de voz engolada y oratoria decimonónica, autor de sesudas cavilaciones teológicas y morales, si, para su infortunio, no era capaz de completar el acto con una mujer,

desaguándose antes de tiempo, como un náufrago, en medio de espasmos anticipados: nadie leía sus escritos, sino con mal reprimidas carcajadas, intercambiando miradas burlonas, después que "alguien" filtrase el relato de la escena. Y con las mujeres, por serlo, no dejaba de aplicar el mismo sistema.

Un diplomático anglosajón, atildado y parsimonioso, que se burlaba de su pecho condecorado y sus uniformes deslumbrantes, al que llamaba "de opereta" cuando se pasaba de tragos en el Country Club, tuvo un día el infortunio de sentir apremios de mujer. Nunca supo que aquella belleza morena que le fue servida en una bandeja invisible, trabajaba para Él, como hacían todos, y que en las paredes de su cuarto se habían practicado ciertas mirillas discretas. Una cámara cinematográfica registró la manera ignominiosa en que el Imperio que representaba, con cientos de años de grandezas, victorias navales e interminables posesiones de Ultramar, era desguazado, vencido, humillado, y dejado a un lado del camino, como una ruina lamentable. Y todo a manos de aquella aborigen de piel canela y olor a azahar, experta en luchas cuerpo a cuerpo, que no creyó en la grandeza, ni el boato de la Corona, y que le dijo al terminar, despectivamente, tal y como se le había ordenado: "Las babosas p' al jardín: un muñequito de cuerda me hubiese llenado más".

Claro, que aquel engreído no tuvo más remedio que renunciar, a los pocos días, e irse del país con el rabo entre las piernas, después que se enteró de que el testimonio de su impotencia había sido mostrado en una reunión privada del Jefe, y que las carcajadas habían llegado hasta la corte que representaba.

Pero aquella herramienta de poder y subyugación, aquella aplanadora de enemigos infatuados y funcionarios que soñaban con sustituirlo un día, y de los que se vengaba por el delito

de intención hollando sus lechos conyugales, tras enviarles a viajes remotos, o mantenerlos artificialmente ocupados en provincias y pueblos perdidos, dejó de ser un instrumento estatal y punitivo en sus manos, y acabó derramándose y penetrándolo todo en una sociedad que regentaba, como el último de los pachás orientales.

En su libreta rosada los "Asuntos de Estado" terminaron siendo no solo las anotaciones concernientes a ministros, embajadores, decanos, generales y oradores inspirados, sino también a marineros y albañiles, rasos y bodegueros, barberos y carretoneros, limpiabotas y maestras. Pronto necesitó de muchas libretas rosadas, que fueron conformando una enciclopedia nacional de aberraciones y secretos íntimos, un tratado sociológico interminable, digno de Freud. Entonces fue que su letra morbosa y jadeante fue saliéndose de aquellas páginas, terminando por emborronar de infamia a la nación completa. No podía haber, y no hubo, relación, aposento, relación de sexos opuestos, y aún de los mismos sexos, que lograse escabullirse, o pudorosamente eludir aquel, su enorme Ojo Poderoso que todo lo escrutaba, ni aquella, su Mano Insomne, que todo lo anotaba. Lo privado se convirtió en una añoranza de la que solo se hablaba en círculos muy cerrados, un sueño con el que soñaban los amantes, y un deseo a desear cuando alguien cumplía años.

Por ejemplo, mucho disfrutó al anotar los detalles de cierto desafuero cometido en Barahona, a mediados de mayo de 1937, cuando un pobre cuero llamado María París tuvo el coraje de denunciar ante el Oficial Encargado del Servicio Policial E. N., y el Procurador Fiscal de su distrito, a los señores Juan Tomás Bichicó y Miguel Añil, "…por haberle propinado a ella golpes, después de una noche de lascivia con ambos", reclamando, en consecuencia, una notable

indemnización. Con mano placentera anotó los nombres de aquellos prestantes caballeros y siendo, como eran, gloriosos exponentes de la judicatura local, ordenó de inmediato llenar con ambos sendas vacantes en las Altas Cortes, consciente de que, después de aquello, jamás le darían dolores de cabeza, sino más bien derrocharían hacia Su Persona esa perruna devoción que buscaba y despreciaba, a la vez.

No menos útil le fue leer, unos meses antes, la carta que le dirigiera el Sr. Carlos Niebla, con fecha 28 de febrero de aquel mismo año, denunciando al segundo teniente Alvarado Sánchez por haber "violado a la menor Consuelito Niebla, su hija, tras seducirla con promesas de matrimonio". Aquel expediente, instruido por Carlos Guatón, mayor de Leyes e Inteligencia del E. N., le causó una especial satisfacción al advertir, con su aguzado olfato mundano, que la menor era, en realidad, mayor en experiencia que su supuesto violador, y un ejemplar de apreciable precocidad. Más tarde lo había comprobado, no solo al llevársela a la Casa de Caoba, intrigado por aquella mezcla de candor y fuego que emanaba de la adolescente, sino por la carta que escribiese, con fecha 22 de febrero de 1937, que el teniente Alvarado Sánchez había aportado al sumario, la que recogía revelaciones como las siguientes, que por supuesto, acabaron bien resguardadas entre las páginas de una de sus libretas:

> Meterme en amores contigo fue brutalidad mía, por estar tú comprometido con una hija del Dr. Pérez; ella muy buenamoza, blanca y con pelo, mientras yo tengo mota. Yo soy fea, pero simpática y dulzona, como ninguna blanquita bonita lo es, y como tuve amores contigo, quiero que me escribas… Ya hablé con el cartero, y sabe que cuando venga una carta tuya, me la debe entregar solo a mí… Te mando aquí un retrato mío, donde estoy

> muy sonreída, no sé por qué será, a lo mejor pensando en aquella noche en que quedaste encantado de la vida. Dime si quieres que te mande papel, sobre y sellos, porque tiempo sé que sí tienes. Mira a ver si puedes venir en mayo. Contéstame, espero…".

Por supuesto que su proverbial magnanimidad se derramó sobre los protagonistas de aquella triste historia. El segundo teniente, que tan miserablemente se había comportado al hacer pública, como coartada, la carta de su amante, fue admitido en el Olimpo de su compañía. A la sombra del trono, acabó con los grados de general y abrumado de honores y condecoraciones. Perro guardián de su sombra, atado a su propio destino por el dogal invisible que se escondía en uno de sus cuadernos, murió un día de muerte natural, siendo enterrado con los honores reservados solo a sus Grandes Compinches. En cuanto a ella, la dulce ninfa temprana, fue elegida para amansar los ardores de la Elevada Siesta, por algo más de un año, pasado el cual recibió a cambio una pensión vitalicia como "Emérita Profesora de Biología Humana" y una confortable casa en Gazcue, donde, cuando alguien abría la puerta, se apreciaba desde la calle, en la pared, un enorme retrato del Egregio, con velones votivos debajo, siempre encendidos.

Le encantaban los chismes de alcoba. No halló nunca manera más eficaz y económica de rodearse de los hombres exactos para las tareas a encomendar, y de las mujeres más perfectas para la tarea de aliviarle el enorme sacrificio de llevar una vida terrenal siendo, como era, un semi-dios.

Al caer, cruzado a balazos en la carretera, sus matadores hallaron en el maletín que siempre portaba, no solo los grandes fajos de billetes con que aceitaba la maquinaria de los

amores populares a Su Persona, y cementaba las adhesiones a su gobierno, sino también una extraña libreta de tapas rosadas escritas con letra morbosa e impaciente. Apenas tuvieron tiempo de hojearla.

Y fue lo primero y último que alcanzaron a destruir. Lo demás, después se supo, había quedado casi intacto.

Número 28

EL MÁS DESDICHADO GENERAL DE LA REPÚBLICA

Aquí en confianza, dígame Usted, compadre, si esto es justo. Dígame si he bregado tanto, pasado tantas malas noches en vela, con la cara acribillada por los mosquitos, cuidando la frontera, o persiguiendo tipos desesperados; pasando hambre y sufriendo sed por el servicio, para que se me castigue de esta manera… Dígame Usted, mi compadre, si no tengo razón en protestar, aunque sea aquí, por lo bajo, y que solo Usted lo oiga… Y esto que le estoy mostrando, es solo una parte del mar de papeles que me mata, que me quita el resuello y me tiene al borde de coger un día la pistola y acabar con todo, empezando por mí mismo. Porque estoy cansado, mi compadre, y no imagina Usted cuánto.

Yo no me alisté en el Ejército Nacional para andar cargado de expedientes, despachando solicitudes como si fuese un chupatintas, sino para entrar en acción, siempre el primero, desafiando los tiros, en la brega de imponer la ley, que es cosa de hombres, y no esto de andar calentando sillones. No en vano me gané cada ascenso, cada galón, cada medalla, dejando detrás un reguero de sangre, en primer lugar, de la mía. Pocos, como yo, y Usted es el que mejor lo sabe, han dejado tantas tiras de pellejo en el camino, sin hablar de las almas que deben estar en el purgatorio y el infierno repitiendo mi nombre entre maldiciones. Porque jamás escatimé celo a la hora de cumplir las órdenes recibidas, especialmente las que tuvo a bien indicarme el Jefe, que no es hombre de juego, y

cuando me decía que en una provincia había un mala cabeza que no quería inclinarse ante los representantes del orden, allí iba yo a reducirlo. Porque después que te arrancan la cabeza, ya no hace falta que la bajes, ¿para qué, verdad, compadre? Y mire que de eso los tres sabemos un mundo: el Honorable Jefe primero, y después, Usted y yo.

Vea, por ejemplo, lo sucedido en estos dos últimos meses. En este año de 1938 tal parece que todos se han puesto de acuerdo para acabar con mi escasa paciencia. Pocas veces, desde que estoy al frente de esta Secretaría de Interior y Policía, he visto tantos papeles juntos, listos para ser firmados y elevados, o firmados y mandados abajo, da igual. Créame, compadre, nunca como el mayo pasado y lo que va de este junio, que ya casi se acaba. Por eso trato con la punta del pie, como se merece, a esa nube de lambones de mis asistentes, que entran al despacho como gatos apaleados, caminando despacito y de lado, cargando los fardos de esos malditos papeles que saben de sobra, me tienen harto. Como ellos mismos y sus medias sonrisas. Y sus botas lustrosas, y sus caras afeitaditas, siempre olorosos, sin tener callos en las manos por sostener las riendas de las bestias, ni haber tragado el polvo de mil caminos remotos, ni dado el pecho a las balas de cien fugitivos decididos a morir en sus trece. Y Usted sí que me entenderá si le digo que desde que tocan suavemente a la puerta, y adivino lo que traen para torturarme, acaricio dentro de la gaveta del escritorio ese sitio frío donde duerme mi pistola.

Mire compadre: yo prefiero ver relampaguear un colin en la mano de un borracho, antes que tener que enfrentarme a estos documentos con los que me fusilan a diario. Y si lo soporto callado, si ya no he estallado, es por la disciplina y el juramento de fidelidad al Querido Jefe, ante el cual, todo sacrificio es poco. Solo eso me aguanta cuando, como ocurrió

hace un rato, ese mismo imbécil que acaba de retirarse, trae puntualmente, a la misma hora, la lista de los huéspedes que han dormido en todos y cada uno de los hoteles del país. Porque si bien hay que saber todo lo que se mueve aquí, para mantenerlo a Él debidamente al corriente, también lo es que yo no merezco ser el que cumpla esa misión, buena, nada más, que para caer redondo de sueño. Mire Usted aquí, para que tenga una idea: en el hotel Cosmopolita anoche durmió un tal Lucas E. García, de Barahona, ¿qué gran cosa, eh?... O en el hotel María, un bendito Manuel O. Burgos Mirilla, de Bonao… Y en el hotel Moderno, un insignificante Juan M. Venzan, de San Cristóbal, y en el Boarding Oriental, Juanico Sención, de Yaguate, y en el Palace, un esperpento llamado M. Nakanishi, de Santiago… Sombras, mi compadre, escuálidos viajantes de comercio, gente que se desplaza para asistir a entierros, comprar semillas y aperos de labranza, hijos pródigos que regresan, enfermos que acuden a la capital para ser asistidos, pagadores de promesas, y simples curiosos que no imaginan que alguien, al que obligan a curiosear, los está vigilando. Y ese, compadre, desgraciadamente soy yo. Y con gusto acabaría con todos, por mantenerme atado a ese sillón con sus idas y vueltas, que no tienen más sentido que joderme.

Y eso no es lo peor, sino el tener que leer cada solicitud que hacen, desde todas partes, para poder adquirir objetos y sustancias controladas. El mecanismo para comprar una batería de auto pasa porque el que la solicita debe hacer una petición escrita al gobernador de la provincia donde vive, para que este, a su vez, la eleve a mi despacho, después de estamparle su firma, en señal de anuencia. Entonces yo, que no tengo por qué conocer, y no conozco a ese señor, tengo que autorizarlo, por escrito, y es entonces que mi carta desanda

el mismo camino por el que llegó la de ellos, y se produce el milagro de que el tipo puede gastar su dinero en la tienda de refacciones, y entonces yo puedo pasar a otra petición, no menos agobiante… Claro que tiene razón en preguntármelo, compadre, yo en su lugar hubiese hecho lo mismo: la venta de baterías se controla desde que en Cuba, en la lucha contra el presidente Machado, por cierto, gran amigo del Jefe, una organización de revolucionarios llamada ABC, usó las baterías para detonar bombas… Y el diablo son las cosas: me jodí yo, porque a mí fue al que volaron de la vida que me gustaba.

Pero las baterías son lo de menos. Lo peor son las sustancias químicas, esas que tiene nombres para enloquecer al más cuerdo, no hablando ya de un hombre de acción, como yo, que por no estudiar y andar a lomo de los caballos, y con un arma al cinto, y con un uniforme para inspirar respeto, pocas veces tomó un libro en sus manos, y que si leo algo, y puedo firmar, se lo agradezco al cura de mi pueblo, que me obligó a ello, apoyado por mi pobre madre. Como si ambos hubiesen adivinado que aquel chiquillo mata-perros y pati-por-suelo llegaría un día a ser general. Bueno, el más desdichado general de la República, para ser exactos.

Mire, mire aquí, mi compadre: Carlos Adriano Muñoz, gobernador de Santiago, avalándome la solicitud de unos señores que necesitan se les autorice a comprar cinco libras de sal de nitro para curar carnes… Y esta otra carta del general Domingo Peguero, gobernador de La Vega, quien pide le sea permitido al fotógrafo José Antonio Rodríguez adquirir dos libras de sulfito de sodio, en la farmacia de Moya & Pezzotti, con el objetivo de revelar sus fotos… O esta del general Camejo, gobernador provincial de Puerto Plata, que respalda la solicitud de los señores Zafra & Co, de la Fábrica Nacional de Fósforos C. por A., para poder recibir cinco kilogramos de

ácido sulfúrico para el trabajo de su industria… Y así, día tras día, semana tras semana, y mes por mes.

Y claro, no puedo tampoco escapar, y no escapo, a las muchas solicitudes para adquirir armas de todo tipo, y especialmente, cápsulas para revólveres. Por supuesto, mi compadre, que muchos son los llamados y poco los elegidos, ya Usted sabe, porque aquí se lleva a cabo una política permanente de desarme de la población, para que vuelva a brotar la mala hierba de los bochinches y las revoluciones. Entonces, como es lógico, solo autorizo aquellas peticiones, como esta que ve aquí, donde H. N. Hansard, el administrador de la Salinera Nacional C. por A., nos pide adquirir cajas de cápsulas de Smith & Wesson, calibres 38 y 44, y de cartuchos, calibre 16, para las escopetas de los vigilantes de esa empresa. Y la firmo sin chistar, ¿sabe por qué?, pues porque el Ilustre Jefe es el verdadero dueño del negocio, y Dios me libre, de negarle algo a quien todo se lo debo, incluso, hasta el dudoso honor de ser el más desdichado general de la República. El que vive rodeado de los papeles que tanto odia, cercado de asistentes lacayunos y pérfidos, que mucho disfrutan con atiborrarme de los documentos y las peticiones infinitas que un día, yo bien lo sé, me llevarán al abismo.

Porque, ya no puedo más, mi compadre. Y empiezo a tener miedo de mí mismo. O mejor dicho, del oficial feliz que fui, cabalgando al aire libre, persiguiendo malechores por montes y cañadas, atravesando ríos y durmiendo al sereno, en pleno campo. Porque cuando ya lo creía muerto, sepultado, aplastado por montañas de tantos papeles inútiles, me ha empezado a visitar en sueños, invitándome a la última cabalgada.

Y para que él pueda regresar, me está pidiendo que acribille primero a esta plaga de inútiles que gozan acarreando fardos

de documentos a mi despacho, y luego les prenda fuego a todos, al grito glorioso de "¡Viva el Jefe!". Como en los buenos tiempos.

Y estoy a punto de hacerlo, mi compadre.

Número 29

"... FRENTE AL PÚBLICO, Y CON LAS MANGAS LEVANTADAS"

Nadie te entendió. Sientes que se acerca la hora de partir y ya no hay tiempo para explicar nada. Tampoco te importa hacerlo: no vale la pena. Viviste y morirás en tu ley, y en esa eterna parranda que siempre termina por consumir a los semidioses extraviados en la Tierra. Eras poeta, como Rubén Darío y el divino Julián del Casal. También, Tomás, y como ellos recibiste los amaneceres con versos ininteligibles, muchas copas, e inolvidables tibiezas en los labios; manoteando a los espectros que nadie adivinaba, espantado por el oculto sentido de ciertas palabras, estremecido por el huracán invisible de los gestos y las hembras. Y habitando mundos, Tomás Hernández, que no requerían de los halagos del poder, ni exigían levitas, condecoraciones, ni protocolares inclinaciones de unas cabezas venidas al mundo para ceñir coronas. Pero los hombres son tontos, y nadie lo sabe mejor que tú, lamido y lamedor, rebelde y siervo, gigante y miserable: tú, Tomás Hernández Franco, poeta y bohemio impenitente, y, ¿quién lo diría?, trujillista de corazón ardiente. Y de nada te ha valido, porque de la muerte ni el Jefe Fuerte te podrá salvar, ni tú se lo pedirías. Y ya te vas, en este lánguido septiembre de 1952…

Pero yo sé bien que los raros como tú suelen despedirse en grande. Y no me extraña que en vez de irte a la imprenta, como debías hacer hoy, para revisar las pruebas tipográficas del último número de los *Cuadernos Dominicanos de Cultura*,

te hayas desviado hacia este cafetín junto a la desembocadura del Ozama, allí donde el terral que arrastra penetra en el mar y lo fecunda, el sitio exacto para esperar el ocaso de un poeta. Y eso, en rigor, es lo que siempre has sido, no legislador, ni diplomático en Amberes, Puerto Príncipe, La Habana, o San Salvador, mucho menos esa especie de propaganda humana del Jefe en que te convertiste al colgar perennemente de tu solapa una de sus fotos, sin que nada más que tu propia desmesura, pasión, y el entusiasmo de las resacas te lo impusieran. Y te ríes al pensar en los imbéciles que no lo entendieron, y dices por lo bajo que los jodiste, hasta al Jefe, capaz de escudriñarlo todo. Y es cuando te tomas el primero de muchos tragos, a sabiendas de que por ellos se te está yendo la vida. Y lo disfrutas: sabes que de aquí te sacarán muerto, pero con la frente alta, digno cadáver de greñas peinadas a un lado, intemporal y burlón, hasta el final.

¡Y de cuántos hombres y mujeres te acuerdas ahora, Tomás, cuando sabes que pronto tú mismo no serás más que un recuerdo! Tú Santiago natal, los viajes, los estudios de Derecho, y aquellas francesitas, tus complacientes y despreocupadas compañeras de La Sorbona, con el sexo más intelectual que conocieses, capaces de susurrar versos de Baudelaire entre maullidos de placer. Y los muelles y antros de las islas del Caribe, de ese prolongado litoral alegre, por el que erraste con Pancho Alegría, "capitán de goleta, matador de tiburones, rico en naufragios y rutas, conocedor de los vientos…". Y cuando sientes que el trago octavo te escuece en la garganta, no puedes menos que pensar en Erick, "el muchacho noruego que tenía alma de fiordo y corazón de niebla, y que era virgen en sus botas de hule" hasta que fue atrapado por la brujería de madame Suquí, que fuera antes, y en los muelles de Fort Liberté, solo "una virgen suelta, grumete hembra de burdel anclado". Y por supuesto, Tomás, no

podía ser de otra forma, y más ahora que sabes que te falta poco, levantas tu copa, con mano temblorosa, y brindas mirando al mar, porque solo tú ves venir entre las olas a Yelidá, la hija que ambas sangres procrearon, la mulata más bella que se pueda imaginar. Y que fue tuya hasta el último pliegue, aunque era imposible que amaneciese a tu lado, en tanto "traición hembra del tiempo liberada". Y besas el aire, mientras el mozo del cafetín te mira de reojo y sonríe, pensando que solo estas borracho, sin adivinar que estas agonizando ahí, sentado junto a Yelidá, que ha venido a recogerte. Y no puedes apartar de ella la vista, enamorado.

Hablas. Musitas frases que nadie entendería. Cuentas por enésima vez los accidentes de una vida de loco, o de boxeador idílico, según se mire. Solo te escuchan los muertos, ese coro que también ha venido en procesión caminando sobre las aguas. Y tienes conciencia, al apurar el trago diez, que tu público está formado por los mismos marineros borrachos que se espantaron al sentir el dolor del faquir que ante ellos, y para divertirlos, se arrancó la piel, Tomás, como cuentas en aquel inolvidable "Poema del chewing gum", que tanto revuelo causó. Y te sientes halagado, porque si algo sabes de sobra es que solo las meretrices y los ebrios saben apreciar el valor de tu poesía sangrante, parida en medio de dolores más espantosos que los de faquir. Y te echas de un golpe el trago catorce.

El Jefe, dices en voz alta, mereció todo el respeto y la fidelidad de que fue capaz un irreverente y descreído, como tú. Deslumbrado en los inicios por su fuerza y su mística, te aferraste a su imagen, como solo un agnóstico se aferraría a la última tabla de la misma fe que repudia y anhela. Tras aquel lance con Roberto Despradel, que en 1935 era ministro de la Legación dominicana en La Habana, donde fuiste nombrado

Secretario, y que celos y despecho mediante, te denunció al Jefe por indisciplinado, indiscreto y borracho, le escribiste en descargo, con altura, y no mentías:

> No soy un llegado de última hora a las filas honrosas del Trujillismo. En él vengo desde 1929, cuando era pecado suponerlo siquiera. Mi hoja de servicios está ahí. Un hombre que ha dedicado todo su entusiasmo, todo su honor a servirle, no le miente. Es por mi honor y por mi nombre que yo juro a Usted que lo dicho es la verdad, y que el Sr. Despradel ha mentido. Acataré su fallo porque ha de emanar de Usted, mi Presidente, mi Jefe y mi amigo.

> El trago 18 te raspa por dentro como si tragases un puñal, o mejor, un sable. Y estallan en una carcajada los marineros espectrales que te escuchan, y ríe Yelidá, recordándote el tintineo de un cascabel. Ya puedes confesarlo: en aquella ocasión fuiste capaz de mentirle al Jefe, claro que le mentiste. Y tú también ríes con picardía. No ibas a dejar que ese amargado de Despradel te jodiese la parranda habanera en que vivías, los viajes con Nicolás Guillén a la playa de Marianao, en la madrugada, abrazando negras y picando las butifarras que hacía El Congo, a las que había que echarle salsita. Y los duelos de versos dedicados a los jamones y las nalgas femeninas, al buen ron que achispaba, sin ofender el paladar, teniendo de fondo el Septeto Habanero y sus sones, esos que se bailaban en un solo ladrillo, como en Manzanillo. Y tanto mar, y aire limpio y unas alegrías de vivir que nadie echaría a perder con estiramientos protocolares. Como tampoco las andanzas con tu amigo Nicolás, ni dejar de ver su enorme sonrisa mulata, ni de oír su recia voz de tambor de fundamento. Porque a ti, a diferencia de Despradel, te tenía sin cuidado que tu amigo reverenciase a Stalin, y tú a Trujillo.

> Mi vida en La Habana -cuentas que escribiste- se reducía a trabajar durante las horas laborables en la oficina, inclusive, domingos, e ir todos los días, de cinco a siete, a reunirme con un grupo de periodistas en un café llamado Bar Vázquez, ubicado en la calle Prado 108, porque con estos amigos yo hacía mejor labor que en la oficina, labor de glorificación de Su Persona y su Gobierno. En siete meses nunca llegué a mi hotel después de las diez…".

Y despiertas nuevas carcajadas de ultratumba, cuando acotas que era verdad, que jamás llegaste a acostarte a tu habitación antes de las diez,…solo que de la mañana del siguiente día. Y apuras el trago 20, con el que culminas la primera botella.

Miras de nuevo a Yelidá, y no puedes evitar elevar una loa a la noche en que se unieron las sangres de Erick y madame Suquí. Con la embriaguez, recuerdas cómo te defendiste de Despradel en aquella carta al Jefe, y que aunque no pudiste evitar que te transfirieran a la Legación en San Salvador, no pasó a mayores lo que pudo costarte caro. Y es que luego supiste que el propio Jefe estalló en carcajadas cuando leyó aquello que escribiste al describir tu primer encuentro con Despradel, alojado entonces en el Hotel Inglaterra, aquel febrero de 1935, no más llegar a La Habana:

> "…Me expresó el desagrado que le causaba mi presencia, diciéndome que se había opuesto a mi designación ante Usted …porque yo era un loco y un borracho, y que Usted le había dicho …que me mandaba a Cuba, para ver si me mataban de una vez, porque estaba de mi hasta la coronilla. Que me limitase a agacharme a recoger el sueldo, y que no tratase de buscarme contratiempos por Usted…".

Todos ríen y dan patadas de gozo en el suelo. Solo tú los oyes, mientras no puedes evitar acariciar los senos temblorosos, como cervatillos, de Yelidá. El mozo trae la segunda botella y percibes en sus ojos los primeros destellos de preocupación por tu estado, como mismo tiemblan los destellos de un farol en lo hondo de un túnel.

Empiezas a caer, pero no terminas de hacerlo: los marineros te sostienen, Yelidá te da un beso y te toma de la mano, indicándote el camino sobre las aguas. Es verdad que nadie te entendió, y en un último esfuerzo tratas de explicarte con uno de tus versos: "Cada noche me trago el sable de mi vida, frente al público, y con las mangas levantadas".

Y entiendes, demasiado tarde, que fue en vano.

Número 30

DEL ASCENSO Y LA PENITENCIA

Cuando oí por primera vez, en boca de un oficial, que sin disciplina no hay ejército, no podía imaginar que un día iba a sentir muy profundamente esa consigna en mi alma. Mucho menos que estaría dispuesto a todo, con tal de que el mundo se moviese de acuerdo a las reglas de orden y corrección que me inculcaron, siendo raso. Hoy es tarde para intentar vivir de otra manera, pero habrá que intentarlo. Porque a mí la disciplina me caló hasta el tuétano de los huesos, y cuando veo los grados de un oficial, como ya me ha pasado, no puedo evitar saltar como un resorte, y saludar con la mayor rigidez. Eso no solo es marcialidad, sino un sentido de la vida: de la mía. Y mi vida acaba de perder su sentido.

"Recuerda siempre, soldado, que debes al Generalísimo la mayor lealtad y devoción"- así reza, con enormes letras, en la puerta del cuartel. Con esas palabras nos acostamos y nos levantamos, hacemos ejercicios matutinos, vamos a las marchas, limpiamos los fusiles y las botas, pasamos las inspecciones, hacemos las rondas, nos afeitamos e higienizamos las letrinas. Ellas son como un sol alrededor del cual giran nuestras vidas. Porque más allá del Jefe no la hay, y tampoco imaginaba poder vivirla, en caso de que existiese.

Nosotros somos su tropa, el modelo de pueblo que quiere construir, sacándolo de esta mezcla imperfecta e indisciplinada que somos. La arcilla de la que saldrá un hombre hecho para obedecer y serle fiel hasta la muerte, y más allá. Alguien para

quien cumplir sus mandatos sea un honor. No hay orden que imparta, por difícil que sea, que no cumplamos, al momento. Y por eso es que los civiles, los paisanos, o como les llamen, no gozan de nuestra simpatía: son un atajo de gente sin hábitos, sin orden, y sin concierto. No tenemos dudas: hay que disciplinarlos, meterlos en cintura, y el que no entre por el aro, sobra en el país que tiene el Jefe armado en su privilegiada cabeza, y que es el mismo que ya estamos construyendo. Y no nos quedará más remedio que darle de baja… Aunque ahora esté lleno de dudas.

Por esa disciplina tan metida en lo más hondo de mí, es que me ha costado tanto escribirle al Jefe: no está bien que un simple raso moleste la atención de Su Ilustre Persona, ni que alguien insignificante, como yo, crea que debe ser atendido en su petición, por el mismo Generalísimo. Pero al final me decidí, porque la situación en la casa se ha puesto dura, y a pesar de mi marcialidad, y de mi porte y aspecto de militar impecable, de mi hoja de servicios inmaculada, no logro llegar a fin de mes, y me duele cuando las niñas lloran antes de dormirse, y bien sé que lloran de hambre.

Estamos en los primeros días de diciembre de este año de 1930, y mi carta, aún cuando me dejó un regusto amargo, por haberme tomado una atribución indebida, me reconfortó conociendo la largueza y magnanimidad del Jefe para sus soldados. Y la perspectiva de pasar, al fin, una buena Navidad como Dios manda, me curó los escrúpulos. Y allá fue eso:

> General -le escribí-, en el año 1928 me hicieron cabo, y estuve ocupando esa plaza por espacio de año y medio. Cuando el plan Davis, me redujeron a raso, otra vez. En el mes de abril de este año le escribí relativo a mi ascenso, y usted me contestó diciéndome que me tendría

> presente para cuando se presentase la oportunidad. Tal vez, por sus ocupaciones, no se ha efectuado de nuevo mi ascenso…

Claro que la demora se debe a las ocupaciones infinitas que tiene que asumir alguien tan importante y trabajador como el Jefe. De no ser así, hace rato se hubiese dignado aparecer por el cuartel, hubiese llamado a la tropa a formación, y delante de todos, en posición de firme, me habría ordenado dar un paso al frente, llamándome por mi nombre, y personalmente me hubiese impuesto las insignias de cabo. Pero aún no lo ha hecho, y por eso me atreví a escribirle, aunque ello repugne mi sentido de la disciplina.

> General -continuaba mi carta-, hace como diez meses estaba por dirigirme a usted, pero a consecuencia del mayor respeto que le tengo, no me había atrevido, pero ya que me brinda la confianza, quiero aprovechar la oportunidad para explicarle que cuando el movimiento que usted fue a atacar la loma donde estaba el general Cipriano Bencosme, puse una promesa para que a usted no le pasara nada. La promesa fue mandar a mi hijita a pedir limosna. Ya son dos meses que ella lleva vestida de algodón…

Y lo que más me duele, y me decidió a dar este paso de la carta, es que esa chiquita es la que más llora de hambre por las noches, porque regresa tarde con su latica vacía, y la cara ardiendo del sol de la calle, y ese angelito es puro hueso, y unos ojazos que me matan cuando me miran, como preguntándome cuándo le voy a dar suficiente comida, a ella, que tiene que desandar las calles vestida de penitente, para que se le conserve la vida al Ilustre Jefe, que no acaba de ascender a cabo a su papá.

> General -concluyo-, con respecto a la disciplina, lealtad, moralidad y obediencia, deseo informarle que siempre, desde que me alisté en el ejército, he observado tales reglas, y ahora, si me complace, trataré de conservarlas con más rigor, para poder ayudarle, hasta el fin.

Y entonces fue que el Jefe me respondió, o mejor dicho, me puso a prueba. Y yo recibí mi misión de boca del general Vázquez Rivera, como es lógico, parado en firme delante de ese oficial, como una estaca, y sin despedirme de mis hijitas, ni de mi mujer, enrumbé para Villa Altagracia, donde se escondía el cadete Juan Naranjo, que llevaba siete días, ausente sin premiso, y contra el que pesaba, desde hacía cuatro, una orden de arresto, a como diera lugar.

Llegué a la casa donde se me había informado debía efectuar el arresto, llevando copia de la carta del general Vázquez al Jefe. "No había querido mandarlo meter preso, hasta ahora -este informaba- para evitar un disgusto entre un oficial del ejército y un hermano suyo, pero lo pongo en su conocimiento para los fines que Usted juzgue conveniente".

Y de eso me di cuenta, no más llegar a la casa, porque saltaba a la vista que el cadete Naranjo se creía en una refugio inexpugnable, protegido bajo el ala del mayor Arismendy Trujillo, más conocido por Petán, ciertamente hermano del Jefe, y a quien, por eso mismo, suponía tan o más disciplinado que yo. Pero no fue así.

"Dígame una cosa, pendejo -me espetó no más tener en la mano la copia de la carta del general Vázquez Rivera-, usted, ¿qué hace tan tieso en mi puerta, acaso se tragó un poste telefónico? Rece porque mi hermano no se moleste conmigo, porque si eso ocurre me las pagará".

Claro que yo me deshice en respuestas lacónicas, como cuadra a un soldado. Pero el tiempo pasó, permitiendo que el

cadete huyera por la puerta trasera, mientras el mayor Petán me insultaba. Y comprendí que nada sacaría de aquel oficial tan extraño, que no respetaba disciplina alguna, ni era ejemplo para nadie. Y me largué, a buen tiempo, porque estaba al formarse una trifulca entre el mayor Petán y yo, y eso sí que no. Porque la disciplina no significaba permitir despropósitos, como aquel, pero tampoco un raso podía darle un bofetón a un hermano del Jefe, y menos aún, arrestarlo.

Y fue al llegar al cuartel, y rendir un parte al general Vázquez Rivera, sin abundar mucho en detalles escabrosos, que este dispuso mi arresto por incumplimiento de una encomienda superior, y sin mirar que no podía haber hecho más de lo que hice. Y estando en prisión, encerrado en una bartolina húmeda, destinada a los rasos desertores y quebrantadores del orden y la disciplina, fue que me enteré, por la cháchara de dos centinelas violadores de los reglamentos de la guardia, que ese mismo día en que me encerraban injustamente, el Jefe había ascendido a su hermano Petán a teniente coronel, y si bien es cierto que yo comprendo que la sangre llama, también lo es que sin disciplina, como me inculcaron, no hay ejército.

Y como estaba tan solo en mi celda, y tan olvidado del mundo, me puse a repasar lo sucedido, comprendiendo que en aquella prisión también sepultaban, en vida, mis sueños de un ascenso y la posibilidad de que mis hijitas pudieran dormirse satisfechas, sin haber antes llorado de hambre, y mi mujer, de impotencia.

Y fue entonces cuando violando la disciplina que hasta ese momento había sido el sol de mi vida, y pasando por encima de los reglamentos militares, que antes obedeciese a pie juntillas, logré mandarle a mi mujer, con uno de aquellos soldados, que a fin de cuentas, no resultaron tan malos, un sucio pedazo de papel donde garabatee una orden inapelable:

"Saca a la niña de la calle, y usa la limosna en leche. Quítale el sayón de algodón y quémalo".

Todavía no sé cómo me atreví a tanto, pero la verdad es que, lo he disfrutado mucho.

Aunque nunca me llegue el ascenso.

Número 31

LA HERIDA EN EL COSTADO

Cuando es mucho el dolor no se puede hurgar impunemente en una herida. Y este hombre lo sabe. Le han dado una tarea enorme que lo abruma, y siente que ha de andar despacio para no ahondar los males contra los que su alma se rebela. Pero el deber convoca, y nadie dirá mañana que Don Francisco Henríquez y Carvajal tuvo remilgos, o fue tibio a la hora de proponer soluciones para un problema de la Patria. Y empieza a redactar su informe, el memorándum que la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores le ha pedido sobre el escabroso tema de la inmigración haitiana a República Dominicana.

Suda en la medida que escribe. Abre las ventanas del despacho que ocupa como Ministro de la Legación en Puerto Príncipe, y los rumores de la calle le recuerdan que está escribiendo sobre gente de carne y hueso, como lo es su propio pueblo, su familia, sus amigos, él mismo, y que cuando se trata de la gente, no hay margen para errar. Es su credo, la forma en que ha encarado la vida, en todas sus circunstancias, alegres o amargas, difíciles o espléndidas. Siempre erguido, siempre con la frente alta: "Un mal de familia"-dijo-, medio en broma, medio en serio, su hermano Federico, el mismo día que le presentó a José Martí.

Es un julio caluroso de 1931, y este hombre no sabe aún que con ese memorándum, que no será precisamente el que se quería haber recibido en la corte del Jefe, está sellando su

suerte. No puede saber, ni imaginará, a fuerza de honesto y noble, que la legión de chupópteros que ya rodea al Presidente Trujillo, lejos de procurar de él la verdad, solo necesitaban razones torcidas, leña para las calderas del odio que mantiene vivo ese fuego larvado que aflora en los ojos del Generalísimo cuando se le menciona a la nación de donde vino su abuela, y el resto de los Chevaliers. Saben que sacrificando al más débil, como víctima propiciatoria ante el altar de La Era, podrán mantener a salvo sus propias cabezas, claro, mientras la fiera no se revuelva contra su entorno, como no tardarán en aprender que hará, cada cierto tiempo.

Ese informe lo llevará a otros destinos, más apetecibles, en apariencia, incluso, de más rango diplomático. Subirá en el escalafón por no mentir, no como recompensa, sino para sacarlo del medio, con guantes de seda. Tampoco Don Pancho es cualquier cosa, sino el expresidente que al desembarcar los gringos, les plantó cara, y cuando no pudo sostener la bandera, se la llevó entre sus brazos, iniciando un peregrinaje patriótico por América, denunciando la nueva expresión de la barbarie y la ilegalidad de los más fuertes. Es, y lo saben esos descoyuntados cortesanos de la Cancillería, un símbolo viviente. Y aunque no respetan nada, saben que los símbolos no son de papel, sino de acero. Y por eso le temen, y para sacarlo de Haití, pronto lo mandarán de Embajador a Francia.

> Lo que precipitó sobre nuestro país la gran masa de inmigrantes haitianos -escribe, y la cólera le aflora por los ojos, en llamaradas sucesivas, y no precisamente contra los haitianos- fue la realización parcial del postulado financiero que sirvió de base económica a la ocupación del territorio de la República Dominicana por las fuerza navales norteamericanas. Ese postulado, no publicado,

> pero si perfectamente conocido fue: "tierras baratas en Santo Domingo, mano de obra barata en Haití…".

Suficiente. No puede imaginar que con esa sencilla formulación, tan difícil de percibir a fuerza de obvia, está molestando mortalmente al Jefe, para quien el enemigo externo a invocar para cohesionar a la nación, jamás podrá ser un rubio de Oklahoma, o un señor de ojos azules de Ohio, sino siempre, por fuerza y por destino, un bracero de piel muy negra y pómulos salientes, de los que llegan a los bateyes mirando al suelo, y con un hambre que mide varias varas de largo. O una de esas mujeres que les siguen el rastro, de ojos inmensos y bultos enormes que cargan en las cabezas y se arrodillan a la vera de los caminos, a parir niños indeseados. Es la invasión silenciosa que está moviendo los límites fronterizos, llevando consigo su lengua y sus costumbres, y unos dioses feroces e incomprensibles. Así es como lo retrata la implacable maquinaria propagandística del régimen, sabedora de que contra alguien hay que canalizar las frustraciones y las rabias del pueblo. Ni más ni menos, como están haciendo contra los judíos en Alemania, ese puñado de locos, esos cuatro gatos ridículos del nacionalsocialismo, que no llegarán a nada, ya se sabe.

…Y la conclusión de ese principio -sigue escribiendo Don Pancho, y sin sospecharlo, echando puñados de tierra sobre su propia sepultura política- no pudo ser otra que: "Adquirir tierras baratas en Santo Domingo, y trasegar hacia nuestro país la población de Haití". Ese plan empezó a ejecutarse, por un lado, con la construcción del gran central Barahona, y por otro, con la construcción de la Carretera Central, derramándose luego por todo el país agrícola, y en todos los oficios urbanos, la gran inmigración haitiana, ola invasora que luego han querido contener las leyes y los reglamentos…

Este hombre sabe que está jugando con fuego. Puede que no logre medir el alcance final de sus palabras, ni los intereses que está atacando, en toda la extensión de su entramado, pero sabe que camina sobre el filo de una navaja. Y que si resbala, debajo lo esperan unas fauces inmisericordes, que lo triturarán, sin chistar. Ya ha visto cómo asciende la marea totalitaria en su país, y como van callando las voces discrepantes, y la manera triste y desvergonzada en que se pliegan al Amo los que ayer se alzaron contra el invasor, antes sin miedo a la muerte, hoy mendigando una sonrisa o una frasecita del Nuevo César. Por eso, aunque concluye su informe reconociendo el derecho que asiste a todo Estado, más en tiempos de crisis y desempleo, a cerrar sus fronteras a una inmigración, que en el caso de la haitiana, es vista por los funcionarios de Inmigración como factor de "aumento excesivo de la raza negra… y una invasión de elementos sin cultura, sin preparación y sin recursos", no puede menos que deslizar la frase final, la recomendación decisiva sobre la cuestión consultada, que es la que termina de retratar de cuerpo entero al roble centenario que Don Pancho es:

> Dadas las delicadas relaciones que ahora existen entre Haití y Santo Domingo, es preferible dejar las cosas como están, hasta que se pueda poner en práctica un sistema de inmigración fácil y seguro, que no pueda ser considerado por Haití como un acto de hostilidad contra el pueblo haitiano.

Nunca supo que cuando se recibió su informe, los alacranes de la Cancillería saltaron de gozo y salieron en estampida a ver quién se lo mostraba primero al Jefe. Sabían que a sus Altos Ojos nadie, con aquellas ideas, podría sobrevivir, y menos al frente de la Legación en Puerto Príncipe. Desde esa fecha

comenzaría su creciente ostracismo, su deambular por destinos donde solo le pedirían opinión sobre lo que el Jefe necesitaba oír, y más nada. Así se lo recordaría Arturo Logroño, a fines de 1933, cuando en medio de la revolución que derrocó a Machado, en Cuba, lo mandaron a frenar, con su enorme popularidad y buenas amistades entre los cubanos, la ola de rechazo que dejaba tras de sí el anterior ministro dominicano en La Habana, el poeta Osvaldo Bazil, tan trujillista como machadista. Y cuando intentó mantener informado a su Gobierno sobre profundas cuestiones económicas del país, Logroño, o sea, el Jefe, lo frenó con una frase indelicada que jamás olvidaría: "Limítese a informar sobre lo que nos interesa: la política cubana y las acciones de los laborantes pseudorevolucionarios dominicanos, que desde allá conspiran contra el Jefe".

Este hombre, a pesar del precio que ha de pagar, siente que ha cumplido con su deber. Firma y pone en un sobre el memorándum de tres páginas. Se va a acostar un rato, como quien se quita un enorme peso de encima. No lee antes de dormirse: está extenuado, como un guerrero, y sin saberlo, ha terminado con el yelmo destrozado y cubierto de heridas.

No supo que su informe solo sirvió para perderlo. Tampoco le hubiese importado saberlo.

Seis años después, no pudo estremecerse de horror ante la barbarie de "El Corte", ni elevar su voz justiciera para condenar a los asesinos. Murió en 1935, en La Habana.

Murió a tiempo, y los alacranes brindaron.

Dicen que también el Jefe.

Número 32

GRAN CALLE Y LA FELICIDAD

Esta Sra. Octa Charles, que dice ser nuestra madre, no lo es, sino una borracha, y también una bruja de cuidado. En verdad, no es madre de ninguno de nosotros, que ahora somos 28 en esta casa de la "Gran Calle", en el batey del Central Romana Inc. Y yo hablo por ellos, no solo por ser el mayor, pues tengo 20 años cumplidos, sino por ser el único que sabe leer y escribir, como me lo enseñaron las monjas de las Congregación de las Hermanas Oblatas del Cristo Redentor. Y mi nombre es Charles Baptiste, nacido en Puerto Príncipe: lo he recordado cada noche, repitiéndolo hasta dormirme, porque un día sabía que regresaría a mi madre de verdad, de la que me arrancaron hace más de ocho años, y que, desde entonces, jamás he vuelto a ver. Y ese día, señores oficiales, acaba de llegar.

No soy valiente, lo reconozco, sigo siendo aquel muchachito desgarbado y seco que salió un día de su casa a comprarle unos centavos de sal a su madre, y nunca pudo regresar para el almuerzo. El que sigue llorando a escondidas, porque seguro que su madre tuvo que comerse los plátanos hervidos, sin pizca de sal, solo rociados con un poco de manteca de puerco. Y he llorado donde nadie me ve, no solo porque al ser el mayor debo dar el ejemplo y evitar que los más chicos se derrumbaran, sino porque pienso que a lo mejor mi madre creyó que yo me había ido con ese dinerito de la sal. Y que ella pueda creerlo, me da sentimientos, porque si hay

alguien bueno y dulce en este mundo tan duro y frío, esa es mi madre. Y hace ocho años no sé nada de ella. Y ahora sé que la veré pronto.

Aquí me trajeron después de engañarme, como también hicieron con Raphael Paul, de 16 años, de Baradere; y con Parisien Paul, de Aquim; y con Elifaite Guillaume, de Puerto Príncipe; con Belebrel Lamun, de 12 años, de Petit Goave; y con Moristal Pierre, de 14 años, de Leogane. Los demás no, los demás fueron vendidos a la Sra. Octa Charles, y a sus compinches en Haití, por sus propios padres, abuelos, hermanos, padrastros o madrastras. Es el caso triste, por ejemplo, de Albert Henry, de Yeresme, de Dumas Pierre, de St Marc, o de Jacques Gabellus, de Cayes. Y esos si están como sin asidero en la tierra, porque ya no tienen a dónde regresar, ni con quién volver, ya no tienen familia, o mejor dicho, esas familias los borraron de sus vidas por unos centavos: sobraban, molestaban, hacían más difícil la vida que allá, es de por sí más que difícil, y siempre son demasiadas las bocas a mantener. Y aún así, señores oficiales, ellos me han dicho que quieren regresar.

Y fue por los pueblos recónditos y las ciudades polvorientas, por donde aparecían Abadía y César Simó, los dos enviados de la Sra. Octa Charles, o ella misma, a veces, a bordo de un destartalado autobús con la inscripción "La Felicidad" en ambos costados, y dentro muchas cortinitas floreadas, juguetes y caramelos baratos sobre cada asiento, y un viejo gramófono de la RCA Víctor atronando con alegres sones del Trío Matamoros. Se paraban en cualquier esquina, e iban invitando a subir a los niños, que como era de esperar, se acercaban con la boca abierta, y unos ojazos de hambre y sorpresa. Los recibían en la puerta y les preguntaban si querían dar una vuelta en el "Autobús de la Felicidad" y, después de

probar, decidieran si querían ir a vivir con ellos a "La Gran Calle", donde había más juguetes y mucha comida, música como aquella, y podrían ir a la escuela y vestirse bonito, estrenando, incluso, algo que ninguno había conocido: zapatos.

Así es como ellos iban llenando a "La Felicidad" por las carreteras de Haití, como el que cosecha yuca o maíz. Los muchachos montaban, comenzaban a tocar los juguetes, se llenaban la boca de caramelos, y enseguida se quedaban dormidos, como cachorros, porque les ponían adormidera, para que luego no se echasen atrás. Y cuando la cosecha era magra, pues la gente empezó a murmurar y sospechar, y los chicos se hicieron más desconfiados y ariscos, y también los policías y gendarmes de la frontera comenzaron a cobrar más de la cuenta por mirar a otro lado, entonces cambiaron la táctica, y dirigieron la propaganda a los padres, abuelos, padrastros y madrastas, convirtiendo el secuestro en una operación "legal" de compra-venta.

Fue así que la decoración interior de "La Felicidad" cambió, señores oficiales, convirtiéndose en una bodega ambulante, y al cambio solo escaparon el viejo gramófono de la RCA Víctor y los alegres sones de Los Matamoros. Ahora, sobre los asientos, en el fondo y los pasillos, se apilaron cajas con latas de mermelada, sacos de azúcar, sal y víveres. Del techo colgaron ristras de tocino, embutidos y pencas de bacalao noruego. Y así, lo mismo la Sra. Octa Charles que los otros, cuando llegaban a algún caserío perdido, parqueaban y salían con un gramófono de feria a invitar a los hambreados pobladores a disfrutar de un refrigerio, que iba por la casa, a degustar unos jarros de ron clerén, que también iba por la casa, y a hablar de negocios. Y así se cerraron muchos de los tratos que trajeron a "La Gran Calle" a decenas de

muchachos, traicionados por su misma sangre, traficados como pollos.

Pasar la frontera con aquella carga jamás fue un problema. Si se pagaba de ambos lados, los niños se volvían invisibles. Y tanto la Sra. Octa Charles, como Abadía y Simó, pagaban, religiosamente, porque el negocio daba, y daba bastante. Tanto los sobornos, como los gastos fijos que ocasionaba la compra de las baratijas que se usaban para soliviantar voluntades, o pescar muchachos con anzuelos de caramelo, no eran obstáculo para que las ganancias creciesen. Cientos de niños pasaron, de esta manera, directamente de sus familias a esta especie de inmundo barracón de esclavos que, como ustedes pueden ver, es la casa de la Sra. Octa Charles, aquí en el central Romana, en este otro país a donde nos trajeron para ser usados como mano de obra barata en las plantaciones. Porque el verdadero negocio de la Sra. Octa Charles, bruja y borracha, que dice ser nuestra madre, es el arriendo de nuestras escasas fuerzas a quienes les paguen, lo mismo en la zafra, que en labores de conucos, acarreando agua, cuidando animales, levantando cercas, o chapeando los cultivos. Nos mata de hambre y estamos casi desnudos, sin los zapatos prometidos. Ella se queda con los salarios que recibimos, porque, una vez yo escuché que le pagaban 25 centavos diarios por cada uno de nosotros, o sea, siete pesos, que es bastante dinero, y solo nos da unos centavos, cada quince días.

Y por eso, cuando llegaron ustedes, señores oficiales dominicanos, y tocaron a la puerta de esta farsante y abusadora que vive chupándonos la sangre, y por engaño o por dinero, nos arrancó de nuestras casas, cerrando para muchos, definitivamente, el camino de vuelta a sus familias, sentí que regresaba a la tierra el Dios misericordioso y bueno que aprendí a querer con las Hermanas Oblatas. Y por eso,

cuando todos los demás muchachos estaban callados y solo miraban al suelo, yo me decidí a hablar, a denunciarla, y es lo que hago, porque esta bruja, borracha y explotadora, se lo merece.

Gracias a Usted, primer teniente Euclides Gutiérrez Abreu, y a Usted, capitán Antonio Álvarez, que llegaron hasta "La Gran Calle" a indagar, enviados por el general Héctor Bienvenido Trujillo, jefe del Estado Mayor, como nos cuentan que les ordenó, mediante el oficio 4016, del 1 de septiembre de 1937. Y así, mientras levantan el acta donde corroboran las denuncias iniciales de la Legación de Haití, con fecha 15 de agosto, presentada al Dr. Balaguer, subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores, sobre un tráfico de menores existente entre ambos países, y que este, a su vez, pidió al Ejército Nacional realizar la indagatoria de rigor, con fecha 21 de agosto, yo les voy dictando los nombres, las edades y la procedencia de todos. Y sumamos 28.

Y gracias también por escribir en el acta, regada con las lágrimas de fingido arrepentimiento de la Sra. Octa Charles, que jura y perjura que nos quiere y nos trata como a sus propios hijos, y que solo pretendía arrancarnos de manos de la miseria en Haití, para hacer de nosotros hombres de bien y de trabajo, gracias, repito, por haber escrito ahí que "…los niños, en cuestión, quieren regresar a su país, por el mal trato que les da la Sra. Octa Charles… y que esta nuestra opinión que la citada señora deberá ser deportada, a fin de que responda ante la justicia de aquel país…"

Y, en medio de un alboroto enorme, después que sacaron de la casa de "La Gran Calle" a la Sra. Octa Charles, con los brazos atados a la espalda, fue que ustedes, queridos oficiales dominicanos, nos indicaron abordar el destartalado autobús "La Felicidad", para efectuar el viaje de regreso. Y todos

saltamos de alegría, y cantamos todo el trayecto, sin echar de menos al viejo gramófono, ni a los sones cubanos, ni a los caramelos de nuestra perdición, ni a las cortinitas floreadas, ni a los juguetes baratos sobre los asientos, algunos imaginando que sus padres no fueron culpables de nada, y yo soñando con entregar a mi madre, la más dulce de las madres, el único regalo que he podido guardar para ella en todos estos largos años de penurias y miserias: un puñadito de sal.

Y extenuados de hambre y cansancio, el mismo con el que llegamos a este país, pasamos la frontera, y ni nos percatamos, porque todos íbamos profundamente dormidos, como si hubiésemos chupado caramelos marcados. O como si todo lo sucedido estos años hubiese sido solo una pesadilla.

Número 33

LOS MEYERS YA NO VIAJARÁN....

Este hombre, que se llama Emilio Sigler, está temblando de pies a cabeza. Nadie lo diría en alguien de su corpulencia y carácter, mucho menos en quien, con mano de hierro y corazón blindado, lleva los asuntos relacionados con el importante cargo que ocupa en el gabinete del Jefe: el de Director General de Inmigración, adscrito a la Secretaría de Interior y Policía. Pero no solo está temblando, como una frágil florecilla zarandeada por el viento, sino que se ha puesto pálido, y ha dejado caer de sus manazas el ejemplar de *El Caribe* que recién leía. Y desde el suelo aquellas enormes letras del titular siguen entrándole por los ojos, chupándole las fuerzas, y haciéndolo buscar un sillón donde echarse, sin aliento…

> Decenas de divisiones el Ejército alemán invaden Holanda, Bélgica, Francia y Luxemburgo… Encarnizados combates en La Haya, Amsterdam y Rotterdam… Desembarcos aerotransportados, hidroaviones, tanques y trenes blindados garantizaron ventaja inicial a los atacantes… Destruida en tierra la Fuerza Aérea de los Países Bajos… El Partido Nazi Holandés actuó como quinta columna… Se desconoce paradero de la Reina Guillermina I y el resto de la Familia Real…

Emilio Sigler traga en seco y no atina a nada que no sea sudar y pasarse las manazas por la cara, como queriendo espantar las letras leídas, que lo han dejado como un muñeco

sin cuerda. Pero no puede. Por primera vez en su vida militar comprende que ha cometido un error estratégico, y que por dejar pasar detalles importantes, por confiarse, ha terminado metido en una situación tan comprometida, como la de las tropas del general Henri Winlkeman, comandante en jefe del ejército holandés, y que comprenden ahora, bajo el fuego de los aviones Stuka, y las oleadas de paracaidistas alemanes descendiendo sobre cada rincón del país, que en la Europa de Hitler, Mussolini, Stalin y Churchill, la neutralidad dejó hace rato de existir, y que solo de haberse armado a tiempo, y preparado a conciencia, quizás, hubiese retardado, que no evitado, la catástrofe. Y Emilio Sigler siente miedo, el mismo miedo animal, instintivo, que sacude a los combatientes bisoños holandeses que están ahora enterrados detrás de la Línea de Agua, bajo el fuego inclemente de 1378 piezas de artillería, 759 tanques y 1150 aviones, intentando detener el avance de 750 mil soldados alemanes, bajo el mando del general Fedor Von Bock.

Dos meses y cinco días antes de este amanecer terrible, de esta mañana sombría del 10 de mayo de 1940, Emilio Sigler había respondido, cortésmente, el oficio 556, del 28 de febrero, mediante el cual el Tesorero Nacional le había comunicado que The Royal Bank of Canadá avisaba tener a su disposición la suma de US$2500 para cubrir los pagos de los impuestos requeridos para que una familia de acaudalados judíos holandeses, los Meyers, pudiese emigrar a República Dominicana. En su contestación a Virgilio Abreu, el tesorero, Sigler había afirmado, escuetamente, que tomaba nota del asunto, y nada más. Para calmarse, pensaba ahora, no podía haberse detenido en aquel asunto, por la sencilla razón de que cada día su despacho era inundado por peticiones similares de familias judías de todos los rincones europeos,

canalizadas a través de los consulados dominicanos, pero también de diferentes iglesias, sociedades fraternales, gremios profesionales, organizaciones de socorro y caridad, legaciones de otras naciones americanas, empresas y universidades, galerías de arte y bibliotecas, clubes de bibliófilos, gabinetes de psicoanalistas, teósofos y ocultistas. Toda aquella avalancha, detrás de la que podían adivinarse miedos cervales, desesperaciones conmovedoras, tragedias personales, y el olor dulzón de la muerte, no alcanzó nunca a conmover el corazón de Emilio Sigler, quien tramitaba los reclamos con la pulcra indiferencia de un funcionario ejemplar: no se les admitiría en el país, pues según las directivas del Gobierno, lo que la República necesitaba eran inmigrantes blancos y agricultores, capaces de interponerse entre el país y aquella otra avalancha levantisca haitiana, que a pesar de los tratados firmados, y de "El Corte", de 1937, seguía perforando y moviendo los límites fronterizos. Y como para el Jefe, los judíos no eran ni una cosa, ni la otra, las puertas para ellos seguirían cerradas.

Claro, también Emilio Sigler sentía, como el Jefe mismo, y el resto de los oficiales y funcionarios de su gobierno, una indiscutible fascinación por "los líderes fuertes" que estaban cambiando la faz de Europa, como si se tratase de rectificar siglos de debilidades, anarquías, errores raciales y demagogia liberal. Y no había razón alguna para enemistarse con aquellos, acogiendo o mostrando alguna simpatía por estos. "Que cada cual cargue su cruz -se reconfortaba pensando al dar un carpetazo a cada una de aquellos alaridos desesperados que eran las solicitudes de visado de los judíos europeos- como mismo se la hicieron cargar al Redentor". Y seguía, satisfecho en su rutina habitual.

Pero Emilio Sigler ahora no para de sudar, siente, incluso, cierta opresión sospechosa en el pecho. ¿Cómo pudo, en el caso

de los Meyers, no haberse dado cuenta, a tiempo? ¿Cómo pudo estar tan ciego, o tan indiferente, o tan dormido, embutido en su impecable uniforme militar y sus botas lustrosas?

Ahora, hurgando en su mente, recordaba que el 5 de marzo, el tesorero nacional, Sr. Abreu, le había reenviado el texto de un radiograma recibido desde Ámsterdam, mediante el cual Ernest Meyers, el cabeza de la familia, comunicaba que "…por gravedad súbita de nuestra madre, estamos imposibilitados de viajar… Ruégole devolverme telegráficamente la suma enviada para los impuestos, menos gastos…".

Así fue, recordaba: los Meyers ya no viajarían, bien por decisión familiar, ante la inesperada indisposición de la matriarca del clan, o por haber hecho el balance de costos-beneficios del proyectado desplazamiento de vidas y negocios, desde el corazón de Europa a una isla desconocida del fin del mundo. Y en ese preciso momento, se lamentaba ahora un desfallecido Emilio Sigler, fue cuando su aguzado olfato de perro de presa debió alertarlo. Y esa alarma fue la que jamás se dejó escuchar. Y ojalá no fuera ya tarde para actuar, como la situación exigía, piensa.

Y este hombre fuerte y decidido, de bruscas maneras militares, siente, de pronto, que una reconfortante oleada de calor lo invade, ascendiendo desde los pies hasta la cabeza. De golpe recobra la compostura, deja de sudar y le regresa aquella fiereza natural de peleador nato, que lo ha sacado siempre con ventaja de cada trance. Este hombre es de nuevo Emilio Sigler, el director general de Inmigración del Jefe: duro, despiadado, inconmovible, enérgico, aplomado… Y, no sin cierta vergüenza, se levanta de un salto, pisa el ejemplar de *El Caribe*, que sigue anunciando desde el suelo el hundimiento del gobierno holandés y la ineludible incorporación del país al Reich, y se sienta a su escritorio, del que penden los

tenues hilos que hoy separan la vida y la muerte de muchos fugitivos y perseguidos. Y siente de nuevo ese enorme poder que le endereza los hombros, le tonifica los músculos y hasta le provoca cierto cosquilleo de poder en la entrepierna.

Una semana después, toda resistencia ha concluido. Ya se sabe la magnitud del desastre: Ámsterdam inmisericordemente bombardeado y reducido a cenizas, con el costo de 900 vidas de civiles sacrificadas. El Gobierno y el Ejército holandés, rendidos, la Reina obligada a huir a Londres, donde ha formado un gobierno en el exilio, tras eludir a los oficiales alemanes de las SS, que se habían entrenado en el protocolo para poder mostrar maneras elevadas al arrestar a la Casa Real. Y lo peor: medio millón de judíos holandeses, entre ellos los Meyers, atrapados y sin salida, a merced de aquel poder ciego y metódico, que hizo de su exterminio total un slogan movilizador del pueblo.

Pero Emilio Sigler presenciará todo eso desde la distancia, desde su despacho, cómodamente instalado, y dando las órdenes que cuadraban al capitán de un buque que se hunde, pero tiene el deber, y la fuerza necesaria, para salvar lo esencial del naufragio. Y lejos de aquel momentáneo desconcierto del 10 de mayo, el Director General de Inmigración sabrá enfocarse y actuar, leyendo, con gusto, papeles gubernamentales que, a cada paso, le darán la razón.

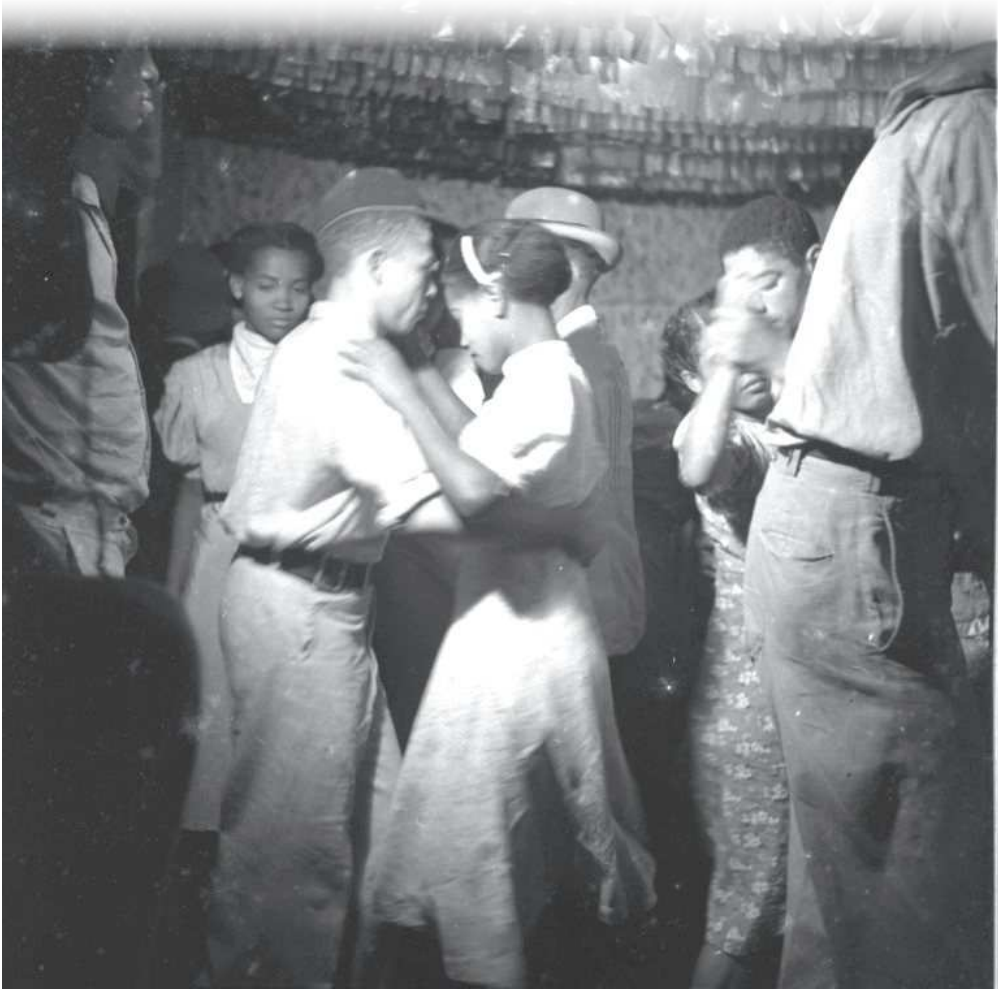
> Lo judíos holandeses -escribía Carlos Brebbia, el embajador argentino en los Países Bajos, en un informe confidencial a su gobierno, convenientemente "caído" en manos del Jefe, y circulado por este entre sus incondicionales- no son los pobres judíos de Varsovia. Pertenecen a la categoría de los magnates de las finanzas, la industria y el comercio. Dominan la Bolsa de Diamantes, el Mercado de Valores, la Cámara de

> Cereales, y ejercen gran control sobre la "Royal Dutch" y la "Shell"… (Por ellos), como no está en nuestras posibilidades vencer al Minotauro, sería locura desafiar sus iras.

Emilio Sigler, ya no es más aquel muñeco fláccido y desmoralizado de hace unos días. Sonreía, henchido de poder y autosatisfacción cuando, después de la rendición holandesa, y dando por perdidos a los Meyers, dictó una carta privada dirigida al Tesorero Nacional. En ella le insinuaba, muy discretamente, la alta conveniencia patriótica de reclamar al The Royal Bank of Canadá, para empezar, aquel suculento depósito de los inmigrantes que nunca viajaron, y que pronto, gracias a la maquinaria nazi, ya nadie podrá seguir reclamando.

Número 34

EL OTRO NOMBRE DE LA POESÍA



En quince archivadores metálicos, perfectamente dispuestos y con sus gavetas repletas de fichas sujetas por guías de acero, el Jefe guarda el nombre de cada uno de sus corresponsales nacionales y extranjeros. Mejor dicho, sus nombres, no las cartas enviadas o recibidas por ellos. Hágase usted la idea de cuántos nombres están allí registrados, si le digo que cada archivador tiene seis gavetas grandes, y en cada una de ellas se apretujan miles de fichas de cartulina de colores: rojo para los enemigos, blanco para los amigos, gris para los desconocidos o indiferentes. ¿Quién duda que el Generalísimo es, no solo el orden en persona, sino, y sobre todo, un inspirado poeta?

Cada una de esas fichas consigna un nombre, al que se otorga un número. Este último remite a otros archivos, donde en enormes estantes que llenan todo un piso de Palacio, se apilan cajas y legajos, bultos de documentos que contienen las cartas aludidas. El Benefactor no permite que se bote nada, ni siquiera el menor pedacito de papel, ni el más corriente de los sobres, ni un sello antes marcado en las estafetas de cualquier país del mundo. Toda comunicación que se le dirige, o cada carta que dicta entra, por derecho propio, a este enorme laberinto de las pasiones humanas que es la colección de su correspondencia personal. Aquí cualquier afortunado investigador del futuro podría hallar respuesta a enigmas históricos, hasta ahora insolubles, como por ejemplo,

quién brindó y cómo se organizó el apoyo aéreo decisivo para que el año pasado la CIA sacase del poder al coronel Jacobo Arbenz, presidente de Guatemala, o con qué apoyo monetario y logístico se pudo conspirar en Daytona Beach, Florida, para que Fulgencio Batista, general cobarde, se atreviese a regresar a Cuba y dar el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952.

Pero eso no ocurrirá, porque este ejemplar gobernante que ha organizado, para su provecho, este templo de papel, escrupulosamente organizado, numerado y etiquetado, lo ha hecho para su propia grandeza, o sea, para ampliar y asegurar su poder benéfico, no para alimentar esas tonterías de las investigaciones históricas. De hecho, y aquí entre nosotros, nada le importa la Historia a quien es su amo, el único con derecho a tener su timón entre las manos, y llevarla de aquí para allá, cumpliendo su voluntad y sus planes, como si se tratase de una yunta de bueyes dóciles y cansinos.

Claro que no todas las cartas recibidas o enviadas versan estrictamente sobre temas políticos, ni solo contienen, como la mayoría, confidencias, peticiones, ruegos, amenazas, claudicaciones, desafíos, alabanzas, maldiciones, profecías, planes, propuestas de negocios y súplicas. Hay también cartas de amor, versos de mal gusto y ofertas de alcoba, pero esas van a parar a unas cajas aparte, que antes fueron pintadas de rosado, por orden expresa de Su Alta Previsión. Ya ve: me dará Usted la razón de que estamos ante la afortunada encarnación de un gran poeta.

Tomemos al azar una de estas fichas, por ejemplo, esta de fondo blanco en la que se anota un nombre: "Pedro Troncoso Sánchez, Presidente del Instituto Dominicano de Cultura Hispánica", al que se ha asignado el número 18,457. Vayamos ahora por estos pasillos de Palacio en busca de los estantes repletos de documentos, saludemos a los guardias que cuidan

la entrada del depósito, y pidamos al solícito empleado, un atildado viejito de guardapolvo impecable y espejuelos de cristales verdes, que nos localice los legajos correspondientes al número 18,457. Mientras esperamos, mire Usted la robustez de estos estantes de cedro, la alineación perfecta de cada caja, la ausencia de polvo, y me dará la razón si le digo que cada archivo se parece más a su dueño que su perro, o su esposa de muchos años.

Ya tenemos ante nosotros un abultado legajo. Veamos, por ejemplo, esta carta del 19 de noviembre de 1954, enviada por Pedro Troncoso Sánchez, todavía rector de la Universidad de Santo Domingo, al entonces presidente, el general Héctor Bienvenido Trujillo, el Hermanísimo, que de vez en cuando le cuidaba la silla al Jefe, mientras este viajaba, se dedicaba a comprar vacas y caballos, o a los objetos galantes de su desaforada satiriasis, macho cumplido que es. En ella le informaba sobre la primera reunión de la Junta Directiva del recién nacido Instituto Dominicano de Cultura Hispánica, y que se necesitaban $1,500.00 mensuales, ni uno más, ni uno menos, para echar a andar el mamut nacido del encuentro sostenido en España, meses antes, por los dos Generalísimos. Testimonio, además, del deber compartido que los lanzaba a enfrentar, a como diese lugar, esas incansables conspiraciones judeo-masónicas-bolcheviques que asolan la cristiandad, y ante las que solo cabe interponer el inexpugnable valladar de una hispanidad anclada en Santa Teresa de Jesús, Carlos V, Covadonga, los Reyes Católicos y el Cid Campeador.

En esta otra carta, remitida al día siguiente de la anterior, el Hermanísimo arrendatario de la Presidencia, como era de esperar, y a pesar de su conocida cortedad y cautela en asuntos presupuestarios y erogaciones que no fuesen directamente a las cuentas del Clan Augusto, no titubeaba en ordenar al

Director del Presupuesto Nacional, que se otorgase al Instituto Dominicano de Cultura Hispánica la asignación mensual solicitada. Y así se hizo, pues en estas otras que Usted ve aquí puede seguirse, paso a paso, el andar imparable del Instituto, astro ascendente en el horizonte de un limitado panorama cultural doméstico.

No se asombre, amigo mío, que pueda hallarse tanta información en estos papeles. Aquí está la historia de todo y de todos, incluso, la sórdida de muchos que mañana se presentarán como paladines de la democracia y escudos insobornables de la libertad, sin haberlo sido nunca. Pero pasemos piadosamente, por ahora, la página de esta Historia Natural de las Debilidades Humanas para seguir ahondando en todo lo que nos reserva este número 18,457… Mire aquí otro milagro de prodigalidad: el que otorgó una sede adecuada al Instituto.

En efecto, no más haberse constituido, como es costumbre para toda institución que nace en cuna de oro, aparecieron las necesidades, y no solo de presupuesto, sino también de personal, de cargos, de oficinas, y de otros locales capaces de engrandecer y adornar al recién nacido. Aquí, por ejemplo, en esta carta del 1 de febrero de 1955, el Presidente del Instituto informaba al otro Presidente, que en reunión plenaria de los miembros, celebrada el 10 de enero de 1955, a las 8 de la noche, en los salones del Ateneo Dominicano, se había acordado crear el cargo de director ejecutivo y designar para el mismo a Franklin Mieses Burgos, y a Carlos Curiel, como secretario de la Presidencia ; que se pagaría $8.00 pesos por hora de clase a los profesores que se contratasen, y que, a falta de algo más adecuado, se habían arrendado cinco apartamentos en la segunda planta del edificio Ocaña, situado en la calle arzobispo Meriño, esquina a General Luperón.

Y he aquí que, apenas un mes después, en nueva carta que algún irreverente podrá pensar que fue escrita por las insaciables hermanas de Cenicienta, o por Masikas, la ambiciosa mujer del pescador, que figura en el cuento *El camarón encantado*, hallamos, ya Usted ve, una nueva exigencia del Instituto: el otorgamiento de la casa ubicada en la calle Mercedes 38, que será próximamente desalojada por el Banco Central, en vísperas de mudarse a un nuevo local. Y contra todos los pronósticos, y muestra de inusual prodigalidad, apenas una semana después, puede Usted comprobarlo por sí mismo, tenemos la respuesta afirmativa del Hermanísimo, la que fue remitida por Porfirio Herrera, secretario de la Presidencia, en carta a Troncoso Sánchez.

Todos sabemos, usted y yo también, que desde su despacho en Palacio, o desde su yate; desde la hacienda Fundación, o desde la Casa de Caoba; desde New York, o Elías Piña; desde el último caserío de la nación, o caminando por el Malecón, el Jefe siempre es el Jefe: el que decide todos y cada uno de los asuntos del país, y así ha sido por décadas. Y por eso, en el fondo, no puede sorprendernos, ni lo fulgurante de las respuestas positivas a las interminables demandas de este hijo que resultó ser el Instituto Dominicano de la Cultura Hispánica, ni la milagrosa y ciertamente desusada prodigalidad de la Casa Real con sus repetidas exigencias terrenales.

Y ya pudo usted comprobar todo lo que nos deparaba la ficha alba, la de los amigos, donde junto a un nombre alguien fijó también este escueto 18,457. Y no se devane más los seos, amigo mío, solo imagine la de historias que nos aguardan si logramos atravesar esta selva espesa de números sin fin, por supuesto, con la Elevada Anuencia del Jefe. Pero tenga por seguro que, con nuestras credenciales, el Benefactor no nos vetará el acceso a sus bodegas documentales, ni el placer de

constatar, en este país tropical, la teutónica eficiencia del viejo empleado del guardapolvo impecable y los lentes de cristales verdes.

Por algo somos, Usted y yo, miembros correspondientes del Instituto Dominicano de Cultura Hispánica, aprobados a punta de lápiz por la Augusta Mano. Y no es casual tampoco que hayamos escogido, entre tantas tarjetas de los archivadores, precisamente la número 18,457…

Por algo servimos, incondicionalmente, a semejante poeta, espejo de la lengua hispana.

Número 35

UN ELEGANTE CAZADOR DE HARVARD

Había resultado una larga cacería, una de las más prolongadas en las que el Jefe personalmente participara. Es posible que aquel 30 de mayo de 1961, en la soledad de la carretera, tambaleante, y abrazado ya a la muerte, debió recordar que pocas, muy contadas de las piezas que se propuso algún día sumar a su colección de trofeos, habían logrado evadir su pulso certero, y esa paciencia del cazador consumado, que a la larga, como le estaba pasando a Él mismo, era la que lograba a abatir el blanco, por ágil y escurridizo que fuese. "A quien velan, no escapa" -solía decir-, cuando entre tragos, y entre cómplices, celebraba la noticia de que había mordido el polvo alguno de los dementes que lo desafiasen, a veces a miles de kilómetros de distancia, y sin importar los años transcurridos.

Porque el Jefe jamás olvidaba, y mucho menos perdonaba. Eso no estaba en su constitución mental, ni física. Sus ofensores podían poner tierra de por medio, cambiarse el nombre, acogerse al amparo de grandes potencias, claudicar, hacer actos de contrición, recibir perdón público, incluso, prestarle importantes servicios: no importaba, tarde o temprano se levantaba un día en la mañana, y como de la nada, mientras saboreaba la taza de café con la leche de sus queridas vacas de la hacienda Fundación, le bastaba preguntar a sus edecanes, como de pasada, que dónde estaba fulano o perencejo, del que hacía rato no había oído ninguna noticia, para que estos

tomasen nota, sin necesidad de preguntar nada, y le pasasen el nombre de inmediato al encargado de turno, a veces Félix Wenceslao Bernardino, otras Anselmo Paulino, Navajita Espaillat, o Johnny Abbes. Así, entre finos manteles y platillos con mantequilla, fuentes de embutidos y jamones serranos, huevos fritos, tostadas, víveres y quesos franceses habían rodado los nombres, y las cabezas, de Mauricio Báez, Pipí Hernández, José Almoina, Jesús de Galíndez, Requena, el guatemalteco Castillo Armas, el general Vázquez, el coronel Blanco, el mayor Vallejo, Rafael Estrella Ureña, y tantos otros, mientras que en el selecto grupo de los sobrevivientes quedaban, a veces malheridos, y siempre temblando, afortunados como Ángel Morales, Tancredo Martínez y Rómulo Betancourt.

Es casi seguro que hacia aquellos desayunos de sentencia, hacia tales escenarios del Juicio volase su mente en el instante postrero, en la oscuridad de la carretera a San Cristóbal, mientras se tambaleaba con el costado agujereado por los perdigones de una Remington, cañón recortado, y aún disparaba contra sus atacantes con su Colt 38, modelo Cobra. Porque si algo debió llevarse el Jefe, en su lucidez postrera de cazador cazado, debió ser la certeza de que a quien velan, no escapa.

Y mira que había tenido que velar al gringo engreído aquel, el hipócrita culpable que desde 1930 le había declarado la guerra escondido en las sombras, arrastrando su buen nombre de estadista por los pasillos del gobierno de Washington, predisponiendo en su contra a presidentes y congresistas, empresarios y periodistas. Mira que había resultado dilatada, y a ratos descorazonadora, la cacería a que lo sentenció desde que leyó las cartas y cablegramas que cruzó con Ángel Morales y Federico Velázquez, esos despojos cabeciduros del horacismo, alentándolos a resistir el movimiento que derrocase al viejo Presidente enfermo.

Macho bragado, tigre que había vivido toda la vida haciendo su real voluntad, dios caído a la tierra y que ha visto a tipos duros de verdad temblarles las rodillas y quebrársele la voz bajo su mirada implacable, respetado y mimado por asesinos sin corazón, el Jefe jamás pudo sentir el menor respeto por Benjamín Sumner Welles, figurín pálido y estirado, de grandes entradas y bigotico a lo David Niven, siempre impecablemente vestido con costosos trajes cruzados a rayas, sombrero de fieltro, corbatas exquisitas, maneras refinadas y mirada burlona, que era Subsecretario de Estado norteamericano, y el más escuchado asesor de Roosevelt en temas de política exterior. Graduado con honores en Harvard, retoño del tronco aristocrático de familias de Boston y New York, rico, culto y liberal, fanáticamente defensor de la libertad individual y los gobiernos constitucionales, el Jefe lo caló desde la primera vez que lo vio y supo, por su mirada acerada y el rictus de asco que descubrió replegado en la comisura de sus labios, al extenderle la mano, que siempre tendría un enemigo irreductible en aquel maniquí emplumado, y que si bien merecía varias trompadas, jamás podría dárselas de propia mano, sin desatar después una cascada de marines sobre las costas de Quisqueya.

Y la vida solo vino a confirmar su intuición, lo recordó en el momento final, cuando ya no se oía en la oscuridad la carabina M1 con la que su fiel chofer, el capitán Zacarías, había hecho 30 disparos, y él iba de caída, a un costado del acribillado Chevrolet Bel Air, del año 1957, en el que hasta hace apenas unos minutos viajaba el corazón de la nación… Y se dijo, rodando al abismo, que mira que aquel gringo le había dado brega, y que no importaba que lo hubiesen cazado al fin, en 1943, colaborando sus agentes con los del FBI, y con el mismo Cordel Hull, el secretario de Estado, si al cabo de tanto

tiempo y esfuerzos, Él bien sabía, y no podía ser de otro modo, que aquellas manos parricidas que apretaban los gatillos de las armas con que lo mataban, y las armas mismas, solo podían hacer lo que hacían con la venia imperial todopoderosa y omnipresente. Y a ese odio cerval contra su persona y su forma de gobierno, había contribuido, como nadie aquel Benjamín Sumner Welles de su desgracia.

Roberto Despradel, buen conocedor de la política norteamericana y, como embajador, uno de sus principales muñidores, le había escrito, lo recordaría, una extensa carta sobre el personaje, fechada el 15 de febrero de 1938:

> Usted ha logrado vencer a Sumner Welles -afirmaba- con el arreglo del incidente haitiano. Ahora, más que nunca, creo que no cejará en su propósito de buscar alguna oportunidad, en forma de trampa internacional, que le permita intervenir en nuestro país, sacándonos del poder con el visto bueno del continente. Él está convencido de que es imposible hacerle a usted una revolución triunfante, y por eso, todos sus esfuerzos por tumbarnos se dirigen al campo internacional… Sumner Welles actúa por los intereses de su Gobierno y los mandatos de su increíble inquina personal… Hay que iniciar una labor de sensata, tranquila y firme destrucción de su propaganda contra Usted…

Y así actuó, solo que a su manera, pues quien se la hacía, se la pagaba, por mucho currículum de Harvard que exhibiese, o conversaciones sobre arte gótico, o filosofía griega pudiese desplegar. Porque para el Jefe, aquella recomendación de Despradel estaba bien, y le gustaba lo de destruir, pero de sobra sabía que para acabar con la propaganda enemiga, había que acabar primero con el propagandista, como mismo para acabar con la rabia, antes había que matar al perro. Y fue por

ello que decretó el fin de la veda que había protegido hasta el momento a ese etéreo figurín que se atrevía a desafiarlo. Y se había puesto, personalmente, al frente de aquel safari.

Derrochando dinero, comprando secretos, recorriendo los bajos fondos, pagando reporteros de escándalos, frecuentando burdeles para homosexuales, viajando en los *pullmans* que penetraban en el sur profundo de los Estados Unidos, sus agentes fueron reconstruyendo, para su gozo, y también para su morbo, la vida inconfesable de aquel brillante diplomático, calando en terrenos que ni el mismo FBI había logrado hollar. Al final, reconstruido el mapa de sus pasiones nefandas, y comprobada su predilección por los camareros negros de los *pullmans*, el Jefe se consideró listo para asestar el zarpazo final contra su presa. Solo lo hizo cuando su Embajador en aquel país reportó que el enfrentamiento entre Sumner Welles y Hull, el secretario de Estado, había alcanzado sus cotas más altas. A este le fueron entregadas declaraciones, fotos, pruebas irrebatibles, logrado todo a punta de oro, según las cuales, en 1940, a bordo de uno de aquellos trenes de sus apremios, donde regresaba de Alabama, Sumner Welles había protagonizado, medio borracho, un escándalo que involucraba a dos sirvientes de la tripulación. Todo aquello fue después entregado, en su momento, al embajador Bullit, y este lo hizo llegar, con toda intención, a tres senadores y a un periodista escandaloso, de apellido Krock. En 1943, trece años después de haber cruzado sus primeras armas contra el Jefe, y a pesar de la resistencia del presidente Roosevelt, el otrora intocable Benjamín Sumner Welles renunció a su cargo y desapareció de la vida pública.

Sobre el asfalto, y viendo acercarse a las siluetas armadas que venían a rematarlo, el Jefe sonrió con una mueca ensangrentada, recordando la parranda olímpica de tres días con la que celebró el victorioso final de aquella cacería, una

de las más largas y costosas de su vida. Luego un relámpago, y antes del silencio definitivo, le fue dado escuchar, como dicho por Él mismo, aquella frase sabia de que a quien velan, no escapa.

Pero no la había pronunciado allí ninguno de sus atacantes, sino que le llegaba desde la mañana siguiente a su muerte. Al leer los titulares de la prensa, la había pronunciado un elegante anciano, que fumaba en su mansión de Bernardsville, New Jersey, junto a un libro de Platón: una vieja costumbre adquirida en Harvard.

Número 36

LA EXTRAORDINARIA FUGA DE ELENA DE HANDAL

No me importa estar en esta celda inmunda, en la oscuridad, golpeado y sangrante. Yo sé que mi vida pende de un hilo tan delgado como las hebras de su cabello, y su recuerdo, su olor y esa mirada tremenda con que me caló desde que la vi llegar, me dan fuerzas para aguantar. No me importa, incluso, que entren de nuevo estas bestias que reparten golpes a los presos para poder irse a dormir en paz. No me inquieta que, por haber sido oficial, o quizás, ¿quién sabe?, por todavía serlo, ellos se ensañen cada noche conmigo. Puedo ver el placer animal de estos rasos carniceros en el lento machacar de mi cara, en su predilección por aplastar mi nariz y por salpicarse con la sangre que salta de mis labios. Ya nada me duele, y, claro, ellos no pueden saberlo, y por eso siguen, bufando, jadeando, turnándose en la labor de quebrarme a golpes, de molerme por placer, por impunidad, por morbo, por vengar la manera en que otros oficiales los han tratado antes. Y ni imaginan que mientras me machacan, yo estoy lejos, muy lejos, tan lejos como se puede estar en los brazos de Elena de Handal, o sea, del otro lado del mundo.

Aparentemente todo comenzó hace más o menos un mes, cuando estando de servicio en el paso fronterizo que separa Dajabón de Haití, se acercó a la línea de demarcación un auto destartalado, cubierto de polvo, ronroneando como un gato y chirriando a cada golpe del timón y de los frenos. Recuerdo que lo vi acercarse en medio de la quemazón del mediodía,

cuando parece que la tierra se levanta, volatilizada por el resol, y se sabe, de sobra, que los perros no siguen a los amos por la calle. Estaba yo sentado en una silla recostada a la garita, y miré, involuntariamente, a mi reloj de pulsera. Sin saber cómo ni por qué, se me escapó algo así como "¡Qué bien!"

Cuando el auto se detuvo, sin que cesara del todo el escándalo del motor, tuve la sensación, por demás inquietante, de que caía en el medio de la carretera una lluvia de mariposas desalentadas, y que a lo lejos se había escuchado una especie de gong chino, presagiando la hora de la verdad. Estando de frente al resplandor del mediodía, apenas pude distinguir por los cristales de las ventanillas, los rostros demacrados de tres niños que me miraban con el desamparo de los náufragos, y al volante alguien que, de entrada, no vi muy bien, y que me pareció una especie de musculoso cochero medieval, envuelto en los pliegues del misterio. Cuando abrió la portezuela y puso un pie en el suelo, comprendí, de golpe, que se trataba de una mujer, y más que de una mujer, de una verdadera diosa.

Ella saltó con agilidad del vehículo y me dio la espalda, sin importarle mis grados, mis polainas, mi sombrero, ni los fusiles de los rasos que miraban, boquiabiertos, semejante aparición. Era la mujer más bella que habíamos visto en la vida, nada que ver con los cueros groseros a que estábamos acostumbrados, más, incluso que Divina Piedra, que por su belleza y su apetito de machos estuvo a punto de desatar una guerra fronteriza, y si bien es cierto que la recién llegada solo se mostró en su pleno esplendor al despojarse del guardapolvo gris y el sombrero marimacho que llevaba, todo lo adivinamos, solo de ver como ese pie divino, con gracia inigualable, hollaba el polvo de la carretera.

Es verdad que para mis 25 años no tenía mucha experiencia con mujeres, pero por la poca alcanzada, y por los comentarios

de los más viejos, sabía de sobra que una mujer que está bien buena, siempre se le nota, aunque trate de ocultarlo; aunque solo le veas la quijada, o una ceja, o el dedo chiquito del pie izquierdo. Y no más ver aquel pie delicado asentarse en la carretera supe que llegaba mi desgracia, la mujer soñada, la misma por la que se acabó mi vida militar y mi carrera, y probablemente, hasta mi vida. Y dije ¡"Qué bien!", de la nada, porque sin que nadie me lo explicara, y sin tener a mano ninguna razón especial, supe enseguida, como tras un alumbramiento, que había llegado Elena de Handal a mi remoto puesto fronterizo de la provincia Libertador, y que pedía pasar al otro lado con sus tres hijos.

Los niños se llamaban Emilia, Rosita y Miguel. Lo supe por el pasaporte, donde estaban pegadas sus fotos, y donde también rezaba que la madre era británica, por nacionalidad, aunque de sangre árabe y nacida en Cabo Haitiano, y lo peor de todo: casada. "Tienen sed y hambre, señor teniente -me dijo-, no dejará usted que unos inocentes se le desmayen en plena carretera, ¿verdad?". Y claro que no lo permití, pero más que por lo niños, por aquellos ojazos y ese pelo cortado a lo garzón, aquellos labios carnosos que musitaban letanías de hembra, en susurros, y ese olor precursor que aspiré de ella, no más acercarme unos pasos, cuando le tendí la mano a los muchachos, y los invité a sentarse bajo un árbol, a la sombra del camino, tras ordenar a un raso que volase a buscar limonada, raspadura, frutas, pollos, víveres, y todo lo que quisieran, que para algo allí estaba el teniente Julio Morales, con la boca abierta, deslumbrado, apabullado por su madre, sin poder articular palabra, ante la revelación definitiva del sentido del Universo en una cara y un cuerpo de mujer.

Ella se sentó a fumar, directamente sobre la hierba, con las pierna hacia atrás, bajo las nalgas, como si fuese una beduina en un aduar. La languidez era su espacio natural, y

dejar caer los ojos, su exasperante especialidad. Temblé, me estremecí como afiebrado, balbuceé una conversación torpe, no recuerdo siquiera cómo puede hilvanar dos frases con algún sentido, y después de comer, los niños empezaron a revolotear a nuestro alrededor. Ella me contó que habían desembarcado en San Pedro de Macorís, y que por estar en tránsito hacia Haití, donde los esperaba su marido, el padre de los niños, no tenía más documentos que su propio pasaporte, pues no sabía que para pasar la frontera, necesitaba, además, un permiso de la Policía. "¿Verdad que Usted, señor teniente, nos ayudará?" -me dijo-. Y, ¿cómo negarme? "Claro que la ayudaré, señora" -le respondí-. Y lo hice, no faltaba más.

La desgracia llegó en la persona del Inspector de Inmigración que estaba destacado conmigo en aquel puesto olvidado de todos, en medio de la nada y el resol. El inspector Allies no fue privilegiado con las miradas de Elena de Handal, más bien debió sentir el frío conque ella mantenía a raya a las sabandijas. Hombrecito mustio y casposo, acostumbrado a cobrar derecho de pernada a las pobres haitianas que pasaban llorosas, siguiendo el rastro de sus maridos braceros, nada sabía de galanterías y requiebros. Confinado en la barbarie de la fuerza y en la superioridad que le regalaban los infelices, no pudo hacerse notar y sintió crecer en sus entrañas de charol, la rabia y la necesidad de venganza. La vomitó en su cablegrama 69, fechado el 1 de julio de 1940, a las 17.35 horas, dirigido al licenciado Antonio Tallado, director general de Inmigración. En él le comunicaba que "… a la llamada Elena de Handal, y a sus hijos, le había franqueado el paso de la frontera, por Dajabón y sin tener los permisos correspondientes, el teniente Julio Morales, Jefe del Destacamento…".

Todo lo demás fue simple trámite. Al día siguiente, el licenciado Tallado remitía el caso al Secretario de Estado de

Interior y Policía "…para los fines que la Superioridad estime pertinentes". El 5 de julio, el general de brigada Héctor Bienvenido Trujillo, jefe del Estado Mayor del Ejército Nacional, envió una comunicación al oficial comandante de la Cuarta Compañía para que "… se sirva requerir al teniente Julio Morales una explicación respecto al paso indebido que le concedió a la Sra. Elena de Handal, para cruzar la frontera, sin estar provista del permiso requerido por ley". Ese mismo día respondí, por escrito, que había consultado al Inspector de Inmigración y le había pedido preguntar por teléfono, como en otros casos, si podíamos franquear el paso, y que al no recibir respuesta en contra, procedí a permitirlo. El 8 de julio fui arrestado.

¿Vale de algo explicarles que, aquel día, por mi humilde puesto fronterizo, una diosa atravesó la línea? ¿Dejarían de pegarme, por ello, o me pegarían más fuerte? ¿Renunciarían a matarme?

Es que se están vengando, y tienen razón. Todo es más complicado que haber sido sorprendido por la belleza de Elena de Handal en medio de la nada y la intemperie de un mediodía calcinante de julio. Más que haberla dejado huir, involucrada como estaba, hasta el cuello, en la última tentativa para matar, como a un perro, al Generalísimo. Más que haberme dejado embaucar por sus ojazos y las nalgas que se adivinaban bajo su guardapolvo gris; más que haber quedado deslumbrado por su manera elegante de fumar y esa languidez enloquecedora de gata poderosa conque me nubló los ojos y me hizo levantar para ella, y sus hijos, la barrera fronteriza, viéndolos luego internarse en Haití, en aquel auto asmático en que huían.

Los investigadores no tardaron en comprobarlo: yo sí conocía a Elena de Handal, desde mucho antes de aquel día. Nunca hubo tal encuentro casual, sino uno premeditado.

"¡Qué bien!" fue mi coartada, fingiéndome sorprendido por ella; pero también mi manera de decir que Elena, mi Elena adorada, y sus hijos, llegaban a tiempo, a la hora acordada, al límite que separaba al peligro de la salvación. Mi manera espontánea de celebrar, en obligado silencio, la partida de mi amante, y mi compañera de conspiración.

Y como ya ella está salvo, no hay manera de que tema la muerte, imbéciles machacadores…

Número 37

LAVANDO LA MUGRE

Jabón, agua corriente y mucho puño para restregar. Riñones que terminan molidos. Horas y horas sudando al sol, restregando, enjuagando, exprimiendo, tendiendo, colgando para secar, recogiendo, doblando, y luego planchando. Bateas repletas de ropa pestilente, de sábanas manchadas con el esputo de los tuberculosos, los sudores fríos de los moribundos, y las deyecciones de los atacados por el cólera… Trabajo de esclavas, pero, gracias a Dios, trabajo que tenemos cuando a nuestro alrededor hay tanta gente sin poderse ganar el sustento, y con media vara de hambre que le sale por los ojos. Y los niños, las criaturitas que te miran sin comprender por qué los han traído a sufrir a este mundo… Por eso restregamos sin quejarnos, sin desfallecer, siempre al mismo ritmo, siempre sacando la mugre, definitivamente haciendo al mundo mejor, más limpio y más claro.

Somos las lavanderas del Ejército Nacional, o mejor dicho, de sus hospitales y dispensarios médicos. Nos llamamos Altagracia, viuda de Vargas, que lava en el hospital militar de la fortaleza de San Luis, de Santiago; María Reyes, la del dispensario de la 13ª compañía, destacada en Barahona; Rosa Armelinda Mariné, la de la 18ª compañía, desplegada en La Vega. También Teresa Reyes, de Monte Cristy, Rosa Roche, de Elías Piña, y Fernanda Silvestre, de Ciudad Trujillo. Somos las de los movimientos acompasados, de los espasmos de hombros y caderas que ciertos rasos morbosos miran de reojo,

sin saber que no nos interesan los hombres, que lo nuestro es ganarnos la vida restregando, enjuagando y exprimiendo al mundo, quitando suciedades y manchas, salvando a todos del contagio, a costa de contagiarnos nosotras mismas. Para eso nacimos. Para eso sudamos. Para eso sufrimos y lloramos, en silencio, y la gente confunde nuestras lágrimas con esas gruesas gotas de sudor que nos caen del rostro, que se unen al enjuague y que son, a fin de cuentas, las que obran el milagro de eliminar las manchas más rebeldes. Ese es nuestro secreto mejor escondido: es con dolor, con el mismo que nos sube de los pies al corazón, y que baja de la cabeza al pecho, con lo que dejamos la ropa más estropeada como nueva. Y en ellos nos va la vida, pero todo se justifica con tal de que el mundo quede reluciente y limpio, planchadito y oloroso, como debe ser, y no es.

Porque vivimos días feos, no radiantes. Vivimos años ajados, no planchados. Una época que huele a moho, no a ropa acabada de ser lavada y perfumada con ramos de pachulí. Y a pesar de eso, seguimos dando puño, empapadas de agua jabonosa, del vapor de las planchas que se calientan sobre el carbón, de este sudor sin el que ya no sabemos vivir, y del que sale el magro salario que nos llevamos a casa a fin de mes: Altagracia, $4.00; María, $2.00; Rosa Armelinda, $2.00; Ana Julia Batista, $1.00…

No nos quejamos, ¿para qué, y ante quién? Es mejor tragar en seco, apretar las piernas y seguir restregando, siempre restregando… ¿es que acaso los hombres lo pasan mejor que nosotras? A decir verdad, algo más les pagan, pero no mucho más. Por ejemplo, a quien hace y vende escobas criollas, en este mes de octubre de 1945, en el país del Jefe, le pagan a $1,25, el ciento. Quien se desloma en los montes sacando madera, dando hacha, expuesto a las picadas de las avispas,

a la soledad artera de la espesura, y a la humedad que trae la lepra de montaña y la mazamorra en los pies, le pagan a $0.5 centavos, el pie de madera.

No lo pasan mejor los que erigen el muelle de Duvergé pues, como Abelardo Pérez, cobran $5.00 al mes. Tampoco los que, como el compadre Emilio Pérez, construyeron la enramada de madera criolla, techada de cana, del muelle del lago Enriquillo, pues apenas recibieron $10.00, al final, y eso, poniendo y acarreando todos los materiales. O los braceros que con Julio Pérez descargaron un camión, que estaba repleto de mercancía, para repartirse $5.55, entre todos. Y si eso pasa con los hombres, ¿tiene sentido que nos quejemos las mujeres?

Y mientras dejamos la vida entre canciones que entonamos para no llorar; mientras restregamos para no pensar, y golpeamos la ropa para sacarle el churre, evitando así tener que golpear a los culpables de nuestra suerte; mientras andamos expuestas a las infecciones que eliminamos con jabón, agua y sol abundante, con el cauterio de las planchas de carbón, y el acabado de lágrimas furtivas, no podemos dejar de pensar que la lista no juega con el billete de la lotería, y que si bien pagan poco, deberían también rebajar el precio abusivo de los productos de primera necesidad, por ejemplo, los pasajes del transporte público y las medicinas.

Porque una latica de Nixodom cuesta $0.85; dos sueros fisiológicos cuestan $1.00; un frasco de Leche de Magnesia, $0.65; una botella de Aceite de Ricino, $0.90; un frasco de Expectorante Mágico, $1.00, y uno de Fitina, $2.00. Una aguja hipodérmica, $0.30, y un pomo de crema Lazar, nada menos que $1.90.

¿Y qué decir de los pasajes, para el que tenga que viajar, claro que no por turismo, sino por necesidad?

Un pasaje en carro público de Santiago a Ciudad Trujillo, cuesta $4.37. Otro de Dajabón a la capital, cuesta $8.15, y el de esta a San Cristóbal, más o menos, $1.14. Dígame Usted, ¿cuántos meses de dar puño, de sudar colgando y planchando, solo para el pasaje? Y mientras, ¿qué le damos a los hijos para comer? ¿Cómo garantizarles la ropa escolar y los cuadernos, aunque no comamos nosotras? Porque la sábana no estira más, y los pies nos quedan siempre afuera…

Y aunque no queramos, siempre terminamos hablando de cómo viven los demás, los que no tienen que sudar de sol a sol, ni restregar ropa hedionda, ni exponerse a enfermedades extrañas que te acabarán, si tienes la mala suerte de que el contagio no te coja confesada. Y es cuando nos sube por la garganta una rabia oscura, espesa y peligrosa, capaz de hacernos callar, y restañar nuestras lágrimas, y dejar la ropa manchada, sin el detergente infalible de nuestra pena…

Sabemos, y claro que sabemos, que el comandante del Distrito Norte del Ejército Nacional, en este mismo mes, ha dispuesto de $300.00 pesos para pagar las delaciones y embustes tarifados, y a destajo, de los chivatos que escudriñan Haití en busca de enemigos y amenazas; que Nelson Cuevas Guzmán cobra $20.00 pesos mensuales por ser ayudante de Capellán, o sea, solo por servir a Dios, lo que cobramos nosotras restregando durante casi un año; que $300.00 pesos es lo que se destina para subsidiar, cada 24 de octubre, día de San Rafael y onomástico del Jefe, las bebidas rebajadas de precio con que se embriagan los oficiales en el Club Militar, en brindis por la salud y eternidad del Generalísimo.

Sabemos, y claro que sabemos, porque no hay secretos que se resistan a barberos y lavanderas, de que con los $40.00 pesos que le pagan al pendolista Julio Aybar por hacer un pergamino a pluma con un mensaje adulón de los oficiales

del Ejército Nacional destinado a testimoniarle al Jefe una adhesión perruna, María Reyes, por ejemplo, viviría casi dos años. O que con los $241.75 pesos que se gastó el general Federico Fiallo agasajando a cinco tenientes coroneles del Ejército cubano, llegados en misión de buena voluntad, en el *cocktail* que les brindó en el Club Militar, la privilegiada Altagracia, viuda de Vargas, que es la que más gana de nosotras, podría mantenerse, junto a su familia, por espacio de cinco años. O que los $314.88 pesos pagado por la estancia de estos visitantes, alojados en el hotel "Jaragua", del 2 al 8 de este mismo mes y año, representan 26 años de sueldo para Julia Batista, la que menos cobra de nosotras… Dígame Usted si no hay mugre que restregar y lavar en este mundo cruel y mal repartido.

Y al final, ya no sabemos si cantar o llorar en medio de tanta pena y pensamientos tristes. Quizás valga la pena dejarnos llevar y saciar el morbo de los rasos que nos ven columpiar las caderas al compás del fregado, y nos suponen felices y gozadoras, sin serlo. A fin de cuentas, ¿de qué sirve trabajar como bestias, si jamás lograremos salir de esta miseria tenaz y sorda? ¿No sería mejor, al menos, unos segundos de placer fugaz, unas lágrimas menos, y un suspiro más?

Agua, jabón, espuma y puño… Dolor como mordidas de perros en los riñones. Hombros destrozados y caderas al garete… Lavar, planchar y esterilizar este mundo repleto de gérmenes y manchas. Pensar en los hijos, en esos ojazos de hambre con que nos miran; en los platos vacíos que nos muestran, mientras piden más. ¡Ay, qué dolor, qué pena haber nacido y haber parido!

Pero no tenemos mucho tiempo para sumirnos en estos pensamientos grises. Hay mucho que lavar, que despercudir, que restregar y colgar al tibio sol, que planchar, dejándolo

todo oloroso y nuevo, como si del mundo triste en que vivimos se tratase.

Y si tenemos dudas de si las palabras que hemos usado para moderar nuestras lágrimas son lo suficientemente fuertes como para ello, y si "mugre" basta para caracterizar esta melcocha maldita en que estamos atrapadas en un mundo que, para el Jefe y los suyos, sigue siendo perfecto, no podemos menos que comentar que un ejemplar del diccionario "Pequeño Larousse Ilustrado" cuesta $5.00, o sea, dos meses de lo que gano…

Número 38

MORIR EN ALTA MAR

Tenían que unirse, y se unieron. Estaba escrito, al parecer. Fue como un amor a primera vista; como si un hombre y una mujer se ven un día en la calle y de pronto saben, sin que nadie se lo diga, que envejecerán juntos tomados de la mano, después de haber procreado hijos y vivido dolores y alegrías, que los remacharán como a inseparables. La elección siempre es un misterio, y después nadie estará en condiciones de explicar por qué, precisamente, las cosas han resultado así, y no de otra manera. Las posibilidades siempre son infinitas, sin embargo, los sucesos ocurren como ocurren. Mira qué misterio, por eso digo, y repito: tenían que unirse y se unieron. Y parece que nadie, ni el mismísimo Jefe, que ya es mucho decir, podrá volver a separarlos. Pero yo lo intentaré, claro que sí. Y lo haré con gusto, como un deber de buen dominicano, como una ofrenda a quien todo lo merece de nosotros, porque vino a salvarnos y mostrarnos el sendero a la Gloria: ese es el Ilustre Jefe, y nadie más. Y todo lo que hagamos para ayudarlo y honrarlo, es poco.

Esa estrecha unión, esa luna de miel de los indeseables, me molesta, tiene que molestarme, y claro que haré todo lo que esté en mis manos de ferviente trujillista para intentar separarlos. Porque no soy de esa clase de correligionarios del Partido Dominicano que se duerme en los laureles y solo grita "¡Que viva Trujillo, carajo!", cuando creen que algo pueden sacar de la exclamación, o cuando suponen que el grito les dará

una patente de corso para seguir esquilmando a los infelices, arropados por la supuesta fidelidad al Generalísimo. De esos hay legión, tanto civiles como militares, entre los sesudos intelectuales, que el Jefe colecciona como colecciona hembras, y también entre los animales quebrantahuesos, a los que ordena ciertos servicios inconfesables, pero imprescindibles. Porque de todo hay en nuestras filas, en las filas de la poderosa organización que Él, con sus luces, fundara. Y claro que de todo tenemos, porque de todo hay en la viña del Señor, y siempre será así. Y este orden de moralidad y trabajo, en tierras de Concho Primo, de bochincheros y locos que se lanzan tras la primera bandera que otro loco agite, no se ha podido imponer con paños tibios. Y ya lo dijo Rousseau: la paz social se compra haciendo dejación voluntaria de una porción de libertades y derechos. Y ese servicio es lo que el Jefe, mal que le pese a muchos, ha tenido que cobrarnos. Y yo lo pago con gusto, sí señor.

Soy, ni más ni menos, un delator, y me encanta serlo, porque el vasallo vale lo que vale el señor a quien sirve. Y Trujillo vale la miseria en que vivo, y el hedor en que me revuelco, porque servirlo es servir a la mejor causa de la nación. Este no es Lilís, ni Mon Cáceres, sino una fuerza telúrica nacida de las entrañas profundas de la Patria, un principio regenerador que los pueblos se topan en su camino, una vez cada tantos siglos, y que hay que adorar, cuando sale a nuestro encuentro. Y qué bueno que ha nacido en esta islita del Caribe que muchos no pueden aún ubicar en un mapa, o que solo identifican con el café, el chocolate o el azúcar de sus desayunos, o con los guayacanes de sus muebles. Por eso soy un delator, pero un delator de lujo, no uno de esos chivatos de barrio que siempre tienen las manos sudorosas, la mirada resbaladiza y el gesto hosco del hijo de puta. Soy un delator-escritor, un delator-

poeta, un delator-diplomático. Y soy, además, aplomado, bien parecido, simpático, joven y entusiasta, expansivo y cariñoso, ni más ni menos que el anti-delator, por eso aprecian tanto mi labor allá en la tierra, especialmente los que en la Secretaría de Estado de la Presidencia reciben mis informes periódicos, y me mandan las Elevadas Instrucciones del Benefactor, sus indicaciones para seguir una pista, ventear una presa, acorralar una pieza, o servírsela en bandeja al tigre insaciable que es. Por eso soy eficaz y letal. Por eso gozo de su estimación, que es la consagración en esta vida de sufrimientos e ingratitudes. Y soy feliz.

Este 27 de febrero de 1937, aniversario de la independencia dominicana, no puedo menos que preocuparlo con los detalles de esta unión. Por eso le escribo, a manera de honrada alerta:

> Los revolucionarios cubanos en los Estados Unidos siguen intensificando su campaña contra el honorable coronel, Don Fulgencio Batista, Jefe del Ejército, y posible candidato presidencial en las elecciones de 1940. Aprovechando las últimas semanas, han instalado una estación de radio en un buque que sale de los puertos americanos y transmite boletines e incitaciones a la revolución. Su táctica es transmitir después de 11 millas de las costas americanas, con lo cual no violan las leyes de los Estados Unidos, ni lesionan la hospitalidad que les han concedido. Pero lo urgente es, mi querido Jefe, que la Asociación Joven Trinitaria, que funciona en New York, formada por malos dominicanos laborantes y desafectos a su gobierno, se ha unido a los mismos, y han comenzado a transmitir informaciones en español e inglés contra Su Honorable Persona, y contra el honorable coronel Batista. Ellos están mandando boletines e informaciones contra Usted, por la vía de Cayo Hueso. Yo creo, confidencialmente, que la Armada

> de Cuba podría contribuir a localizarlos. Parece también que Lombardo Toledano, líder comunista mexicano, ve con simpatía estos escándalos. Protesto a Usted, como siempre, las mejores seguridades de mi mayor consideración y simpatía.

Y, claro, firmo con mi nombre, el de Heriberto Mañoso, residente en la calle Privada Primera de Nogal, número 9, de México, D. F., donde también viven mi esposa y mis dos hijos pequeños, a los que sueño un día entregar, personalmente, el carnet del Partido Dominicano, firmado por el Jefe mismo.

Imagino que después de mi alerta, la de su chivato predilecto, "escritor y periodista", como figura en mi tarjeta de presentación, el Jefe convocará a su despacho de Palacio a una junta de sus más cercanos colaboradores, y les indicará las medidas a tomar para separar lo que jamás debió unirse: esta camancola de revolucionarios internacionalistas cubano-dominicanos, los peores de todos, porque en su extravío no respetan ni reconocen leyes internacionales, ni fronteras. Por eso sé que mi tarea, hoy por hoy, es hacer todo lo que esté en mis manos para separar lo que jamás debió unirse, pero que, como las parejas nacidas el uno para el otro, siempre terminarán unidos, contra viento y marea, aún con el ventarrón del Jefe en contra.

Por eso esta mañana soleada de marzo, aprovechando el solecito tempranero, y cierta pereza con que hasta los más desconfiados conspiradores suelen rendirse al ver mi sonrisa irresistible, y esta simpatía avasalladora con que nací, me embarco en esta misma nave misteriosa de los boletines revolucionarios en alta mar, alegando que estoy cansado de "servir al sátrapa", así le llamo, y me arde la garganta al decirlo, pero lo digo, porque siento que su fuerza, la de la Patria, me sostiene en este nuevo servicio y sacrificio, para

su mayor gloria y fasto. Y todos, sin excepción, me reciben con sonrisas, abrazos y palmaditas en la espalda. "Ya sabíamos -me dice uno- que un poeta de su sensibilidad no podía servir indefinidamente a la Bestia, y que tarde o temprano, tendría su iluminación en el camino de Damasco, como la tuvo Saulo de Tarso"

Me dan la bienvenida, me agasajan, me tratan como a un hermano extraviado que ha reencontrado el camino. La nave parte de este muelle de New York, adonde llegué ayer, cumpliendo las indicaciones secretas del Jefe, y con la expresa misión de comunicar las coordenadas de la nave pirata, una vez en alta mar, para que un operativo secreto de las dos Armadas, la de los dos Jefes, pueda interceptarlos y acabar, después de teñir la cubierta de sangre, con esas propagandas perniciosas.

Estoy ahora mirando el mar infinito desde la borda, ese que baña las dos islas y que la nave surca con ligereza, mientras los peces voladores huyen aterrados. Hay delfines que nos escoltan y el cielo es más azul que nunca. El poeta que llevo dentro se inspira y, dejo de pensar en el mensaje delator que están esperando los marinos encargados de silenciar estas voces.

Estoy rimando por dentro, escribiendo versos en este aire transparente que me envuelve, como si de verdad estuviese en el camino de Damasco. Casi me olvido de los que tenían que unirse, y se unieron, como si de una maldición se tratase, o de compartir un destino ineludible. "Para eso -pienso- son revolucionarios".

Es en este momento justo, en que la navaja me entra por el costado, tanteando el centro de la vida, apagando, una por una, todas mis luces. Es cuando ese dolor inesperado y terrible me indica que he sido descubierto, y que ni mi magnífica sonrisa, ni mi apostura, ni mi don de gente, ni mis poemas, ni

mi historia, ni el niño que fui, ni el padre amante de dos hijos a los que preparo para servir lealmente al Jefe, ni el Jefe mismo, podrán salvarme. Están definitivamente unidos, es obvio, y no lo lamento más, mientras me hundo en el sopor del no ser con que me recibe la Muerte. Y sencillamente muero, en medio de un mar de vida y un aire, y una luz, y un sol que desmiente los finales definitivos. "Era un perro" -dice alguien-, mientas lanzan mi cuerpo por la borda.

Y siento mucho frío.

Número 39

¿POR QUÉ, DESDE ENTONCES, LOS RASOS TIENEN PESADILLAS?

Lo van a matar y lo sabe bien. De esa cárcel solo saldrá con los pies por delante, pero se siente cumplido y en paz. Cuando fue oficial le tocó hacer muchos sometimientos, conducir presos, incluso, llevar hombres hasta el sitio final, donde las balas marcadas para ellos, inexorablemente, acababan por empollar en el tibio nido de sus corazones. Porque como guardia siempre lo supo: en algún lugar, por lejano que sea, ha de haber una bala que lleva nuestro nombre, y no importa lo que hagamos, ni a dónde viajemos, ni cómo nos escondamos: infaliblemente esa, y no otra, terminará por hallarnos. Y sabe de sobra que la de él está ya en la recámara de alguno de los rifles de aquellos rasos imberbes que lo custodian. Pero no siente nada, apenas el deseo de que todo acabe de una vez. Y se acuesta de lado, sobre el piso mugriento del calabozo, y deja que su mente vuele, porque soñar es señal de que no todo se ha acabado. Y es que, a pesar de saberse muerto, no renuncia a vivir.

Pero no todo es sufrimiento aquí. En el mismo umbral de la despedida todavía tiene tiempo para intentar una carcajada con la encía sangrante, de dientes machacados a culatazos, y aunque los golpes le arden en todo el cuerpo, especialmente los latigazos propinados con cables eléctricos doblados, ríe como un poseso, o como un bendito, y ninguno de aquellos muchachos del campo que lo custodian podría entenderlo. Está condenado a muerte, y lo sabe, por eso reír, como lo hace

ahora, es ponerle un rabo a la Muerte. Y ríe con fuerza, para joder al tirano que ha decretado su muerte, la de Freddy, y la de más de cien oficiales, rasos, sargentos, cabos y civiles, a los que se ha acusado de estar complotados con él para matarlo. Y, sin dejar de reír, piensa que es verdad, que la mayoría de ellos lo estaban, y también iban a matar al general Federico Fiallo, que no lo merecía menos.

Ríe como un poseso y empiezan a inquietarse los guardias, a dar pasitos cortos de ida y vuelta, a echarse el kepis para atrás, a manosear los fusiles, como si aquellas carcajadas que se escapan de donde solo se espera que escapen aullidos de dolor, gritos pidiendo clemencia, o llamando a la madre, fuesen el presagio de un peligro inminente. Sus carcajadas los inquietan, porque nadie, desde que sirven aquí, ha tenido tanta locura, o tanto valor, o tanta fuerza, después de las golpizas y torturas, como para reír como él ríe. Y lo mejor es que no pueden siquiera imaginar que no lo hace para desafiarlos, ni para darse ánimos, ni por joder, aunque sabe de sobra que se le revolverán las augustas tripas al Jefe cuando lea mañana el parte del Oficial del Día, y no halle la descripción esperada de su arrepentimiento y ruegos de clemencia. Ríe, sencillamente porque está recordando algo gracioso, y porque, aunque no pudo llevarse por delante al sátrapa, al menos en dos ocasiones, que ahora recuerda, lo desafió, y bien desafiado Y eso que en junio de 1941 era apenas un segundo teniente desconocido, y no el capitán de la Unidad de Tanques del Ejército Nacional, que cinco años después se dispuso a tomar la justicia por su mano, y había terminado delatado y preso.

En esta misma Fortaleza Ozama donde ahora esperaba la muerte, había servido durante mucho tiempo. Aquí había ido ascendiendo, grado a grado, por sus méritos y su clara inteligencia. Y también por su seriedad, pues nadie podía

tacharlo de ser jugador, ni parrandero; tampoco abusador con los detenidos, esos infelices civiles que muchas veces le había tocado encerrar, por las más disímiles causas y acusaciones. Todos lo tenían por un joven oficial respetuoso y humano, en nada semejante a tanto abusador y logrero que vestía el uniforme para hacer lo que le viniese en gana, sin tener que rendir cuentas.

En una de esas tardes de abril de 1941, recordaba bien, estando de guardia a las órdenes del capitán Luis Félix, le había tocado actuar en la detención de dos maleantes, dos peones de la hacienda Fundación, la del Jefe, que como todos sus empleados se consideraban intocables. Ese tipo de gente solía recibir permisos para andar armados, y eran los peores elementos alborotadores en una gallera, un baile, o simplemente transitando por la calle. No respetaban ley alguna, pues el hecho de recibir un jornal directamente de manos de su patrón, que además era el patrón de todos los ciudadanos del país, los hacía sentirse por encima del común de los mortales, como debían ser los que gozaban de la cercanía, y giraban como satélites privilegiados en la órbita del astro-rey.

Todo se había originado por una denuncia interpuesta por un humilde chofer de una guagua, nombrado Rafael Fabián. Recordaba, que venía de Baní, y cerca de San Cristóbal se había topado con los dos peones, apellidados León y Alcántara, quienes conducían un ganado para embarcar. Por alguna razón, probablemente por el derecho de vía, se había producido una fuerte discusión entre el chofer y los vaqueros, y estos últimos, con un machete y un puñal, sintiéndose absolutamente respaldados, arremetieron contra la guagua, destruyéndole los faroles y dañándole el radiador. Por suerte para su salud, Fabián había tenido el buen tino de no detenerse.

La denuncia fue presentada a la Fortaleza Ozama, y el capitán me dio la orden de someter a los infractores, lo cual hice de inmediato. Los peones no se resistieron de obra, pero sí de palabra: como si se tratase de mis superiores, tuve que aguantarles advertencias irónicas, miradas despectivas y frases amenazantes. Esa noche durmieron en un calabozo, y aunque fueron dejados en libertad al día siguiente, por supuesto por órdenes superiores, eran otros, muy lejos de como habían sido cuando entraron. Aquellos trabajadores cabizbajos, puestos en libertad, no recordaban a los ignorantes, soberbios y desafiantes que había estado a punto de matar a otro trabajador, por una sencillez.

En junio de ese mismo año, por azares de la vida, le había tocado actuar de nuevo por un accidente de tránsito. Y no pudo evitar nuevas carcajadas al evocarlo, porque aunque fuese difícil concebirlo, una vez más la denuncia la había presentado aquel humilde chofer de guagua de apellido Fabián, solo que esta vez no contra dos peones farrucos de la hacienda Fundación, sino contra el sargento Manuel García, de la 17ª compañía del Ejército Nacional, quien conducía el auto oficial 644, propiedad del Jefe. Ahora la guagua había sido embestida por el auto, que transitaba a exceso de velocidad, y sin respetar las leyes del tránsito, invadiendo el carril contrario y adelantando en las curvas. Al producirse el choque del que era responsable el sargento García, lejos de reconocerlo, había bajado a Fabián a punta de pistola de la guagua, haciéndolo tenderse en una cuneta, como si se tratase de un criminal, y no de una víctima.

Porque si los peones que arreaban el ganado del Jefe se conducían como sultanes, ¿qué podía esperarse de un sargento que conducía uno de sus autos?

Los policías que habían actuado tras el choque, a pesar de que Fabián tenía la razón, una ceja herida y la guagua había

quedado bastante averiada, no solo dejaron ir al sargento García, tras colmarlo de atenciones, excusas y zalamerías, sino que le fueron dando pescozones hasta dejarlo encerrado en un calabozo de la Fortaleza, "…por haber osado chocar contra el carro del Generalísimo", amenazándolo, además, con quemarlo junto con la guagua, si nada más recibían una seña de la Superioridad.

Para mala fortuna del sargento García, como antes para la de los dos peones, en ambos accidentes le había tocado actuar al mismo segundo teniente, recto y justiciero que ahora reía a carcajadas sobre el piso de un calabozo, mientras su saliva goteaba de la boca destrozada. Y reía con tantas ganas, porque la vida lo había situado dos veces en el camino de hacer justicia a un infeliz trabajador de su país, que por cierto, tenía una mala suerte de campeonato. Y había tenido el coraje, también dos veces, de apresar a los verdaderos responsables de los hechos, porque, claro que había encerrado al sargento García, a pesar de que este, más osado que los peones, lo había colmado de improperios personales y veladas amenazas de muerte. Y al final, no solo Fabián tuvo su recompensa, al ser indemnizado por la Jefatura debido a los daños y la herida, sino que el abusador de García, gracias a su informe, fue hallado culpable y expulsado de las filas, no sin antes pagar los desperfectos sufridos por el vehículo del Jefe.

Y con carcajadas, aparentemente las de un loco, atronando el silencio de su última noche, festejó la pequeña revancha de haber propiciado un poco de justicia en un país carente de ella.

Cuando lo pusieron de espalda para fusilarlo, dando la cara a un paredón musgoso, alcanzó a vislumbrar los rostros de los cuatro compañeros que lo acompañarían en el viaje final. El primero era un joven teniente de Santiago, lector

empedernido; el segundo, un cabo soñador de San Pedro de Macorís; el tercero era un raso de Dajabón, al que la Guardia le había matado al padre; y el cuarto, como era de esperar, era el chofer Fabián.

Después de la descarga, aún por largo rato, quedó flotando en el aire la carcajada desafiante de aquel héroe.

Número 40

UNO DE ELLOS

“En una Era, como la de Usted, todo el mundo debe cumplir su deber…” Es lo que ha escrito, en su carta al Jefe, una sencilla mujer de pueblo, de nombre Celeste Osorio. Es una víctima, como tantas, que escriben clamando justicia. Su carta no se diferenciaba en nada de las demás, hasta que me topé con esa frase. Y el bostezo acostumbrado se me congeló en la cara, despertándome de un golpe, haciéndome leer varias veces esas sencillas y contundentes palabras, tan sencillas y contundentes como para actuar sobre mí a manera de una revelación inesperada.

Por mis manos pasan cada día decenas de cartas similares, por lo general, bastante mal escritas. Es difícil que me detenga en ellas más de lo imprescindible, el tiempo justo, y con el menor esfuerzo necesario, como para anotar nombre, dirección, y elaborar un escueto resumen del tema de que se trate, de lo que piden o reclaman, para que el señor general, Ayudante del Comandante en Jefe del Ejército Nacional, a cuyas órdenes sirvo como asistente, pueda decidir a dónde reenviarlas para ser atendidas. Por lo general, se trata de peticiones de pensiones alimenticias para los hijos de oficiales, clases y rasos, que han sido abandonados a su suerte después de que los padres se cansasen de sus madres. Y eso es ciertamente doloroso, incluso humillante, pero esas infelices mujeres no tienen ya esperanzas ni ilusiones, se limitan a pedir atenciones materiales, dinero conque poder garantizar la vida de sus

muchachos, o al menos, que no tengan que dejar la escuela por falta de ropas y zapatos.

Así es como trabajo cada día, leyendo esquelas del dolor ajeno, haciendo de tripas corazón para no infartarme ni salir con un arma a buscar a tanto hp que por una hembra más joven, o una pelea, o sencillamente por la aventura, deja a su mujer de años y a veces, hasta cinco o seis hijos procreados e inocentes, a sabiendas de que abandonarlos es perderlos para siempre.

Porque dejar a la familia es aquí sinónimo de hombría. No reconocer a los hijos procreados es señal de astucia y sagacidad, incluso, de que eres un tipo duro, que no te dejas marear por sentimentalismos, ni llantos de mujer. Porque de eso se trata: de mostrar que siempre hay alguien por debajo de ti, y que en la competencia de la vida, eres un tipo duro, de esos que no tiemblan a la hora de renovarse con una hembrita bien joven, y que sabe bien el valor de una nueva conquista, porque la vida, a fin de cuentas, es renovarte o morir.

La ley que estos cabrones violan, tan jubilosamente, al negarse a pasar la pensión mensual para la manutención de sus hijos, es la 1051. El problema no es menor, todo lo contrario: cada año, aún en medio de La Era, que es una época de ley y orden, cerca del 58 % de los nacimientos ocurridos, son de hijos ilegítimos, lo que significa que de cada diez nacimientos de niños dominicanos, apenas cuatro ocurren con el pleno reconocimiento de ambos cónyuges, y en familias funcionales. Y de esa enorme y creciente masa de ilegítimos, apenas uno de cada diez es reconocido por el padre, el abuelo, o la abuela, en el año en curso.

Pocos como yo, en este país, saben las consecuencias de esto, que se considera una cabronada de machos bien bragados, y que lejos de tener alguna sanción moral, acaba por

otorgar carta de legitimidad a enfermos mentales y viciosos, obsesionados con la promesa de carne firme y vientres intonsos. Ni más ni menos, lo que obsesiona a cada macho adulto, para lucir ante los demás: una mezcla de irresponsabilidad, morbo y algo de crueldad, la suficiente, como para que nadie imagine, siquiera, que somos flojos.

No hay más que mirar las cartas que me pasan por las manos, para darse cuenta del abismo creciente que está emponzoñando a esta sociedad contra sí misma. Es un problema que, lejos de disminuir, crece con el tiempo. Y la cadena de odios, resentimientos, violencias y despecho, aumenta de día en día: es una avalancha imparable, y no puedo dejar de pensar que los policías que golpean infelices, los rasos que aplican la Ley de Fuga, los oficiales que ordenan descargas eléctricas a los detenidos, y el propio Jefe, provienen de familias disfuncionales, de hogares con escaso amor, y que eso explica la brutalidad bestial de los comportamientos cotidianos. Porque de algo está brotando tanta roña, tanto odio letal, tanta aspiración de muerte.

María Reyes, de Salcedo, denuncia el 24 de agosto de 1942, que su esposo, el raso Jesús María Ferreira, "…nunca ha cumplido con regularidad, el pago de los dos pesos mensuales que debe a su hijo". Lo mismo escribe Jacinta de los Santos, de San José de Ocoa, contra el sargento Antonio Cruz, con el que tiene una hija de año y medio, sin que al canalla se le conmueva el corazón, y le mande regularmente su mensualidad. O Mercedes L. Cerón, quien cansada de escribir al Oficial de Leyes del Ejército, incluso, al mismo Jefe, afirmaba, el 29 de junio de 1942, que su esposo, el sargento mayor Antonio Martínez, ha abandonado a sus tres hijos, "…que no pueden asistir a la escuela, por carecer de ropa y zapatos, y deber ella cinco meses de alquiler".

También pasó por mis manos la queja de una mujer valiente, como Mercedes E. Caro, quien el 23 de julio de 1942 denunciaba a su esposo, el raso Ramón Emilio Cerda Tavares, a quien acusaba de "…no dar un centavo, ni para pan, a su hija de diez años, a quien yo no puedo comprarle ni un vestido, ni un cuaderno", y concluía afirmando, con la sagacidad del pueblo, que "…cuando un hombre hace que una mujer eche un hijo para afuera, tiene, obligatoriamente, que atenderla".

Tantas quejas, y tan frecuentemente expresadas, acaban por embotar la sensibilidad de cualquiera, y eso lo sé de sobra. Pero de vez en cuando, ciertas frases hacen que se abra mi mente, se active mi cerebro, y acabe por zambullirme en el mar de las cosas de la vida, esas que tarde o temprano terminan, por envolverte y hundirte. Porque tanto dolor manoseado a diario, ha acabado por despertarme recuerdos que imaginaba muertos y enterrados, y por anhelar horizontes de felicidad familiar que tampoco conocí.

Y es una galería de dramas humanos que se adivinan entre aquellas líneas mal redactadas, y los gritos de desesperación que se escuchan, tras saltar de entre las letras garabateadas. Por ejemplo, la madre de la menor Pura Gómez Sánchez, anexa a su carta la notificación recibida tras ausentarse su hija a clases, entre el 7 de marzo y el 14 de abril, debido a que no tenía ropas ni zapatos, violando el artículo 16 de la Ley de Instrucción Obligatoria. Y la carta de Victoria Álvarez, de Monte Cristy, fechada el 11 de marzo de 1942, da fe de que ya no puede más con la manutención de los tres hijos de Hilario Betances, marino de un guardacostas, y de Juanita Abréu, y que no puede seguir haciéndose cargo de ellos, solicitando de los padres que los recojan, "… y que traigan ropas, ya que están con míseros vestidos, casi como gentes primitivas".

Bien sé que, a pesar de esa innegable solidaridad masculina que aparta a las mujeres de todo derecho, y une voluntades en la labor infame de justificar la irresponsabilidad paterna, lo cierto es que nadie escucha el clamor de estas mujeres, y que ellas, y solo ellas, podrán sacar a adelante a sus hijos. Nadie más -piensa-, y un nudo me sube a la garganta.

Y todavía tengo tiempo para leer las cartas de Telesfora Rodríguez, de Navarrete; y de Caridad Núñez, del Distrito Nacional; y de Carmen Castillo, de San Pedro de Macorís. También las de Epifania Méndez, de Duvergé; y de Adela Espinal, de Dajabón. Todas sangran por la misma herida; en todas, a su pesar, me recuerdan lo que fui: un hijo sin padre, sacado a flote por el heroísmo de una madre.

Y es por eso que, violando mis atribuciones, me lleno de valor y le pido al general Fernando Sánchez, mi jefe directo, que para poder hacer cumplir la ley 1051, y amparar en algo a tantas pobres mujeres burladas, se hace necesario descontar directamente del sueldo de los implicados, las ridículas pensiones de uno o dos pesos mensuales, por hijo, que se acostumbra pagar. Y me alegra mucho que el general, sin titubear, me dicta el texto de una carta al Jefe, donde le propone eso mismo.

Y es cuando comprendo que la frase leída en aquella carta es reveladora e inspiradora. Que sin haberla leído, no hubiese sentido el ímpetu necesario para pelear contra una injusticia capaz de mutilar para toda la vida.

Es por ello que, como niño abandonado que fui, criado por la mano bondadosa y cansada de una madre ejemplar, lejos de toda atención filial de un cabrón que vivía de las galleras y las putas, he declarado una guerra silenciosa contra sus similares, que son legión. Y llevo una lista privada con sus nombres, para ir a buscarlos el día que

me vuelva loco y decida vaciar el peine de mi pistola en quienes lo merezcan.

A ver si, con el paso del tiempo, y el escarmiento, los niños de mi Patria dejan de sufrir como sufrí yo.

Esta edición de *La Era* consta de quinientos (500) ejemplares y se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2016, en los talleres gráficos de Amigo del Hogar, Santo Domingo, República Dominicana.